MOSAICO DE LO INSÓLITO

Ana Fuente

Mosaico de lo insólito

Ana Fuente

MOSAICO DE LO INSÓLITO
Primera edición: 2021

© 2021 Agencia Promotora de Publicaciones, S. A. de C. V.
© Ana Fuente
De los textos de la obra

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Jaime Bonilla Valdez
Gobernador del Estado

Pedro Ochoa Palacio
Secretario de Cultura y Director General del ICBC

Magdalena Jiménez Molina
Coordinadora General de Educación Artística y Fomento a la Lectura

Karla Beatriz Robles Cortez
Directora Editorial y de Fomento a la Lectura

Textos: Ana Fuente
Corrección de estilo: Juan Manuel Villalobos Cos
Diseño editorial: Estudio APP
Fotografías de portada y contraportada: Fabián García

Esta obra literaria fue realizada con el apoyo del Sistema de Apoyos a la Creación y Proyectos Culturales (Fonca), a través del programa Jóvenes Creadores 2016.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
FONCA
(Sistema de Apoyos a la Creación y Proyectos Culturales)

ISBN: 978-607-546-386-5

El Fondo Editorial La Rumorosa es un proyecto del gobierno de Baja California, coordinado por la Secretaría de Cultura de Baja California, para difundir la obra de escritores mexicanos y promover la lectura entre la población del estado.

Este material es de distribución gratuita, prohibida su venta.
Prohibida la reproducción, registro o transmisión total o parcial de esta publicación sin permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

Impreso y editado en México / *Printed and edited in Mexico*

Índice

Fuerza, Rayos (Aguascalientes) 9

Progreso (Baja California) 13

La China (Baja California sur). 15

Estoque de muerte (Campeche).....19

Polvo de estrellas (Chiapas) 23

Silencio (Chihuahua) 27

Este sucio corazón (Ciudad de México) 31

Ropa Vieja (Coahuila) 35

Lunes (Colima).....39

El sabor de la nostalgia (Estado de México).....43

Escarnio (Durango).....47

Pruebas de valor (Guanajuato) 51

Pelea de gallos (Guerrero).....55

Botellitas de ángel (Hidalgo).....59

Olor a muerte (Jalisco).....63

Almanaque mundial (Michoacán).....67

El visionario (Morelos).....71

Naufragio (Nayarit).....75

Monumento (Nuevo León).....79

Siglo xx (Oaxaca).....83

Bucéfalo (Puebla).....87

Lucrecia (Querétaro).....91

El ave Fénix (Quintana Roo).....95

La dueña (San Luis Potosí).....99

Botas (Sinaloa).....103

Presentimiento (Sonora).....107

Insomnio (Tabasco).....111

Pemoles (Tamaulipas).....115

Inocencia (Tlaxcala).....119

Prisionero (Veracruz) 123

Involución (Yucatán) 127

Desaire (Zacatecas) 131

Fuerza, Rayos
(Aguascalientes)

La fuerza que provenía desde el hombro hasta el puño se perdió en el vacío. Rodolfo trastabilló pero los nudillos de uno de sus adversarios impidieron que cayera al piso cuando se clavaron en el centro de su rostro. Abrió grande el compás de sus piernas y, tambaleante por la tunda de la que no pudo defenderse, se mantuvo de pie en ese dificultoso estado de desorientación que solamente provocan la embriaguez o la golpiza recibida. Bajó la mirada para evitar la tenue luz de la única farola de la banqueta pero la sangre de sus cejas le penetró los ojos. Al limpiarse la rojiza mezcla pastosa que le cubría la cara, observó la silueta de su reflejo en un charco hasta que una mano grande y hombruna lo jaló del cuero de la nuca y le torció el cuello. No había estrellas ni luna. *Qué horribles son las noches nubladas. Tan oscuras como espesas, tan aburridas como deprimentes.*

–¿Vos te sentiste muy valiente, maricón? ¿Vas a seguir diciéndonos cómo se portan los caballeros? *Cuando era niño, mi papá me llevaba al estadio. Íbamos hasta el D.F. nada más a eso, al Azteca porque todavía jugaban ahí, y nos regresábamos. Él tenía la camiseta bien puesta, no le importaba que se burlaran de que fuéramos la porra más pequeña de la liga. Yo estaba bien chiquito, apenas y me acuerdo, pero fue justo cuando nos nombraron el equipo de la década porque éramos invencibles.* E*n las tardes, cuando salíamos a cascarear a la calle, los niños peleábamos por ser Ivo Basay, hasta que se fue a otro club y empezamos a querer ser Alex Aguinaga porque era el que lo hacía todo. Ahí aprendimos dónde estaba Ecuador. Como siempre me ganaron, yo escogía ser el 'Ratón' Zárate, porque él era delantero y metía los goles; ya luego me dio por jugar al García Aspe y tratar de pegarle durísimo al balón. Había un vecino al que se le quedó el apodo*

del Ricardo Peláez porque era el único que metía goles de cabeza, y cómo no, si medía como medio metro más que todos nosotros. Es más, se me hace que todavía le dicen así. Aquellos eran ídolos de verdad, los campeonísimos, los que le ganaron la temporada al Celaya empatando con todo y que el Buitre Butragueño estaba en un gran momento.

Después de varios bofetones en los oídos, el histérico zumbido de los gritos de Leticia se alejó. La mirada perdida de Rodolfo no halló más que oscuridad: no supo si tenía los ojos abiertos o cerrados. *Ya no llores, Lety, a tu papá le va a dar el infarto cuando te regrese a tu casa.* Su boca era incapaz de articular porque la rodilla derecha de uno de ellos se encajaba una y otra vez en sus costillas mientras el otro lo sostenía como cría de gato. Escuchó el crujido de su costado derecho y empezó a tener problemas para inhalar: el aire no entraba más a llenarle los pulmones.

–Cortala, boluda, que tu primo no se estaría bancando ésta si no te hubieras puesto tan pesada. Nada te costaba dejarte querer un poquito.

La mano en su cabeza lo empujó violentamente contra el pavimento. Diminutas piedras se enterraron en toda la superficie de su nariz sanguinolenta y Rodolfo permaneció un momento con la cara sumergida en el lodo del charco porque sus brazos dejaron de responder.

El cambio de sede era un castigo, obviamente. Al Necaxa no le perdonaban ser mejor equipo que su hermano grande que costaba muchos millones de dólares y movía a mucha gente pero no ganaba nada. Mucho marketing, muy poco fútbol, decía mi papá. Sacaron al equipo del estadio más bonito del país y lo trajeron para acá y aunque al principio nos dio gusto no tener que echarnos todo el viaje para ir a verlos, poco a poco fuimos entendiendo que eso sería el acabose del club. Nadie quería jugar ni vivir en Aguascalientes; a todos les gustaba su buena vida de chilangos y poco a poco se fueron yendo del equipo. Algunos se retiraron, otros encontraron mejores ofertas. Fueron los dueños de los clubes los que le dieron el tiro de gracia, y todo para salvarle la reputación al América: cómo podía ser que el patito feo le diera esos bailes y lo humillara así.

El pie de alguno de ellos funcionó como cuña para girarlo. La luz de la farola se le clavó en las pupilas. El llanto de Leticia se mezcló con el sonido hueco de sus entrañas reventando, al tiempo que los empeines de los dos hombres lo devoraban a patadas.

Todavía en la liga de ascenso, mi papá y yo los seguimos apoyando sin que hubiera estrellas ni grandes jugadores. Teníamos la esperanza de que pronto regresarían a la primera división, a la gloria de antaño. Seguimos yendo al estadio, compramos las camisetas de cada temporada, nunca nos buscamos otro equipo que sí jugara en primera, como lo hicieron tantísimos villamelones. Nosotros seguimos siendo Rayos a pesar de todo, de no poder ver los partidos de visitante en televisión abierta, de que temporada tras temporada algún equipito mediocre ascendía y nosotros seguíamos en esa liguita que nos quedaba chica. Ni así dejamos al equipo, Lety, porque uno ama la camiseta en las buenas y en las malas.

Rodolfo logró encaramarse. Como si hubiera sabido que su último día en el mundo se parecería al primero, se acomodó en posición fetal. A partir del puntapié que se le incrustó en la base del cráneo, no escuchó más.

Ni siquiera esto, Lety, es razón para perderle el amor al club. El Necaxa es mucho más que esto. Me acerqué a pedirles el autógrafo a Garajito y a Menina pensando que eran jugadores de la talla de mis ídolos, que gente joven como ellos iba a regresarnos la gloria. No se me ocurrió que fueran un par de escuincles pendejos portándose como patanes en el bar, ni que te fueran a faltar al respeto de esa manera y a querer meterte mano así. Perdóname, prima, por haberte expuesto y habértelos presentado tan orgulloso. Los verdaderos necaxistas, los campeones de nuestra época de oro, jamás hubieran hecho estos desfiguros.

Leticia se acercó al cuerpo abandonado y esperó arrodillada a la ambulancia. Ajeno tanto al dolor como a sí mismo, Rodolfo sintió que era demasiado tarde cuando lo acomodaron en la camilla.

Por su mente revuelta alcanzó a cruzar un pensamiento cuya claridad lo hizo exhalar su último suspiro:

Fuerza, Rayos.

Progreso
(Baja California)

El señor Gobernador baja de la camioneta saludando con la palma de la mano a toda la concurrencia, como si se tratara de viejos conocidos. Sonríe con la seguridad que sólo el poder sabe proveer, pero su ensayado gesto no es bien recibido por los manifestantes que permanecen desde hace algunas horas apostados junto a la carretera, aferrados a impedir lo inevitable. Él, por su parte, no parece notarlos: más allá de su brazo, en su mirada no existe nada que no sean los diminutos shorts de las edecanes que lo esperan para cortar el listón.

La música de las enormes bocinas se detiene de súbito. Las edecanes no bailan más y hacen una solemne reverencia al señor Gobernador quien, micrófono en mano, se apresta a pronunciar el discurso contenido en las tarjetas que segundos antes le ha entregado su asistente.

–La tienda número once mil de una de las compañías más prolíficas del país ha elegido este rincón, este bello paraje único en el territorio nacional, para contribuir con la generación de empleos y el desarrollo pleno de la región. Hoy puedo asegurarles que estamos un paso más cerca de la modernidad y el progreso gracias a la visión emprendedora de estos magníficos empresarios.

Aplausos entre los empleados que estrenan sus uniformes rojos, las edecanes, el equipo del señor Gobernador y uno que otro transeúnte que espera recibir algo gratis.

Abucheos entre el grupo de manifestantes, compuesto por tenderos locales, habitantes del pueblo, uno que otro detractor de las grandes cadenas y, claro está, del señor Gobernador.

–Sé que entre los asistentes también hay inconformidad. Los veo y los escucho con atención, entiendo su temor al cambio pero les pido que confíen en mi palabra cuando les digo que esto traerá prosperidad para todos y que para San Antonio de las Minas, pedacito de paraíso que todos disfrutamos tanto, vendrán tiempos esplendorosos.

Aplausos. Abucheos.

–En señal de buena voluntad, me permito comunicarles que los ejecutivos de la cadena, aquí presentes, han decidido que en este minisúper no se venda alcohol para no generar una competencia desleal con los comercios locales.

Abucheo generalizado, escasos aplausos de empleados y edecanes.

Las edecanes reparten vasitos de café entre la gente que queda, aquellos que a pesar de saber que no habría cerveza gratis quisieron ser testigos del corte del listón.

–¡Salud! –grita el señor Gobernador ya sin micrófono.

El primer trago le provoca un indiscutible rictus en el gesto. Desesperado, incapaz de deglutir, busca con la mirada a su asistente. Aunque el calor del líquido lacera la lengua, la glotis niega la apertura de manera rotunda: no pasará. Una poderosa arcada le recorre el tracto y redunda en una ligera convulsión que trabajosamente atina a disimular. La segunda, acaso más intensa que la primera, es ya inminente. Lejos de conservar su postura triunfal del inicio y su *allure* de caballero, se encorva como bestia herida y se dirige hacia las macetas de las plantas endémicas que minutos antes llamara "integradoras del paisaje". Los esfuerzos de su asistente por alcanzarle un vaso vacío son tan estériles como tardíos: el señor Gobernador ha escupido el café.

Silencio absoluto. Quijadas abiertas. Ojos desorbitados. Carcajadas contenidas.

Y ahí, tras secarse la boca con la manga de la camisa y respirar aliviado, habiendo abandonado la sonrisa perenne al tiempo que le dirige una mirada furiosa al grupo de ejecutivos, alcanza a escucharse el reclamo que lanza entre dientes:

–Once mil tiendas, carajo, y no pueden hacer un pinche café decente.

La China
(Baja California sur)

Siempre has sido el más aguantador, mi querido Tyson, y eso me gusta de ti. Se va a poner divertido. Con todo lo que hemos vivido juntos, nos conocemos más que los perros que se huelen el culo, ¿qué no? La vida da tantas vueltas que yo pensé que si yo fuera a terminar mal, tú estarías codo a codo conmigo en la última…, y ya ves que no. Ahora tendré que arreglármelas sin ti, pero porque tú así lo quisiste. Venir a armarme berrinches a mí por dos desconocidos, no mames, Tyson. Te portaste como novato. Nada más me acuerdo y me encabrono.

Uno, Peter. El que quieras.

La cosa es muy simple y te la explico por pura cortesía. Te dije que quería una *pick-up* nueva porque los puercos ya tenían fichados todos mis carros y tú me la conseguiste. ¿A mí qué me importa si los vendedores eran amigos de tus papás de toda la vida? ¿Entiendes el riesgo de que un par de viejitos anden por ahí diciendo que le vendieron su *pick-up* a La China? Pues si los íbamos a dejar vivos, mejor le mando yo la ficha a la policía y les ahorro el trabajo, no nos hagamos pendejos. Esa gente no se queda callada. No me interrumpas, cabrón, que estoy hablando yo. Dos, Peter, tú escógelo. Y sí, también lo hice para ahorrarme los cuatrocientos mil pesos que pedían tus amiguitos, que muy viejitos muy viejitos pero también muy usureritos. Ni hay testigos, ni perdimos feria. *Business is business.* Ya habían cumplido su ciclo, tampoco sé por qué la haces tanto de pedo…, ¿eran como tus tíos? Ay, no mames, Tyson. Tres, Peter, a ver si así se le va quitando lo putito a nuestro querido *Ty*.

Ahora resulta que eres un matón con sentimientos. Entre todas las chingaderas que he oído en la vida, ésta es la mejor. ¿Y en Sinaloa, cabrón? ¿También te tocabas el corazón cuando obedecíamos las órdenes de aquéllos? ¿También pensabas en los sobrinitos de todo el mundo cuando el mero mero nos mandaba a cortar lenguas y cabezas? Porque yo no me acuerdo así de ti, y no sé cómo habría llegado yo a mandar en esta plaza ni tú a ser mi segundo si nos hubiéramos andado con esas mariconadas. Cuatro, Peter, para que aprenda a quedarse callado mientras hablo yo.

Eras tan valiente, Tyson, tan hombre. Si el Chino no fuera mi bato, te habría escogido a ti. Más de una vez te traje ganas cuando veía cómo sacabas el pinche carácter. Eras buena bestia, y más cuando te cachaba viéndome las nalgas. ¿Creías que no me daba cuenta? Yo me doy cuenta de todo, mijo, de todo. Cinco, Peter, porque ahora sí tendría que estarme contestando que le encantaba verme también las tetas. ¿O no, mi Tyson? Pero todos le teníamos mucho respeto al Chino, a pesar de que aquí los huevos los tengo yo. Por eso yo sí me atreví a organizar la separación del cártel. ¿Qué chingados le voy a estar respondiendo yo al tal Abel después de haber manejado toda una región? Y no era cualquier placita de mierda, La Paz y Los Cabos, ni más ni menos. Yo saqué de aquí a los enemigos del cártel y me pagaron degradándome porque regresó un cabrón que habían metido al tambo por pendejo. Parece que se les caen los huevos de tener que obedecer a una mujer. Ahí sí la cagó el mero mero, y todavía me acuerdo de cuando me mandó llamar para decirme que mi trabajo había sido excelente pero que aquél tenía más experiencia y le iban a devolver la plaza en agradecimiento por no haber abierto la boca cuando lo agarró la Marina. Que lo torturaron mucho y que no sé qué, y por eso "¿sabes qué, China? Te chingas tú y te bajamos el rango para que este pendejo pueda venir a sentirse patrón, de ahora en adelante lo vas a obedecer". Ni madres. Yo me gané esas plazas, a la chingada con ellos, incluido el mero mero. Y si quiere, que me venga a preguntar. Seis, Peter, *pa'* que no estemos perdiendo tanto el tiempo y porque mi querido Tyson tiene que entender que ya es hora de soltar la lengua.

Sigo esperando que me digas dónde carajos está el Chino. Ya sé que salió corriendo cuando nuestros ex patrones amenazaron con ve-

nir a recuperar lo que según ellos es suyo. Y peor tantito, ya me dijeron por ahí que también se largó porque yo ya le daba miedo. ¿Te das cuenta del joto con el que me fui a meter? Andaba diciendo por ahí que yo ya me había vuelto muy maniaca, que ya se me había pasado la mano. ¿Sí? ¿Tú también lo crees? Siete, Peter.

No me vengan con pendejadas. Ni él ni tú, Tyson. Cuando levantábamos a la gente, ustedes estaban bien puestos para ir a dejar los pedacitos en cajas en las puertas de los parientes del muerto. Ahí iban, bien cagados de la risa, esperando que les tocara ver que alguno la abriera antes de meterla a su casa. Luego resulta que la sanguinaria soy yo, no me chinguen. ¿Cuántos como yo no hay por ahí? Decenas, yo no inventé las reglas pero como resulta que soy vieja entonces yo sí debo estar mal de la cabeza. ¿Por qué? ¿Porque no me quedé a calentarles las tortillas en la casa mientras ustedes salían a hacerla de sicarios?

¿Entonces? ¿Ya me vas a decir con quién me fue a acusar el Chino? La verdad yo creo que con la Marina, porque si pone un pie en Culiacán para ver al mero mero, se lo van a quebrar antes de preguntarle qué quería. Pero quién sabe. Es tan pendejo que es bien capaz de ir. Lo que quiero que me digas es con cuál de los dos se fue y qué va a ir a decir. No me digas mentiras, Tyson, ya sé que el último en verlo fuiste tú porque lo llevaste a la central de camiones. Acuérdate de que aquí soy ley, mijo. Soy los ojos y los oídos de todo el pinche pueblo, así que no me quieras engañar. Ocho, Peter, porque ya sabes cómo me molesta la mentira.

Ay, perdón que me ría, Tyson, pero ahora sí me sorprendiste. ¿De veras crees que tarde o temprano me van a agarrar? Nueve, Peter. Porque si me agarran, tú no sabes quién me cuida, mi rey. ¿Crees que yo ando por la vida ahí toda desprotegida? No, mijo, yo tengo mis ángeles de la guarda bien consentidos y siempre se han portado conmigo mejor que los Reyes Magos.

¿Sí te das cuenta de dónde estás parado? Lo perdiste todo ya, *my friend*. ¿O crees que va a venir alguien a rescatarte? Ya sabes dónde vas a terminar y nada más estás haciendo más largo el sufrimiento. Yo no sé qué tanto sigues protegiendo al Chino, esto puede durar tanto como tú quieras. Qué confundida tienes la idea de lealtad, mi Tyson.

Primero con tus dizque tíos, luego con el Chino que se fue y te dejó aquí valiendo madre. Y a mí, que te he cuidado durante tantos años, que siempre te di tus ladrillitos de recompensa cuando trabajaste bien, me pagas con traiciones y silencios.

Por lo pronto, ahí le responderás al Peter porque yo me tengo que ir y ya me quitaste mucho tiempo. Es más: diez, para que le quede claro que ya valió verga. Eres un sicario sin dedos, ya no servirías ni para mesero. Ya sabes cómo va esto: luego las muñecas, los antebrazos, los codos. No sé, lo que se te ocurra, Peter, que se ve que andas de humor para ponerte muy creativo. Cuando acabes, ahí lo avientas junto a sus tíos para que descansen todos muy juntitos y en familia. Que no se diga que no tengo corazón, mi Tyson.

Estoque de muerte
(Campeche)

Observo mis manos mientras camino hacia el bar. Encuentro en ellas los mismos reflejos azules que aquella noche y decido esconderlas en los bolsillos de mi pantalón. Odio esta pinche luna llena, me digo, y pienso en lo mucho que me jode la idea de que haya pasado otro mes sin que ella regrese. Si tan solo transcurrieran las noches discretas, así, sin tener que anunciarme como calendario en la pared que este tiempo de vacío no dejará de expandirse nunca.

Es mejor que no vuelva. Los policías se entretienen esperándola, ávidos de emboscarla como cazadores furtivos, sin darse cuenta de que están tratando con una dama. Cabrones. Abusivos. Montoneros. Qué necesidad de meterla a una cárcel donde no pertenece, donde quién sabe qué horrores le esperarían, donde será todavía más incomprendida que aquí afuera.

Me instalo detrás de la barra en cuanto llego al trabajo. Remojo los trapos en el agua clorada y limpio cada rincón para después enjuagar los vasos del fregadero y secarlos uno por uno. Los clientes que observan sus tragos sentados frente a mí esperan ansiosamente; los histéricos movimientos de sus pies y los insistentes giros de cabeza hacia la puerta los delatan. Esta dinámica me aburre tanto que no me esfuerzo más en hacerle conversación a nadie. Mi atención se pierde en la repetición de una corrida de toros y un escalofrío viaja por mi cuerpo cuando la sangre del animal le recorre la piel oscura y sudorosa.

Once treinta. Las muchachas entran puntualmente y, como siempre, hay para todos los gustos: gordas, flacas, altas, chaparras, caras, baratas. Cautas y delicadas, se deslizan entre los clientes para ver qué

toman antes de saludarlos y pedirles que les inviten un traguito. Más allá de la afinidad, se trata de un análisis a ojo de buen cubero: el que toma fino, trae más feria. Aquello se convierte en una danza de diminutos vestidos de colores y escotes prominentes que bailan al son de los susurros, "¿a poco no me vas a invitar nada?". El chirrido de los tacones al rayar la losa del piso me obliga a asomarme para contemplarles los pies. No están sus zapatos, no están sus piernas larguísimas y torneadas ni su cadera estrecha pero bien formada. No va a volver nunca.

Y pensar que todo pasó en un santiamén. Si me hubiera dado cuenta antes, si me hubiera atrevido a protegerla, si ella no hubiera tenido que defenderse como leona herida. Si hubiera dicho que era mía, si me hubiera atrevido a sacarla de trabajar. Tanto que pude haber hecho para conservarla junto a mí en lugar de seguir pasando mis noches enterrado en esta decadente arca de Noé. Me sirvo un tequila derecho y me escondo bajo la barra para darle unos sorbitos.

A Rubí le gustaban los sorbitos de tequila tanto como trabajar cuando había luna llena. Según ella, la luna y la marea alta hacían que aflorara lo mejor de su sensualidad. Para mí eso siempre estaba ahí, le decía yo, en la mañana, en la tarde, en las noches sin estrellas. Acaricio mi antebrazo izquierdo recordando cómo se aferraba a mí cuando le decía esas cosas y cómo salía de su voz ronca un cariñoso "poetucho de esquina de plaza", al tiempo que su mano larga y huesuda dejaba caer una palmadita llena de coquetería sobre mi hombro.

La mesa del fuereño no ha sido ocupada desde aquella noche. Las manchas de sangre no salieron del sillón ni con cloro y el patrón dice que no va a cambiar los muebles por las pendejadas de una de sus putitas. Me revienta que me diga eso porque sabe bien que me hierve la lengua por contestarle un día que no era ninguna putita, sino un viejonón. Además, todos sabemos que la culpa no fue de ella, sino del patán al que se arrimó. Yo le hice señas para que no se acercara porque desde que entró el gordo fue obvio que venía buscando pleito con quien se le pusiera en suerte. No era de aquí, no iba a entender nada y venía a imponer su ley: cámbiale a la tele y ponme el del América, dile al del bar que me sirva los hielos aparte, quiero una campechana pero

échale la Coca y déjame aquí el agua mineral, mándame una vieja pero que no tenga cara de india y que mida más del metro cincuenta.

Rubí supo que ése era su pase de entrada porque cumplía con las condiciones del cliente. "Es de fuera, mi vida, ha de venir cargado de lana", me susurró para convencerme de que era una buena idea. Fue directo al grano: se presentó con la más suave de sus voces mientras arrastraba los dedos por el pecho del afortunado.

A pesar del partido, el fuereño mostró interés. La sentó en su regazo y le habló al oído. Ella reía a carcajadas y se inclinaba sobre él para darle palmaditas en el pecho. "Qué travieso eres, moreno", dijo aquella, y los celos terminaron de acelerarme el pulso. Me agaché tras la barra para bajarme entero el caballito de tequila. Cuando volví a asomarme, Rubí ya había amarrado al cliente: él le besaba el hombro al tiempo que le bajaba el tirante del vestido; ella ya le acariciaba la cabeza y le sugería que la acompañara a otro lado.

En mi recuerdo se grabaron las palabras del fulano porque ahí fue cuando supe que todo se iría al carajo: "tan grandota y tan cachonda, tú has de ser europea, mi reina". "No, mi amor, ese güey no te va a entender", quise gritarle. Observé cómo la palma de su mano gorda y ajada recorría los muslos de Rubí hasta adentrarse en los secretos de su entrepierna. Entonces, vi la furia que le encendía los ojos: "no, mi amor, él no sabe". A partir de ese momento, el terror me dejó paralizado desde las piernas hasta la lengua y no pude pronunciar palabra mientras él la lanzaba contra el piso y la pateaba al grito de "te vas a morir, pinche puto asqueroso".

Era una mujer de carácter, y así lo demostró revolcándose en el piso para protegerse. Logró levantarse cuando un par de meseros trataban de contener al agresor; como la dama que era, se enderezó el vestido y recogió sus zapatos. Le extendí un tequila para bajarle el coraje pero no lo agarró.

A la fecha no sé qué es lo que alcanzó a escuchar de la boca de aquél, pero sí se que no la reconocí: el gesto le cambió hasta que dejé de ver en ella su frágil feminidad. Armada con su tacón de aguja, descargó toda su fuerza directamente en la yugular del gordo cual estoque de muerte. La sangre brotó a chorros y nadie se atrevió a tocarlo.

Fuimos testigos silenciosos de cómo se desvanecía en el sillón apretándose el cuello.

Rubí ni siquiera se despidió. Corrió descalza quién sabe cuánto, hasta quién sabe dónde, y me dejó aquí, en el sitio desde donde la recuerdo: parado detrás de la barra. Me sirvo otro tequila pero ya no me escondo. Copeteado hasta casi escurrirse, me lo tomo de golpe. Si ella se lo hubiera tomado así, si se hubiera acercado a mí, la historia sería otra. Él se hubiera ido por donde vino, ella seguiría tomando a sorbitos escondida junto a mí y la mancha del sillón que tanto asco me provoca ni siquiera existiría. Más aún, yo podría ver las corridas de toros sin pensar en ellos dos juntos.

Polvo de estrellas
(Chiapas)

Mamá y yo entramos juntas al cuarto de hospital y vimos la cama vacía. Las sábanas seguían tendidas, un poco arrugadas, pero apretadas hacia la parte de abajo del colchón, como les gusta tenderlas en esos lugares. De Lorena no había rastro, sus pantuflas estaban ahí y los tubos de suero que le habían conectado a la mano entraban a la cama como serpientes que goteaban veneno. Se había formado un pequeño charquito incoloro; mamá se acercó porque pensó que podían ser orines y que Lorena debía estar en el baño. Levantó las sábanas y vio sobre el colchón montañitas de un polvo negro suavecito que apestaba como a tubo de metal. Mamá me dio un sonoro manazo y me dijo que no estuviera de tentona porque ni sabía qué estaba agarrando, que pobrecita su Lorena porque por supuesto que se había levantado por la incomodidad de estar durmiendo entre tierra hedionda. Cochino hospital puerco. Esperamos un rato. Le preguntamos a las enfermeras pero nadie la había visto salir, "no hubiera podido aunque quisiera, la pobrecita estaba tan débil que teníamos que acercarle la cucharada de gelatina porque si no se le caía", nos dijo una de ellas. Mamá empezó a angustiarse, yo no. Yo ya sabía qué le había pasado.

Desde que empezó con sus babosadas le advertí lo que le iba a pasar. Pero como en todo lo demás, sólo tenía oídos para Rubén. Ese pinche patán de barrio le metía las peores ideas en la cabeza y ella caía en todas: que así era el amor, que así eran los sacrificios y yo no entendía porque estaba muy chiquita. Un día se le ocurrió decirle que qué chula se veía la mona que daba los deportes en el canal dos con su pelo güero bien largo y bien abundante. Lorena empezó a ahorrar

todo lo que podía de su trabajo de secretaria, se metió a las tandas y le pidió prestado a la vecina. Al final con todo y todo no le alcanzaba, así que en el salón de belleza le dieron precio y le dejaron pagarlo a meses. Llegó a la casa con una melena rubia, unas extensiones hasta la cintura y un chingo más de pelo, como una versión rarita de Yuri. Ahí andaba, con el cabello de un hombro al otro y agarrándoselo con cualquier pretexto pero eso sí, no lo fuera a tocar una porque le había salido en una millonada. A mí me daba mucha pena verla rásquese y rásquese la cabeza porque le habían quemado el cuero con el peróxido, y cómo no, si seguro se lo tuvieron que dejar un ratote porque ella tenía el pelo negro azabache, igual que Memo y yo. Memo sí se rió la primera vez que la vio de güera, yo me agaché de la pena ajena y mi mamá y mi papá le dijeron que se veía muy bonita. Pura madre, hasta Rubén le dijo que a ella lo que le iba era su pelo natural porque se veía "chistosito" eso de que tuviera la piel tan morena y la mata tan blanca. Que ni que fuera rapera, le dijo. Lorena lloraba porque no sabía cómo regresar a su pelo, se quitó las extensiones y se lo cortó, se lo pintó de negro hasta que su color empezó a crecer. Todavía ahí seguía pagándole a la de la estética.

Después Rubén salió con esto. Que qué cinturita tenía tal fulana, que las mujeres delgaditas se veían muy guapas, que si Lorena bajara tantito de peso estaría todavía mejor y no le pediría nada a las artistas de la tele. Yo lo oía decirle esas cosas a mi hermana y le decía que no hiciera caso, pero aquélla se volvía sorda e idiota cuando el mantenido ese le calentaba la cabeza. Empezó primero con que iba al gimnasio y a correr y no sé a qué tantas invenciones donde dejaba todas sus quincenas. Yoga, zumba, cross fit, gym, pilates: puras palabras que no querían decir nada y tampoco la ayudaban a bajar de peso. Y Lorena no era gorda, no es que lo necesitara porque pobrecita estaba obesa; Lorena tenía el tamaño y el peso normal de todas en la familia, que sí somos de hueso anchito pero tampoco es que nos reconozcan como las vacas de la cuadra. No era para tanto.

El primer polvo de esos se lo dio su noviecito. Una malteada de chocolate, que ya con eso podía aguantar todo el día sin comer. Si acaso, otra malteadita en la tarde y una más en la noche. Yo le di un

sorbito y el sabor me dio mucho asco, como de grasa rancia de chancho que se queda en el plato frío. A Memo sí le gustaron y se tomó una entera, pero dijo que lo ponía peor que el café porque se sentía todo acelerado y no había podido ni dormir. Según Lorena a ella le gustaban y que se sentía muy bien, pero yo sí me daba cuenta de cómo batallaba para poder darle los tragos enteros.

Cuando se le acabó el primer bote, tuvo que ir comprando ella. Carísimas, sus malteadas con sabor a vómito. Además de las tandas, empezó a vender flanes para que le alcanzara, y qué martirio para ella estar vendiendo comida que no podía ni acercarse a oler. Porque eso sí, la dieta era rigurosa: no comía nada que no fueran sus licuados esos, a veces les echaba baba de nopal y linaza, pero hasta ahí. Licuados día y noche, hasta para la botana.

Perdió peso tan rápido que su ropa ya no le quedaba. Usaba la mía, pero la que yo había dejado hacía años. Unos pantaloncitos diminutos, camisetas como de niña: se fue poniendo esquelética sin que nadie se diera cuenta porque siempre estaba muerta de frío con un chamarrón encima. Un día que la vi en pijama me di cuenta de que ya no tenía caderas ni pompas, era como una niña chiquita. De las chichis, ni sus luces: dejó el brasiere y se tuvo que comprar unos corpiños. La piel de la cara se le fue pegando al hueso: ni cachetes, ni papadita ni nada de nada. Lorena empezó a ser nada de nada.

Mi mamá le aplaudía y le decía que se estaba poniendo bien bonita, con sus facciones bien afiladas y su carita angulosa como de modelo, que los cuerpos delgaditos son bien fáciles porque lucen con toda la ropa. Nadie veía que eso no era delgadito sino cadavérico. Yo le dije que no se veía bien, que hasta estaba como amarillenta y gris y que había que estar loco para querer verse así.

–Si no dejas de comerte esos menjurjes, un día vas a desaparecer.

–Tú lo que tienes es envidia, gordita. Si quisieras, podrías verte como yo.

A los pocos días, Lorena empezó a sentirse mal y pidió permiso para faltar al trabajo. El doctor del consultorio donde trabajaba le dijo que estaba bajando mucho de peso y que no se tomara esos productos porque tenían plomo, arsénico, cadmio y no sé qué otras cosas y que

su hígado no podía aguantar tanto sin dejar de funcionar. Aunque dejó los méndigos licuados, ya era muy tarde: no podía comer, hasta el agua le caía pesada. Dejó de caminar y no pudo levantarse de la cama, hasta que mamá la vio enferma y decidió internarla en el hospital.

Rubén se fue. En cuanto la metimos al hospital, ya no le contestaba las llamadas y no supimos dónde buscarlo porque dizque era músico y tocaba con su banda, pero no sabíamos ni cuándo ni dónde. En Huixtla dejamos de verlo: una de las últimas cosas que dijo mi hermana cuando todavía podía hablar fue que tal vez se había ido de gira. Qué gira ni qué madres, me susurró Memo, a mi hermanita la acaba de abandonar ese pendejo.

–A lo mejor se cansó de este cuarto horrible y se fue a buscar al novio– dijo mi mamá cuando entendió que Lorena no volvería más al hospital.

–A lo mejor mi hermana ya es polvo de estrellas– le contesté, pero me guardé que nunca iba a llegar al cielo porque las estrellas no son de plomo.

Silencio
(Chihuahua)

¿No te dio gusto?

No sé qué esperas que te conteste, Manuel. Supongo que me lo preguntas como si yo fuera una hija cualquiera, de un padre cualquiera, de una familia cualquiera. Y sí, siendo así, me daría mucho gusto. Seguro que a ti te hubiera dado mucho gusto estar en mis zapatos para abrir la puerta y ver a tu padre, pero ni yo soy tú, ni tu padre es como el mío. Me preguntas eso así, a quemarropa, como si la vida fuera una película de Sarita García en la que yo me hinco a sus pies, los beso y doy gracias a Dios. Tampoco es que te culpe. Uno obviamente ve la vida desde la que le tocó vivir y es muy difícil que se imagine el camino que han tenido que pasar otros. Tú crees que todos tuvimos esa chanza de tener nuestro uniformito de beisbol limpio y planchado, o siquiera de tenerlo; crees que a todos nos tocaba ir a misa los domingos y ver que papá diera gracias en la mesa antes de cada comida; te tocaba ver comida. No salías a ver dónde la conseguías, no empezaste a trabajar desde que pudiste andar solo en las calles porque tu mamá no se daba abasto con el horario en la maquila y su sueldo no alcanzaba, no te tocó gastarte lo que habías ganado para sacar a tu papá de los separos cada vez que se echaba esa copita de más y terminaba agarrándose a botellazos en algún arrabal.

¿Sí te acuerdas de que yo empecé a trabajar en la secundaria y tuve que dejarla por eso? Seguro que sí, porque éramos muy amigos y después empezó a darte pena que te vieran hablando conmigo, que ya sin el uniforme me veía más cochina y con los mismos trapos todos los

días. Y cómo me iba a ver de otra manera, si mi papá no era carpintero como el tuyo, ni le daban trabajos en todos lados, ni mi mamá limpiaba las casas de la gente de dinero y tampoco recibía la ropita usada de los hijos de los ricos. Pero no es reclamo. Los niños tienen que aprender a sobrevivir en ese mundito tan cruel en el que viven y encontrar amigos que los hagan avanzar y no al revés. Con muchos de ellos fuiste a la prepa y luego a la universidad, mira que haber terminado teniendo un título de abogado y toda la cosa sí es para presumirse.

¿Qué hubiera presumido yo? ¿Que a mi papá no le pareció suficiente estar de borracho y fue a engancharse en el cristal? ¿De qué hubiéramos hablado tú y yo en la preparatoria? ¿De la vez que tuve que ir por él porque lo había levantado la patrulla cuando andaba en plena avenida casi encuerado? ¿Te hubiera gustado que te platicara cómo tuve que vestirlo con una cobija que me dieron en los separos y llevármelo para que al día siguiente ni siquiera se acordara? Pues no, qué aburrimiento para ti y cuanto morbo para tus amigos, que se hubieran entretenido mucho con la historia de tu amiguita la vaga.

Me imagino tu cara si yo te hubiera dicho que mi mamá, mi hermano y yo metimos a mi papá en el Centro varias veces antes de llevarlo a la casa hogar. Me habrías dicho que cómo habíamos podido dejar a mi papá abandonado en un albergue de ésos antes de ayudarlo a dejar el vicio. El pinche vicio, te habría dicho yo, se lo ha tragado durante tantos años que ya no tiene solución. Una y otra vez se escapó del Centro a pesar de que lo encerraban, lo alejaban de la malilla, le daban de comer y todo. Su amor por esa porquería era demasiado, Manuel, no había modo. La que más lo intentó fue mi mamá, que hasta al Párroco se lo llevó y ni juntos hallaron cómo sacarle tantísimos demonios.

Hasta pena me da decirte que me diste ternura ahora que nos encontramos en la banqueta y te acercaste a saludarme y a darme el pésame porque te habías enterado por el chismerío de la muerte de mi papá. Lo dices con tanto sentimiento porque te parece que todo el mundo sufre la pérdida como lo harías tú, y te lo hubiera aceptado pero no tuve corazón para mentirte. Nunca me cruzó por la mente contarte que el día que me llamaron de la casa hogar para decirme que se había fugado, algo en mí deseó que lo atropellaran, que se

cayera al río, que agarrara *pa'l* monte y se perdiera en el desierto. Lo último que yo quería era otro disgusto para mi mamá, otra temporada de batallar para meterlo al Centro o regresarlo a la casa hogar y seguir pagando cuotitas con dinero que ni teníamos, ni él había puesto nunca para mantenernos.

Después sentí alivio, pero eso tampoco te lo puedo decir. Habían pasado varios días desde su fuga y mi mamá me mandó a reportarlo como desaparecido porque ella, pobrecita, siempre ha esperado el milagro de que él llegue rehabilitado, limpiecito y muy amoroso. Según ella, él era así cuando andaban de novios y cuando se casaron, pero yo no me acuerdo de nada de eso. Para mí siempre fue el de la mano pesada, el del grito fácil, el de las órdenes y el que siempre estaba, perdón por la expresión "don Manuel el abogado", hasta la madre. Si no era con una cosa era con la otra, pero siempre anduvo bien arreglado, como la vez que Jorgito, mi hermano, se le cayó casi recién nacido por quedarse dormido mientras dizque lo arrullaba. Total que ese día llegué a levantar el reporte y me dijeron que había llegado el cadáver de un hombre de esa edad, esa estatura y esa descripción pero llevaba tantos días ahí que el cuerpo y la cara ya se le estaban descomponiendo. Me pasaron a un cuarto helado, un señor de bata sacó un cajón con una bolsa como de basura pero mucho más grande. Me mostró la cara y yo lo vi, a mi papá, desfigurado, frío y tieso.

Fue como uno de esos juegos en los que ya estás tan hecho a la idea de algo que cualquier otra cosa te sorprende. Como cuando te piden que repitas 40 veces "tenedor" y al final te preguntan con qué te comes la sopa. Pues es obvio que digas "tenedor" porque en eso estás pensando, aunque sepas que la respuesta correcta era "cuchara". Así justo me pasó a mí, que a fuerza de querer algo y de pensarlo durante tanto tiempo, lo vi clarito. No eres el primer sorprendido que me pregunta cómo puede ser que me haya confundido de esa manera y a todos les he dicho lo mismo: el cuerpo estaba ya podrido y lo poco que se alcanzaba a ver, era igualito. No sé por qué pero no quería mentirte, Manuel, ni aceptarte un pésame que yo sabía que no debía recibir. Preferí contarte la historia completa porque ya suficientes condolencias tuvimos cuando lo velamos y lo cremamos con los pocos ahorros de

mi mamá y fueron las vecinas y una parte de la familia a llevarnos flores, en realidad, porque nadie tenía muchas ganas de despedirse de él. Quién sabe quién habrá sido el pobre infeliz al que velamos aquel día, pero yo estaba convencida de que el muerto era mi papá. Suena muy tonto, yo lo sé, pero vi lo que quise ver: quise vernos a mi mamá, a mi hermano y a mí descansando de tener que buscarlo, de aguantarlo otra vez, de permitirle que regresara.

Por eso cuando abrí la puerta y lo vi ahí parado, respirando y pidiéndome que le sirviera un vasito de agua y una cheve, no me pude mover durante un rato. Por eso, Manuel, reconocer a mi papá con su miradita perdida y con la carne pegada a los huesos, oler su aromita añejo y sucio me provocó muchas cosas que nunca vas a entender. Tú preguntas si me da gusto que haya regresado y que esté vivo, cuando deberías preguntar si me da gusto tener que volver a empezar en este horrible ciclo que no se acabará nunca. A mí no me queda más que encogerme de hombros y contestar lo que quieres escuchar porque esto es una platiquita de banqueta y tampoco nos podemos detener a que te cuente la historia completa de lo que ni siquiera te gustaría saber.

–Sí. Supongo que sí me dio mucho gusto.

Este sucio corazón
(Ciudad de México)

Tal vez los paramédicos nunca se enteraron del costo de su error. Para ellos habrá sido un accidentito, como tantos otros que resultan intrascendentes: sería como pensar que uno muriera asfixiado por la astilla de vidrio que se pega a la mermelada del pan que dejamos caer, o que las papeletas de la caseta que salieron por la ventana taparon el parabrisas de un coche en movimiento y provocaron una colisión. Uno no calcula esas cosas, no hay forma de conocer la manera como nuestras diminutas y torpes acciones revolucionarán la vida de otros. No lo imaginaron los paramédicos cuando la hielera se deslizó suavemente entre los resbaladizos y atrofiados dedos de uno de ellos, ni cuando su contenido se vació en el helipuerto del hospital, ni cuando metieron todo de vuelta y fingieron que no había ocurrido nada. No lo imaginamos ni nosotros, aunque desde el primer día sospechamos que algo extraño había ocurrido en el quirófano.

Julián despertó de la cirugía antes de lo previsto porque, según nos explicaron los doctores, el procedimiento había sido más que exitoso. Yo dormitaba en el sillón junto a la cama sosteniendo sobre mí el peso de mi Marcelita y viendo cómo Beto y su recién adquirido estirón de quinceañero se esmeraban en caber en un silloncito de una plaza. Aunque los niños corrieron a abrazarlo, mi advertencia de que tuvieran cuidado los frenó de golpe antes de llegar a la cama. Julián apenas articulaba palabra, soltaba algún quejidito tenue que normalmente significaba que le acercáramos algo como un vaso de agua, el mando

para llamar a la enfermera, el control de la televisión. No levantó la mano para saludar a sus hijos ni para buscar la mía, fijó la mirada en la pantalla mientras nosotros contemplábamos cómo se le llenaban de imágenes los ojos.

Cuando los niños me preguntaron, les dije que era normal. La gente que ha sufrido esos traumas y que sobrevive a esas operaciones siempre despierta un poco confundida y es difícil reconocerla. No era verdad. Yo sabía que algo en mi marido no era igual pero no me atreví a decirlo por miedo a que me acusaran de supersticiosa y ridícula. Me equivoqué al pensar que una vez que estuviera en casa volvería a ser el de siempre: en realidad su condición se magnificó un poco más cada día que pasó en casa.

Supe que no era él por su risa. El sonido era el mismo, pero los motivos eran irreconocibles. El noticiero le parecía hilarante. Veía las hordas de refugiados en los campos cercados con alambres de púas y una mar de carcajadas le inundaban la boca; cuando se enteró de cuán invasivo era el cáncer de su amigo Javier, íntimo desde la infancia, sucedió exactamente lo mismo. Lo encubrí diciendo que era un reflejo que le habían modificado durante la operación debido a un mal manejo de algunas partes esenciales del sistema nervioso o, en términos más sencillos, que le habían cruzado los cables.

El pretexto funcionaba de maravilla siempre y cuando la persona en cuestión no hubiera presenciado las horas de llanto incontenible que a menudo poseían a Julián. Cualquier cosa podía desencadenarlo: un chiste que no le gustara, una crítica a algo que hubiera dicho, un comentario que le trajera un mal recuerdo de la infancia. Todo lo hacía llorar. En seis meses lo vi llorar todo lo que no lo había visto en 17 años. Tal era la magnitud de su llanto, que Marcelita le acercaba una jarra de agua para que no se fuera a deshidratar y Beto embadurnaba los pañuelos desechables con vaselina para que la nariz no se le irritara por completo.

Julián se volvió insoportable. Alguna vez me descubrí pensando que hubiera sido mejor que jamás encontrara donador para el trasplante, pero fui invadida por una vergüenza fulminante y me disculpé con él. Nunca supo por qué, pero me disculpé. Empezó a llorar, a recriminarme que no quisiera compartir todos mis pensamientos, que le

estuviera ocultando algo. Azotó la puerta, se encerró en el cuarto y no quiso salir durante dos días. El mismo pensamiento volvió fugaz a mi mente y volví a pedirle perdón, esta vez en silencio. Estaba insufrible. No había manera de hacer que parara de llorar o que sintiera un ápice de compasión y tristeza en las situaciones que sí lo ameritaban. Estaba viviendo una especie de adolescencia potenciada a tal grado que, junto a él, Betito y sus quince años eran un absoluto ejemplo de madurez.

Fui a buscar al cirujano. Me atendió con toda amabilidad, vanagloriándose por lo exitoso que había resultado el trasplante de mi marido. Me preguntó por él, si se cansaba al subir las escaleras, si se sonrojaba con facilidad, si tenía buen semblante y si se sentía como un muchachito. Su salud no podría ser mejor, le dije, pero algo muy raro sucedió a partir de la operación. Cuando terminé de explicarle con ejemplos precisos el cambio en la personalidad de quien yo creía conocer al dedillo, el doctor se recargó en el respaldo de la silla. El gesto meditabundo no hubiera estado completo sin su condescendiente forma de peinarse la barba hasta que encontró la voz más ronca y profunda que pudo. Pensé que así se vería una mala imitación de Enrique Rocha.

–Estábamos seguros de que no habría problema, querida señora. El corazón estaba intacto cuando lo insertamos en el pecho de su esposo. Desafortunadamente, hay cosas fuera de nuestro control y de nuestra comprensión. Los síntomas que usted describe son un típico cuadro de corazón roto, lo cual quiere decir que sí hubo repercusiones del accidente de los paramédicos. Cuando el órgano en cuestión fue transportado del hospital de León para acá, en un error humano, porque eso somos todos, cayó al piso. Le hicimos todas las pruebas pertinentes y verificamos que ninguna de sus funciones fallara, pero nunca contemplamos la posibilidad de que estuviera roto.

–¿Y la risa esa macabra?

–Está sucio. El corazón debe haber entrado en contacto con el piso y ahora su sentido de la compasión auténtica debe haberse visto severamente afectado.

Empecé a ver en mi marido a una víctima. No era su culpa llorar sin sentido, no era su culpa reírse de lo que no debía, sino de su maldito corazón. Quise aliviar su depresión con cariño, le preparé sopitas

todos los días, lo apapaché, lo cuidé, le leí historias felices, vimos un sinfín de películas de risa. Nada parecía funcionar. Poco a poco su risa se fue extinguiendo en todas sus formas: la apropiada y la inoportuna, la sutil y la escandalosa. El llanto se apropió de sus días y sus noches sin darle tregua, ante nuestros ojos atónitos y nuestras manos inútiles.

La vida de Julián se detuvo el 7 de agosto. Son ésas las pequeñas torpezas que tienen enormes repercusiones en la vida de otros: yo, por ejemplo, nunca pensé que su corazón terminaría de romperse cuando olvidé nuestro vigésimo aniversario de bodas. "Eran las de porcelana", alcanzó a decirme.

Ropa Vieja
(Coahuila)

Tal vez Lucila tenía razón y no debí haber venido: qué vas a ir a hacer a ese país de matones y secuestradores, me dijo. Siempre tiene razón en las pequeñas cosas, como cuando tuvimos aquella minúscula fuga de gas y yo no quise escucharla hasta que la estufa le pegó el flamazo a Sarita. Sarita, la mejor Ropa Vieja *de todo Miami y yo la tengo en la cocina de mi casa: ni muy suave, ni muy dura, la perfecta cocción de la carne. Eso quiero que me preparen en cuanto regrese.*

No, Félix. Concéntrate. No es momento de sentimentalismos. Tú sabes qué tienes que hacer: escucha sus voces, sus acentos, sus movimientos. Debemos llevar unos quince minutos andando y no parece que sea tan rápido. Esto no es una autopista porque se detiene frecuentemente, hace los altos. No quiere llamar la atención, está manejando tranquilo. Debemos seguir en una zona poblada de la ciudad, el centro, ¿puede ser? No. No tiene el menor sentido que nos dirijamos al centro, debe ser una zona residencial cerca del restaurante.

–No traigo ni cartera, no les sirvo para nada. No tengo dinero.

–Tú ya sabes que esto no es por feria, *my friend*. Acomódate en el asiento y deja de decir pendejadas.

–¿Tiene que ver con lo de Valdés?

–Andas muy preguntón, bato. Te enterarás cuando te enteres. Mete bien la cabeza entre tus rodillas antes de que me den ganas de que la metas entre las mías.

Tiene que ver con Valdés, por supuesto. A él se lo llevaron en la mañana, probablemente estén cazando a los expertos en seguridad para mandar un mensaje, ¿pero por qué me quieren a mí si yo estaba negociando su rescate? Y pensar que apenas ayer me echaba unos tragos con él, que discutíamos los temas de la convención, que habíamos hecho planes para mañana. Detente, Félix. Concéntrate. A

Valdés se lo llevaron en la mañana y en la tarde te llamó él mismo, nos quieren vivos. Él estuvo guardado un par de horas, su hijo ni siquiera tuvo que pagar el rescate porque Valdés te dijo clarito que ya lo habían liberado. Su hijo. Qué coincidencia que hayas estado reunido con él en el restaurante justo cuando recibiste la llamada de su padre. ¿Verdaderamente habrá sido liberado? El conductor está acelerando. Esto probablemente sea una carretera, pero no una autopista porque ha rebasado dos veces.

–¿Es cierto que liberaron a Valdés?

–El próximo cachazo que recibas va a estar más duro, cabrón. Ya te dije que te calles y dejes de estar de metiche.

¿Por qué me dijo Valdés que hablara con los tipos afuera del restaurante? No me pudo haber intercambiado por él. Hemos sido *amigos por años, él me trajo a Saltillo. Él organizó la convención y me invitó, no hay manera de que haya previsto su secuestro y después me haya entregado. No hay manera. Es mi amigo. Basta, Félix Batista. Concéntrate en los hechos. Te pidió que salieras del restaurante y hablaras con unos tipos de un coche que se suponía que iba a ser blanco, pero entonces te abordaron los de la Jeep plateada. Te estaban esperando. Pero entregarme, ¿para qué? No les interesa mi dinero.*

–No sé quién creen que sea yo, pero solamente me dedico a ser un experto en seguridad. Yo aconsejo a la gente sobre cómo evitar los secuestros, los negocio.

–Pos has de ser muy chingón en tu chamba, *my friend,* pero de estafar a la gente. Levantar a una señora hubiera sido más difícil.

Al parecer no saben quién soy. Me quieren por algo más. Mientras no piensen que ando aquí de infiltrado, no quiero acabar como el Kiki Camarena.

–Yo tengo una empresa privada. No trabajo con la policía ni con el gobierno.

–Nosotros a veces sí trabajamos con el gobierno, *my friend*, pero no le digas a nadie porque es un secretito. No, no es cierto. También somos empresarios, pero vendemos cosas más interesantes que tu pinche ilusión de seguridad. ¿Ya ves cómo sí se puede platicar sin que estés haciendo tus preguntas idiotas?

Este camino ya es terracería. Debe haber pasado al menos una hora desde que abandonamos el restaurante. Daniel ya debe haberse comunicado con Leonard para avisarle que me levantaron, pero estarán buscando un coche blanco. Daniel es

un buen asistente, seguro obedeció. Mis instrucciones fueron claras cuando me levanté de la mesa: si no regreso, avísale al socio que me viste por última vez hablando con la gente de un Corolla blanco. Leonard ya debe estar buscándome, Daniel ya le habrá dicho que me reuní con unas personas en el estacionamiento a petición de Valdés después de que lo liberaran. Eso, suponiendo que Valdés me haya llamado estando libre. Carajo, Félix. ¿Y si no? ¿Y si seguía cautivo y era una trampa?

–Si hablan con mis socios, ellos estarán dispuestos a negociar.

–Si sigues hablando, vamos a tener que pararnos a media carretera para que mis muchachos se bajen a mearse de la risa. Nos da mucho gusto por tus socios, los que no queremos negociar somos nosotros, *my friend*. Mejor platícanos de la calidad de viejas que hay en Miami. Dicen que es lo más bonito que tiene la ciudad.

Sí, las mujeres de Miami son las mejores. Pero ninguna gringa como mi Lucila que tiene lo mejor de Cuba y lo mejor de los gringos en ella. Félix. Concéntrate. Estás subiendo una colina. La terracería se ha vuelto más pedregosa, estás en un terreno más árido. Saben que vengo de Miami.

–¿Miami? No sé, nunca he estado ahí.

–Las mentiras hacen llorar al niño Dios, *my friend*. Todos los empresarios cubanos vienen de Miami, ¿qué no? Y no me gustan las mentiras. Ya estuvo, Gordo. Para aquí el carro que nos bajamos a que los muchachos estiren las piernas. A ver tú, Andy García de la seguridad, bájate tu también.

Es una escala. Tranquilo. Te van a llevar a un sitio donde podremos negociar y donde se comunicarán con Leonard, él se va a hacer cargo. Si no te han descubierto los ojos es para que después no reconozcas el lugar. Conserva la calma. Ya sabes cómo es esto.

–¿Tons qué, mi Félix? ¿Tú también quieres aprovechar para ir al baño? Pero qué groseros somos. A ver, Gordo. Quítale la venda de los ojos y desátale las manos al Licenciado Batista para que esté más cómodo. Los pies déjaselos así, que arrodillarse va a ser más fácil.

–Así que Valdés sigue cautivo.

–Seguía. Tu amiguito está libre desde que tú te subiste a la camioneta.

Lucila, mi Lucila hermosa. Qué razón tenías y con qué ganas de una última Ropa Vieja me quedo yo.

Lunes
(Colima)

¿Ya terminaste el ejercicio? ¿Tienes dudas? ¿Entonces a qué vienes a mi escritorio? Siéntate y ponte a trabajar, que después vas a venir con que no te dio tiempo. No me interrumpas y no me vengas con pretextos. Ni el baño, ni salir a tomar agua, ni no sé qué. Regrésate a tu banca, Julieta.

¿Apagué la plancha? Planché la camisa y la apagué, pero después la volví a encender para darle una pasada a la falda y ya no me fijé. Ya debería comprarme una de esas que se apagan solas, si esos accidentes caseros son los peores porque uno jamás los ve venir, como le pasó a…

Juan Manuel, vete a sentar y deja en paz a tus compañeras. Ellas solitas pueden. Julieta, deja ya de estar llamando la atención y de estarme alebrestando al resto. A ver si cuando saques ocho no vas a estar rogándome que te ponga un trabajo extra.

Sí desconecté algo, pero fue la cafetera. Serví las dos tazas y jalé el cable para que no se siguiera calentando, o sea que sí dejé la plancha conectada. Carajo. Y es que siempre me toca a mí salir a las carreras cuando Samuel se tiene que ir más temprano. Mucha prisa la suya y la que tiene que levantarse a hacer desayunos, planchar y preparar todo, soy yo.

Jorge, ¿qué estás escondiendo? ¿Estás comiendo en clase? Te recuerdo que no puedes meter comida al salón. Hazme el favor de tirar la porquería esa que te estás comiendo. Sí, ya sé que son papitas, pero mira nada más cómo traes los dedos todos pintados. No sé cómo no les da asco comerse esas cosas llenas de colorante. No me interesa si las acabas de abrir, no te dije que las guardaras sino que las tiraras. Vete a lavar las manos porque no quiero tu libro todo cochino.

Y pobre Carmen, se quedó sin nada por dejar la llave abierta. Digo, también qué bruta por escuchar que se tiraba el agua y haberse ido de todas maneras, pero…

Jorge puede ir al baño porque yo lo mandé a lavarse las manos, Julieta. Tú nada más estás buscando un pretexto para salirte del salón. Siempre tienes que ir al baño, a tomar agua, a hacer una llamada o no sé qué. Parece que a ti la regla te viene cada tercer día porque siempre me sales con lo mismo de que "es una cosa de mujeres". Pues si yo también soy mujer y por eso sé que es cada mes y que a ti te dan unos dizque cólicos como de caballo. Y ustedes ya, mucha risa, si no es chiste. Pónganse a trabajar en lugar de estar de metiches.

Sin nada, se quedó la pobre. Todos sus muebles terminaron en la basura. Aunque medio merecido se tenía el castigo por andar ahí de ofrecidita con los maridos de todas las vecinas. ¿Y si se me quema todo? No me da tiempo de ir y regresar durante el recreo y luego en la tarde tenemos la junta. Si está prendida, voy a regresar a mi casa hecha cenizas. ¿Y si la cortina se acerca mucho y se empieza a quemar?

Mariana, no estés defendiendo a tu compañera, que ella solita puede. Y dile por favor que me quite esa cara de mártir y se ponga a trabajar. Están insufribles, los fines de semana les hacen mucho daño porque todos los lunes es lo mismo. Mira nada más, deberían darle el Oscar. Tantito le dije que ya me sabía sus truquitos y ahora sí se siente muy mal y llévenme a la enfermería y no sé qué. Si quieres hasta le hablamos a la ambulancia para que te lleven al hospital, mijita, pero que ahí sí te cueste cuando menos unos pesitos estarte inventando achaques.

¿Y si le hablo otra vez a Samuel para que regrese temprano? ¿Por qué no me habrá contestado en la mañana? Le hablé en cuanto había salido, está muy raro que sonara dos veces y entrara el buzón. Se me hace que colgó, pero no pudo haber estado ya en la reunión porque dijo que se iba a ir antes para organizar los papeles y que la reunión era hasta las 11.

Bueno Jorge, tu parece que te fuiste a rezar mientras te lavabas las manos. Ocho minutos te tardaste en ir y regresar. Sí, sí fueron ocho porque me fijé en el reloj en cuanto saliste. No tienes vergüenza. Siéntate ya. Mariana, esto se está volviendo muy cansado. Yo no sé qué

noviecito esté esperando afuera a Julieta, pero ahora sí nadie va a salir para nada a menos que termine el ejercicio o hasta que acabe la hora. Qué bárbaro, imagínense si uno trabajara así, pensando nada más en cómo salirse más temprano de trabajar. ¿Les parecería correcto que yo hiciera eso?

A lo mejor sí tendría que irme ya. A mí se me puede estar quemando la casa, no como a esta chamaca que quiere salirse a pasear al patio. ¿Y por qué se habrá ido tan temprano Samuel? ¿Qué papeles iba a arreglar? A ver si no lo cacho otra vez en las andadas porque ahora sí lo corro. Una se la perdono, pero dos ya es un abuso. Tampoco se trata de que me agarre la medida. Y ayer también llegó bien tarde, que muy cansado y que qué calorón había hecho en la oficina y por eso entró derechito a bañarse, según él. Ni tiempo me dio de saludarlo y ver si no olía a cantina.

¿Terminaste, Alfonso? Ya puedes salir. Déjamelo aquí en el escritorio. ¿Ya ven? Si se pusieran a trabajar todos cuando deben, ahora tendrían un descanso más largo como su compañero que estuvo calladito toda la clase. Un día les voy a contar la fábula de la hormiga y la cigarra. No, Jorge, ahorita no porque estoy ocupada y porque ustedes tienen que terminar el ejercicio. Mariana, no le estés haciendo caras a Alfonso para que te pase las respuestas. Ya sé que te urge que Julieta pueda salir porque según tú se está sintiendo peor, pero entonces hagan el trabajo y váyanse cuando lo hayan acabado. Si hasta pareces su representante legal, ojalá que cuando menos te esté pagando.

Si yo hasta entiendo que esté en su naturaleza de hombre, pero me choca que me esté diciendo mentiras. Si también me doy cuenta de cómo mira a mi vecinita Carmen, y cómo no, si sale en esas batitas como si todo el edificio fuera la sala de su casa.

Los que vayan terminando, dejen aquí su ejercicio y salgan. ¿Ya ves, Julieta? Aquí te vas a quedar hasta el último minuto por no haber trabajado nada.

¿Y por qué necesita ir a buscar a otras? ¿Qué no soy suficiente? Si siempre estoy dispuesta a lo que él quiere, si ya sé cómo es y por eso nunca me niego…

Ya, Julieta, qué horror. Voy a traer al director, a ver si a él también le haces estos teatritos de tirarte al piso. Sí, Mariana, ya vi que dizque le está dando una convulsión. Déjala tantito, ahorita que se canse de hacer el ridículo, seguro se levanta.

Ese "viaje de negocios" de la próxima semana me suena muy rarito. Qué estúpida soy, si es obvio que anda en quién sabe qué. Y ahí estoy yo de su babosa dándole lo que necesita, cuidándolo, procurándolo. Todo para que salga con éstas. Hijo de su madre, ahora sí me las va a pagar completas.

¿Ya ves? Ya se le pasó. Ahorita que se le quite la vergüenza, se va a levantar y se va a sentar en su banquita, ¿verdad, Julieta? Ya me sé sus mañas del mentol en los ojos para llorar, el retortijón para ir al baño, el supuesto sangrado de nariz…, si cuando ustedes van, yo ya vengo, mis niños. ¿Qué? Mariana, ya se les está pasando la mano un poquito con el berrinche. ¿Cómo que no está respirando? Hazme el favor, payasada tras payasada con ustedes. A ver, háganse para allá y denme espacio. Julieta, haz el favor de pararte ya porque nada más estás haciendo un zafarrancho. En cuanto le diga al director, te vas a ir suspendida, mijita. Julieta, te estás pasando de la raya. No, Mariana, yo tampoco siento que respire. A ver, alguien búsquele el pulso en la mano porque en el cuello tampoco se lo encuentro. Y no se me queden viendo así, alguien traiga al director y a la enfermera. Tráiganle un poquito de agua a su compañera. No la estoy cacheteando, Mariana, estoy tratando de despertarla. Cómo va a estar muerta, no sean escandalosos. Ya sé que no tiene pulso, pero se le va a pasar, ha de ser uno de sus truquitos. Mariana, ya no estés llorando, que no está muerta, te digo. ¿Cómo se va a morir la niña así nada más en el salón de clase? Y bueno, qué lloradera y qué histeria, se me calman todos y se echan para atrás, sí, gracias, ya les dije que ya sé que no tiene pulso pero le va a regresar, nomás denle tantito aire. Ahorita seguro que se le termina el teatro. ¿Por qué no le han traído el agua? Levántenla para que se la tome, o echénsela en la cara para que se despierte. Julieta, párale ya al drama porque nada más estás preocupando a tus compañeros.

A mí seguro que se me está quemando la casa y esta pinche escuincla que nomás no quiere reaccionar.

A ver si no sale con su gracia y se me arma en grande. Las peores cosas siempre me pasan en lunes.

Carajo.

El sabor de la nostalgia
(Estado de México)

La tinta me quema las yemas de los dedos, quisiera lanzar el periódico al otro lado de la mesa pero no puedo. Mis ojos, incrédulos y llorosos, insisten en explorar las páginas que segundos antes me provocaran una arcada casi dolorosa. Lo cierro. No me atreveré a abrirlo nuevamente y lo dejo junto al bote de basura. Guardo mi desayuno intacto en el refrigerador y engullo sin respirar los últimos tragos de la taza de café. Itzel está muerta, no existe más. Tuvo uno de esos finales amargos y horrendos que siempre nos llevan a pensar si pudimos haber hecho más o si el destino nos ató desde el principio.

Cuando éramos niñas, Itzel quería ser veterinaria para cuidar a todos los perros callejeros que nos encontrábamos al explorar la colonia. Juntábamos las piedras de la terracería que nos cabían en una mano y nos asomábamos en el puente para aventárselas y asustarlos para que no cruzaran los tres carriles del Periférico. Según mis cálculos, en aquella época tendríamos nueve o diez años porque todavía íbamos a la escuela: ella dejó de ir a los doce, justo cuando íbamos a entrar a la secundaria. Su papá la metió a trabajar porque no había cómo mantenerla estudiando y porque tampoco había quien les mantuviera el vicio a él y a su mamá. Vivían pegados a la botella, todo el barrio lo sabía. Mi mamá me prohibió ir a su casa y ahí dejé de saber de ella, salvo cuando me llevaba algunos dulces que le sobraban de los que vendía en el metro. Mis favoritos eran los mazapanes, pero ella era de Miguelitos de agua. Se comía uno tras otro, hasta la última gota; masticaba el plástico

con tal de vaciarlos por completo. La última vez que la vi fue el día que nos empachamos: no fue a vender y nos quedamos en las escaleras del puente a comernos todo lo que llevaba en la caja. La recuerdo así, con el viscoso líquido rojo llenándole las comisuras y el mentón: eres una Drácula del chamoy, le dije mientras Izelita se retorcía de la risa.

No volvió a acercarse a mi casa. Mucho tiempo después me enteré de que su papá la había golpeado hasta que ella no se pudo levantar. Estuvo tres días en cama y al cuarto, cuando logró caminar, la volvieron a mandar al metro. Siempre he pensado que era un chiste de mal gusto, pero decían los vecinos que nunca había vendido tantos dulces como aquel día.

Me negué a creer lo que me dijo mi hermano un par de años después: que si la había visto a la orilla de la carretera abriendo por la mitad a un perro muerto y vaciándole las tripas, que si estaba toda cubierta de sangre, que si se había vuelto loca. Le dije que era una exageración, que podía pensar que ella se acercara al perro porque quería ser veterinaria y seguramente quería curar a alguno que habían atropellado. Años después, la historia de mi hermano tendría todo el sentido que yo no quise entender. Durante mucho tiempo hice el esfuerzo de recordarla así, como mi mejor amiga, como la Itzelita que comía dulces y se limpiaba los dedos en la playera, la de las rodillas raspadas, la que intentaba hacerse una trenza y terminaba por enredarse el pelo. Era ella a quien yo conocía, a quien le contaba mis secretos, a quien me pesaba enormemente haber dejado de ver de un día para otro.

Esa Itzelita nunca imaginó que saldría de mi vida de golpe. Tampoco imaginó que yo me enteraría de su triste destino por las noticias y por los chismes de banqueta en la colonia. Supe que se había casado a los catorce años y no encontré el valor para ir a buscarla: al parecer su esposo era un pandillero ya mayor que regresaron de Estados Unidos y estaba furioso con ella porque no habían logrado ser padres. Estuvo embarazada, pero se complicó y tuvieron que operarla así que, según dicen las vecinas, ella decidió consolarse con la misma botella que sus padres y el mismo activo que su marido. Mi única justificación para no haberla buscado es que me dio miedo. Ella, él, empañar un recuerdo. Todo.

Y tenía razón. Mi amiga Itzelita, la que no envejeció más allá de los doce años en mi memoria, nunca vio venir que diez años después se convertiría en una de las mujeres más buscadas del Estado, ni que sembraría el terror de esa manera en las calles. Tampoco supo que se transformaría en un monstruo espeluznante: pasaría de ser mi Drácula del chamoy a la Degolladora de Chimalhuacán. No se me ocurre que una niña como ella, años después de regalarme mazapanes, sintiera placer al agarrar desprevenido a un transeúnte para cortarle la garganta de lado a lado del cuello.

Fue difícil creerlo. Vi los noticieros una y otra vez, compré varios periódicos y, a pesar de reconocer que su cara no había cambiado mucho y que seguía siendo la morena menudita de toda la vida, estuve convencida durante mucho tiempo de que estaban equivocados. Me era imposible verla llena de caramelo, hincada sobre el asfalto y hurgando en la caja para encontrar más sobrecitos rojos, contándome que una década más tarde sería responsable de asesinar a dos mujeres y mandar al hospital a otras cinco personas. Era absurdo que sus manitas chatas y torpes que nunca podían abrir los envoltorios de los dulces fueran capaces de rajar una yugular de esa manera.

Hoy termino de aceptarlo. Su foto aparece en la mitad de la plana y no hay forma de evadir que la asesina de ahora fue la niña que siempre me guardaba el último chicharrón de la bolsita. Según dice la noticia, Itzel, tras dos años de permanecer en prisión y a sesenta y tres de purgar su condena, fue asesinada en el patio de Santa Marta.

Termino mi taza de café. De la alacena saco un mazapán que desde ahora, y como nunca antes, me sabrán a nostalgia.

Escarnio
(Durango)

Salvador examinaba cuidadosamente los seis tipos de cuerda del anaquel cuando una voz lo interrumpió para preguntarle si necesitaba ayuda. Sin levantar la cara, fingió concentrarse en la textura de una de ellas.

–Ocupo un chicote que soporte 90 kilos.

El vendedor le mostró uno y él pidió tres metros. Al salir de la tienda, volvió a ocultar el rostro tras la gorra y los lentes oscuros, lamentándose que Mapimí fuera un pueblo diminuto en el que todos se conocían.

Efectivamente, todos se conocían.

No había avanzado más de un par de cuadras y una voz tan dispar como adolescente ya lo había increpado:

–Señor Secretario, ¿es usted? ¡No camine tan rápido, tómese una foto con nosotros! ¡No se haga el tímido, si ya sabemos que le gusta posar!

Apresuró el paso y dejó atrás las risas burlonas. Ni siquiera había visto quiénes ni cuántos eran, no tenía interés en convivir con nadie ni en detenerse a dar explicaciones. Entró a su casa y se preparó un café. Colocó la cuerda azul rey sobre el sillón de la sala y la observó un rato, enroscada como serpiente dormida.

El teléfono sonó varias veces pero no contestó, no podía ser otra que su madre porque desde la publicación de la nota del periódico era la única que conocía el nuevo número. Recordó de pronto el timbrar permanente de aquel día: reporteros, curiosos, amigos, enemigos, familiares cercanos, familiares lejanos. También entonces dejó de contestar, pero la Alcaldesa lo localizó en el celular para avisarle que no

era necesario que se presentara más en el Ayuntamiento. Su renuncia ya había sido redactada y alguien se la llevaría para que la firmara y para entregarle todas las pertenencias que había dejado en la oficina.

Su mirada descansó en las cajas con el sello municipal que aún permanecían junto a la puerta; el teléfono había dejado de sonar. La música de la Dimensión Desconocida logró distraerlo cuando lo obligó a sacar el celular de su bolsillo para rechazar las tres llamadas de su madre.

Con las palmas sudorosas y el corazón acelerado, en sus oídos se instaló un zumbido que no le daría tregua. Entrar a la bandeja de mensajes de texto en el celular era inevitable cada vez que lo tenía en las manos, lo torturaba pensar cómo no había previsto lo ocurrido: él tan inteligente, la situación tan obvia. A pesar de aborrecerla, había sido incapaz de borrar las conversaciones con Eréndira: las releía una y otra vez, como si después de ensuciarse los pies buscara restregarse en lo más profundo del lodazal.

Abrió la carpeta y buscó el primero, el que ella le había enviado para agradecerle su asistencia al evento de los viejitos. Leyó después la caballerosa respuesta que envío tras haber visto la foto de perfil de la muchacha: "No, por favor, el gusto fue todo mío, qué honor convivir con tanta sabiduría". Siguió recorriendo la conversación deslizando el pulgar en la pantalla del teléfono. Ahí estaba todo, desde que ella le preguntaba qué música la gustaba, hasta los videos de sus french poodles acompañados por las canciones favoritas de "su Licenciado Chava… Sí le puedo decir así, ¿verdad?". Él le enviaba fotos que encontraba en internet de distintos países y le prometía llevarla algún día, y cómo no, si ella era "su bonita, su linda, su chiquita".

"A veces recibo tus mensajes y siento que estoy soñando, Chava. Ya quiero regresar de Guadalajara para que podamos vernos a los ojos".

"Y cuando nos miremos, ¿vas a dejar que te bese?"

"Yo te voy a besar primero".

Ahora que los releía, la falsedad le parecía evidente. Traidora, cabrona, puta… Cómo eres pendejo, Salvador.

"Es increíble que te extrañe tanto si nunca nos hemos visto".

"Me encantas, Eréndira. Sueño contigo todos los días y te imagino allá, paseando, pero tomada de mi mano".

"Si te mando una foto, ¿me prometes no burlarte?".

Entre los mensajes de la conversación apareció la foto. Morena, de ojos grandes, labios carnosos y portando un bikini anaranjado. Joven, curvilínea, bronceada. El atardecer en la playa de fondo.

"Hermosísima".

"Me vine a Puerto Vallarta y estrené traje de baño. ¿Te gusta? Mándame una tú".

"Yo no estoy en la playa".

"Mmmmhhh… para que no andes de penoso, te mando una que te anime".

Eréndira sin sujetador, cubriéndose lo senos con el antebrazo.

"No te puedo decir todo lo que me acabas de provocar".

Salvador recordó la erección inmediata al ver la fotografía. Cuando estuvo a punto de sucumbir nuevamente, la presencia del chicote azul lo desmotivó por completo.

"Cuéntame. No, mejor enséñame".

"¿De verdad quieres ver?".

"Sí, Chava. Me muero de ganas de saber cuánto me deseas. No seas penoso, entre tú y yo no hay secretos. Si me mandas una, podrías recibir otra sin que se me vea el brazo…".

Se restregó los ojos como si quisiera arrancárselos. Ahí estaba, en una pantalla de doce megapixeles, la estupidez más grande de su vida: él frente al espejo con los pantalones a la altura de las rodillas y con la camisa abierta, sosteniendo el teléfono en la mano izquierda, su miembro endurecido en la mano derecha. Click. Enviar. Fin de la conversación. No había ninguna respuesta de Eréndira y el resto del chat se reducía a sus mensajes pidiendo que no le dejara de hablar, disculpándose por haberla ofendido, suplicándole que lo perdonara.

Lo sucedido los días subsecuentes llegó a su memoria como una ráfaga de momentos detenidos e inertes. Sus redes sociales invadidas por su propia fotografía, los periódicos y noticieros nacionales acusando al funcionario de un pueblo sin noticias de exhibirse en Internet,

los comentarios que la gente escribía bajo la publicación, la desenfrenada velocidad con la que más y más gente tenía acceso a verlo así, tan entregado, tan expuesto, tan vulnerable y a ponerle apelativos que todavía le quitaban el sueño: puerco, pervertido, degenerado, asqueroso, grotesco; gordo, pitochico, ridículo.

Se levantó de golpe y tomó la viperina cuerda para arrebatarla de su tranquilidad. Amarró un extremo a la mampostería del barandal de la escalera y se aseguró de que no cediera. Subido en una silla, mantuvo el equilibrio y envolvió la trabe del techo con el mismo extremo tres veces. Jaló con fuerza hasta sentir la tensión e hizo con la parte final un nudo corredizo.

Al encontrar su reflejo en el cristal del vidrio de la cocina, se habló en voz alta:

–Les faltó decir que eras patético. De seguro la pinche vieja ni existía.

Pruebas de valor
(Guanajuato)

Mario salió de la sala de juntas. Incómodo, se refugió en el escusado de los baños del tercer piso, clavó la cabeza entre las manos y se rascó la cabeza hasta que sintió que empezaba a arrancarse el cabello. *Qué pinche afán de hacerle caso al Gallo, si él es carpintero, él qué chingados iba a saber de lo que yo debía poner en mi solicitud de empleo.*

Del bolsillo trasero de su pantalón sacó la circular en la que les informaban que al día siguiente todos los escoltas del Secretario de Gobernación del Estado realizarían las pruebas de valor para iniciar la gira nacional. Vio la línea vacía sobre su nombre y recordó el momento en el que había firmado de enterado la copia que la secretaria había conservado en su fólder. Se arrepintió de no haberse ido antes de la junta, de haber ido a trabajar ese día, de haberse levantado de la cama. *Tú ponle que sabes hacer todo lo que te piden, Mario, si de todas maneras aquí en Guanajuato nunca pasa nada. A ver, ¿cuándo ha habido un atentado?, ¿cuándo has tenido que hablar inglés?, ¿en qué mar te vas a ahogar aquí si no hay agua ni en el fregadero?* Maldijo otra vez los consejos del Gallo y guardó las hojas dobladas en su pantalón.

Antes de salir, se asomó al estacionamiento para cerciorarse de que sus colegas se hubieran ido ya. A su teléfono habían llegado un par de mensajes invitándolo a la cantina para celebrar la tarde libre y "llenarse de valentía". Según decía uno de ellos, después de la cruda que les iba a dar, todo lo demás "era de bajada". Mario no respondió ninguno y se escabulló a su coche. Manejó como ausente, pensando en por qué se había convertido en escolta cuando él quería dedicarse a la zapatería. *Sí, mi amor, qué bonita tu idea pero ahí no vas a hacer dinero, ya ves que no hay*

forma de competirle a los chinos y todo el mundo está quebrando. Estás grandote y fuertote, aplica para el trabajo en el gobierno porque ahora que me alivie y nazca Marito vamos a necesitar mucho para darle una buena vida. Y ni te preocupes, que aquí no pasa nada nunca, a nadie le interesa matar al Secretario de Gobierno. Todavía fuéramos uno de ésos como Tamaulipas o Sinaloa, pero ya verás que aquí son como vacaciones pagadas.

Al día siguiente despertó antes de que sonara la alarma. Contempló un rato las grietas en el techo e imaginó que en algunos meses se convertirían en goteras, habría que levantar la teja falsa para resanar e impermeabilizar. Todo eso, se dijo, cuesta mucha feria. Observó la hoja de actividades que sobresalía del pantalón tirado en el suelo y alcanzó a recordar algunas de las que le esperaban. No le gustaban las armas, pero sabía dispararlas. No le gustaban los golpes, pero sabía darlos. No le gustaban los animales, pero sabía enfrentarlos. No le gustaba el agua porque no sabía nadar.

La primera actividad era la prueba de miedo a las alturas en la alberca estatal. Aunque llegó un poco tarde con la esperanza de habérsela perdido, resultó que todo se había retrasado porque el resto de los elementos apenas venía en camino. *Estuvo buenísima la pachanga, mi Mayo, hubieras venido. Después de la cantina nos fuimos por unas chamacas y nos amanecimos entre bailecito y bailecito, te perdiste de un chorro de cosas. Gutiérrez tiene unos videos, ahí que te los enseñe terminando para que la próxima vez te animes a venir.*

Sonrisita complaciente por aquí, palmadita en la espalda por allá. La secretaria los recibía a todos para desearles suerte y recordarles que demostraran cómo protegerían al Ciudadano Secretario en caso de contingencia. *Pásenle a los vestidores que ahí les van a dar sus trajes de baño para que se preparen. Se van a subir al trampolín uno por uno en el orden alfabético de sus apellidos, nada más tienen que llegar a la plataforma de diez metros y saltar a la fosa. Tengan cuidado en la escalerita porque se pone resbalosa, no queremos accidentes. Desde arriba impresiona mucho, pero ya verán cómo es pura formalidad, muchachos. Ánimo.*

Uno a uno se fueron formando. Él era el sexto. Aun cuando la piel se les crispaba por el frío, todos permanecían en posición de firmes, símbolo indiscutible de la hombría que habían ido a demostrar. Mario

constató que la fosa era muy profunda: cuando saltó el primero, se tardó un rato en salir hasta la superficie. *Usted, como yo y como todos, está lleno de aire, compadre, el secreto para no ahogarse es poner el cuerpo flojito. Por eso se dice "nadar de muertito", porque a uno se lo lleva la corriente si se deja ir. Nada más no se ponga duro porque ahí sí se pone grave la cosa, deje que el agua solita lo aviente a la superficie.*

El único consejo había venido del Gallo la noche anterior, cuando lo había encontrado en la esquina antes de llegar a su casa y le había reclamado por haberlo convencido de decir que sabía nadar. En él pensaba Mario conforme avanzaba la fila, y en la maldita hora en que le había hecho caso a Susana sobre convertirse en escolta. *Y todo porque la pinche vieja quería que nos hiciéramos ricos de la noche a la mañana para que la sacara de trabajar.* Vio los hongos en las juntas de los mosaicos y consideró la idea de fingir que resbalaba para lastimarse y no realizar la prueba, pero la rechifla y los comentarios sobre el cuarto elemento de la fila por haber tardado en saltar lo hicieron renunciar a la idea. *Yo ya sabía que ese Fernández era re puto, si hasta pena me dio ponerme el traje de baño enfrente de él, no fuera a ser que se calentara, ¿a poco no, Mayo?*

Subió peldaño a peldaño ayudándose de los barandales. El piso se alejaba y se hacía diminuto, tanto como el azul oscuro de la alberca. Ya en la plataforma, se acercó con pequeños pasos hasta la orilla y una vez que sus dedos tocaron el filo de concreto, empezó a contar del diez al uno. No terminó la cuenta. En el seis aflojó el cuerpo y se dejó caer, no sin antes taparse la nariz y la boca para evitar que el agua clorada le provocara algún escozor. Convencido de que había sido mucho más fácil de que lo que parecía, celebró para sí que hubiera testigos de sus agallas. *Y para qué tanta pinche noche de insomnio, ni que hubiera tiburones en la fosa. Qué razón tenía mi Gallo.*

El sonoro choque del cuerpo de Mario contra el agua hizo que sus compañeros se encogieran de hombros y miraran hacia otro lado. *Ah, no manches, ese Mayo se acaba de aventar un panzazo de diez metros. Va a salir todo rojo, van a ver.* Las aguas permanecieron en calma. El gimnasio municipal se convirtió en silencio hasta que una tímida voz lo rompió: *lánzate por él, güey, se me hace que ya se hundió.*

El oficial Gámez fue despedido con honores en solemne ceremonia. Al acto asistieron Susana, su mujer, y el resto del grupo de escoltas. La prueba fue suspendida tras el ahogamiento, por lo que fue recordado en un breve discurso como un elemento de indiscutible valentía. El Secretario de Gobernación otorgó una simbólica indemnización a sus familiares como reconocimiento al elemento caído durante el arduo entrenamiento.

Pelea de gallos
(Guerrero)

Se hizo el silencio. Artemio entró por la puerta principal y dejó boquiabierta a la concurrencia justo antes del primer combate. Buscó un sitio cercano al ruedo y cuando lo encontró, quienes estaban junto a él decidieron darle más espacio. El vacío a sus costados creció no por temor a él, sino a ser identificados por sus enemigos como parte de su gente.

–Perdóneme, don Temio, pero yo nomás vengo a ver la pelea. Qué pena hacerle el desaire.

Artemio asentía sin rencor. Con la mirada fija en los gallos que acababan de sacar del voladero y eran sujetados por los preparadores; encendió un cigarro. Del otro lado del pequeño ruedo, el Púas carraspeaba y escupía sonoramente para llamar su atención, pero no lo lograba. Sus hombres se arremolinaban junto a él preguntándole en voz alta si quería que lo tronaran, que se lo llevaran, que le dieran una calentada para que aprendiera a respetar. Negaba con la cabeza, hasta que se animó a dar la orden de que le hablaran al General para avisarle que la cosa en el palenque podía ponerse fea porque el chivato acababa de llegar y él y su gente iban bien preparados. Lo pidió a gritos para que lo escuchara toda la concurrencia pero, sobre todo, para que llegara a oídos de don Temio.

Algunos abandonaron el lugar. Otros, motivados por el morbo y por el dinero que ya tenían en juego, decidieron quedarse. No era la primera vez que la gente del Púas se encontraba con Artemio en una plaza pública, como tampoco era novedad que trataran de amedrentarlo para que se fuera de Cuajinicuilapa.

–Apúntenme con cinco mil al Sansón –dijo el Púas.

–Cinco mil al Aquiles –remató Artemio.

–Que sean diez al Sansón.

–Y diez al Aquiles.

–Diez y mi Tacoma al Sansón.

–Diez y la Lobo que traigo al Aquiles.

Sus miradas por fin se encontraron. Artemio tiró la colilla al piso y se acomodó el tupido bigote con el índice y el pulgar. Hizo la finta de levantarse el sombrero para saludar, pero simplemente se lo quitó para peinarse las canas y volver a colocarlo sobre su cabeza. El Púas otra vez escupió hacia el terregal y exigió que la pelea empezara cuanto antes. Los preparadores verificaron que las navajas estuvieran bien amarradas, azuzaron a sus respectivos gallos lanzándolos tres veces al aire y terminaron sosteniéndolos del cuello para liberarlos cuando finalizara la cuenta regresiva.

Sansón era un gallo blanco anormalmente grande. Como cola de vestido de novia, las grandes hoces se arrastraban a su paso mientras caminaba en torno a su enemigo, que permanecía inmóvil. Tan pronto empezaron a crispársele las brillantes plumas de la esclavina, Aquiles hizo gala de su velocidad para colocarse detrás de él. De color pardo y tamaño pequeño, el gallo de Artemio demostraba que podría hacer frente a los inmensos muslos del gallo del Púas gracias a diversas mañas.

–Si tu pajarraco gana, te mueres, Artemio.

–Vas a salir de aquí descalzo, con una mano enfrente y otra atrás.

Aquiles se escabulló del primer picotazo que se atrevió a lanzar Sansón. De ahí en adelante, el combate se desarrolló por los aires: ambos gallos trataban de someter al otro desde arriba para enterrarse las navajas en el cuello, alguno de los dos iba a terminar muerto. A pesar de los estridentes cacareos de los combatientes y de la histeria de los asistentes, las voces del Púas Ojeda y de Artemio Carrasco eran perfectamente audibles.

–Vas a pagar con tu Tacoma lo de la fiesta que jodiste. Los pobres niños del kínder no tienen ni una pinche alegría en este mísero pueblo y tú les echas a perder su desfile de primavera con tus balaceras calleje-

ras a medio día. Antes había códigos, pinche escuincle, pero tú qué vas a saber de eso si no habías ni nacido. Tenías que ir ese día a huevo para que todo el mundo dijera "ay güey, qué valiente es el Púas que va y se la arma de pedo a los municipales a plena luz del día" y no te importó nada más. Tú y tus pendejadas ya nos tienen hasta la madre a todos. Qué valiente has de ser, si todo el mundo sabe que tus compas de la Ministerial te tienen bien protegido y que en el fondo no eres más que un putito que se esconde tras las faldas de su tío El General.

–Un connato de rechifla fue sofocado por el miedo que imperó cuando la gente del Púas cortó cartucho.

–Qué pendejo eres, Artemio. Mira que estarte cuidando todo el tiempo y venir a morirte por un desfilito de niños de kínder.

De entre la audiencia se levantaron los hombres de don Temio empuñando sus armas largas y encañonando directamente a la gente del Púas. Quienes los vieron, comenzaron a acercarse a las orillas del palenque en busca de la puerta o se guarecieron tras las sillas como si desearan ser invisibles. Los que sí se habían quedado por sus apuestas no se percataron de la inminencia del enfrentamiento hasta que los gallos, por *motu proprio*, dejaron de pelear.

Nadie supo a ciencia cierta quién disparó primero. Las ráfagas de balas inundaron el lugar como enjambres furiosos que viajaban de un lado a otro buscando una superficie que perforar con su aguijón de plomo. Cayeron hombres de cada bando con la misma fragilidad que cayeron los que no tenían bando. Mientras tanto, el ruido sordo de los disparos ahogaba la voz de las instrucciones de ambos capitanes cuando ordenaban desesperadamente la retirada.

Los gallos aletearon por encima del cerco del ruedo. Aunque las navajas de sus patas se atoraban en la viscosidad de los charcos de sangre, lograron llegar al voladero donde habían descansado minutos antes de la pelea. Cada uno reunió junto a su cuerpo un montón de granos secos de maíz. Protegidos por la malla de gallina y la madera del corral, observaron los cuerpos sin vida de una docena de hombres.

Arrodillado y con las manos atadas en la espalda, don Temio contempló cómo Sansón devoraba el cúmulo de granos de Aquiles. El

gallo pardo se retiraba malherido y silencioso, arrastrando las navajas y dejando un caminito de desgracia tras de sí.

–Si hubiera terminado la pelea, habrías ganado tú, mi Aquiles.

Artemio Carrasco bajó la cabeza. Cerró los ojos y apretó la quijada.

Botellitas de ángel
(Hidalgo)

Aquel día fue la última vez que mi mamá se bañó. Nada más ella podía sacar agua del pozo y la usaba para llenar esas que llamó sus "botellitas de ángel". Por toda la casa las puso: en la repisas, en las esquinas, en las mesas, hasta en el refrigerador. Se ponía unas gotitas en las muñecas, otras en el cuello debajo de las orejas y con otras más se daba unas friegas en el pecho cuando sentía que le iba a reventar. Marcial y yo teníamos que ir a la otra noria que había construido mi papá para la cabra y el borrego que quedaban, sacar el agua de allá y bañarnos atrás de los corrales para que mi mamá no nos viera. Y no era por limpios, sino porque la maestra nos corría del salón si llegábamos apestosos.

Cuando pasó lo que pasó, solamente la abuela se atrevió a hablar. Que cómo se nos había ocurrido dejar solo a un niño tan chiquito y tan tarugo, si a leguas se veía que, como decía ella, no tenía todos los jugadores. Quién sabe de dónde habrá sacado la expresión, Marcial dice que fue de una telenovela argentina que había estado viendo hasta ese día, porque después mi mamá se instaló enfrente de la televisión y ya no hubo cómo moverla de ahí ni de sus programas de concursos. El caso es que cuando oyó que le había dicho tarugo a Tomasito, mi papá rompió el vaso contra la mesa y le dijo a la abuela que se callara el hocico, que ella qué iba a saber porque nomás era una vieja arrimada e inútil.

Como ni mi mamá quiso defenderla, la abuela decidió hacer su huelga y volverse inútil de a de veras: dejó de ayudar en la lavada y la cocinada. La casa empezó a parecer un chiquero peor que el de los animales. Mi mamá no se movía para otra cosa que no fuera rociarse

con sus botellitas, la abuela se dedicó a remendar ropa para ella nada más y mi papá llegaba lo más tarde que podía y se iba cuando apenas se asomaba el sol. Parecía que estar en la casa le quemaba los pies, porque dejamos de verlo casi por completo. Nos dejaba el dinero para la despensa en el cuarto cuando hacíamos como que estábamos dormidos y no nos decía nada.

Marcial y yo tampoco limpiábamos mucho. Le lavábamos la ropa a mi papá para que no dejara de llevar dinero, la nuestra a veces si se veía muy sucia y la de mi mamá ni la tocábamos. Para qué, si ella ni se bañaba. La abuela no nos daba la suya porque sabía que la íbamos a mandar al cuerno por conchuda, si cuando cocinábamos hasta se llevaba la comida a escondidas. A mí se me hace que se le caía la cara de vergüenza.

La cocinada nos la dejaron a nosotros. Mi papá no, porque él ni estaba; nunca supimos si mi mamá comía porque le dejábamos el plato junto al sillón y no la veíamos tocarlo, pero cuando regresábamos casi siempre estaba vacío. Yo le dije a Marcial que ya no lo pusiéramos porque seguramente era la abuela la que se atragantaba, pero él no quiso porque a lo mejor sí se lo comía ella.

Ni modo que la matáramos de hambre cuando ya se estaba muriendo de tristeza.

Un día me sinceré con Marcial. Dije lo que pensábamos los dos pero ninguno había dicho: Tomasito no debió haber nacido. Nosotros ya estábamos grandes, yo tenía como diez años y él dos más que yo. Mis papás ya no querían más pañales ni más lloradera, si mi mamá hasta se tomó unos tés y dejó que la abuela le hiciera no sé cuánta cosa para sacarle al niño antes de que le creciera por completo en la panza. Total que la criatura no quiso salir y siguió creciendo hasta que mi mamá se encariñó con la tripa y decidió que fuéramos tres.

Aunque a ninguno nos gustó la idea, cuando nació le agarramos el gusto. A los meses Tomasito se fue poniendo raro, pero todos hicimos como que no pasaba nada. Se tardó mucho en caminar pero lo fue logrando. Lo que nunca pudo fue hablar, no pasó de los gruñiditos que todos entendíamos porque vivíamos con él, pero en los cuatro años que estuvo aquí no pudo ni decir "mamá". Hasta con eso podía

convivir yo, pero lo que sí me hacía irme a otro lado era cuando se acercaba y me miraba con los ojos vacíos. Su cuerpo estaba ahí, pero parecía que adentro no tenía nada, como si no estuviera, como si fuera el puro cascarón.

Odiaba que me viera así. Pensé que nada más yo me daba cuenta, pero resultó que Marcial también. Lo supe cuando los vecinos nos regalaron el borrego y mi hermano dijo que tenía los mismitos ojos que Tomás. A mi mamá le pareció muy bonito, pero yo entendí que el borrego tampoco tenía mirada, como si le diera lo mismo estar dormido o despierto. Por eso los pusimos a jugar juntos. El niño cuidaba al animal todo el día, lo acariciaba, le echaba agua a su traste y lo perseguía hasta que lo alcanzaba y le jalaba las orejas. Yo decía que hasta hablaban el mismo idioma, que a puro berridito se entendían muy bien. De ahí salió que le pusiéramos el Añaña, porque así le decía Tomás. Fue cuando más acostumbrados estuvimos a él a pesar de que era como un niño-bebé: nunca aprendió a ir al baño ni a comer como la gente, nunca hizo caso cuando le hablábamos, nunca pudo ser nuestro hermano. La verdad, me dijo Marcial una vez, Tomasito estaba más cerca de parecerse al Añaña que a nosotros. Y sí.

Aquel día yo no supe qué pasaba hasta que mi hermano se levantó de la silla como resorte. Vi que Tomasito iba tras el borrego por todo el patio, pero no cuando el animal chocó con los ladrillos del pozo y fue a dar con todo y todo al fondo. Ahí fue cuando Marcial salió corriendo, cuando vio que Tomás seguía persiguiendo al Añaña y no se iba a detener. Él dice que le rozó un bracito pero no lo alcanzó, yo nada más me acuerdo del silencio que se hizo hasta que se escuchó cómo caía adentro uno de los tabiques que se había llevado el niño entre los pies.

Conociendo a Tomás, no metió ni las manos. Después de escuchar el alarido de mi mamá cuando lo vio, yo ni quise acercarme al pozo. Según Marcial se veía todo revuelto entre los mechones del animal y los ladrillos, cayó con los brazos en forma de cruz y los ojos abiertos. Él cree que no se ahogó, fue más bien el trancazo con los ladrillos lo que lo mató luego luego. Qué bueno que no lo vi y mi último recuerdo no sea su mirada perdida, sino sus pasitos torpes detrás del borrego.

Mi mamá lloró varios días junto a los escombros aunque mi papá ya hubiera sacado el cuerpecito hinchado. Cuando la ayudé a levantarse para que se metiera a la casa, habló muy seria y me explicó que Dios le había mandado un angelito y luego la había castigado por ingrata, por haber querido deshacerse de él y que merecido nos lo teníamos. Quise decirle que no era así, que nada más había sido un accidente. Ya para qué, me dije cuando entendí que no oía ni una palabra. Para qué, si los ojos de mi mamá ya se habían vaciado como los de Tomás.

Olor a muerte
(Jalisco)

Marina

Son años ya desde que Pedro salió a aquella entrevista de trabajo. Dos años. Estaba contento porque decía que le iban a dar prestaciones, que iba a tener Seguro Social y pocas vacaciones, pero que no pagaban mal. Guardias de cuarenta y ocho por veinticuatro, me dijo, y yo no le entendí. "Trabajar dos días enteros y luego descansar uno completito". Ah. A mí me parecía un trabajo muy cansado, pero él estaba chamaco. Tenía veinticuatro años. Bien chamaco. A los empleadores no les importaba que no hubiera terminado la prepa, si era para velador y guardia de seguridad pues tampoco necesitaba saber mucho de nada. La cosa era estar despierto y atento, y para eso se pintaba solo: lo veía dormirse bien tarde todos los días y a las siete de la mañana ya estaba con el ojo pelón. Le gustaba la fiesta pero no era mal muchacho, no andaba en malas compañías. Si por eso buscó trabajo, para ayudarnos aquí en la casa porque no nos dábamos abasto. Vio la oferta en Internet y mandó su solicitud. Luego luego le dijeron que sí, que se veía muy trabajador y que era el tipo de gente que estaban buscando; también había sido cargador en la central, mensajero, repartidor de comida y trabajado en una que otra obra. Se fue a su entrevista, que los iban a recoger en el centro en Zapopan para llevarlos a la planta que iban a cuidar porque era lejos, pero no supo decirme dónde. "No me acuerdo cómo se llama el lugar", fue lo que me dijo. Poco sabía yo que no iba a regresar nunca y que no iba a saber ni cómo buscarlo por sus desmemorias. Mi Pedro era muy desmemoriado.

Mario

Lo dejaron aquí hace unos días. Una caja de tráiler que se ve que cuesta una fortuna, porque es de las refrigeradas. Pero acá estamos a treinta y tres grados todos los días, por muy refrigerado, lo que hayan estado transportando ya se les echó a perder. Ni cómo ponerlo en los anaqueles del súper, si huele a zorrillo muerto toda la colonia. Nomás va uno subiendo la loma de allá y desde ahí empieza la peste. A mí me recuerda mucho a lo que olía la carretera cuando estuve trabajando en Baja California, en las pesqueras de Ensenada. Las pinches gaviotas hacían su desmadre, entre sacar pescados de los contenedores y comérselos a medias y cagarse por todos lados, olía peor que el caño. Luego estaba el agua que se encharcaba, agua de mar con pescado muerto desde hacía días, arena, basura, todo dejaba una estelita que no había cómo quitarse. Nos poníamos Vick Vaporrub en la nariz para medio aguantar, pero era una pestilencia tremenda. Toda la pinche carretera hedionda, tanto así que hasta los vecinos llegaban a quejarse al municipio pero ni quién les hiciera caso. La pesca mueve mucha feria. Acá no sé qué traigan, ya nos dijeron que lo van a mover y se lo van a llevar a otro lado, pero yo no sé por qué no lo vacían y se dejan de babosadas. Si no van a vender lo que traen cargando, que lo quemen, pero nada más están paseando por toda la ciudad su contenedor podrido y van a ver que se les va a empezar a enfermar la gente.

Marina

No, ya lo dejé de buscar. Nada más era ir a pasar vergüenzas y a que el Ministerio Público se riera de mí o me dijera que seguramente mi hijo andaba en malos pasos y que se había ido a meter con quién sabe quién. Una vez a la salida me encontré una señora a la que le había pasado lo mismo, su hijo había ido a buscar trabajo y no había regresado desde entonces. Se rieron de las dos, nos salimos de ahí igual de agüitadas porque no había ni cómo empezar a buscar. "Su hijo ya ha de ser un sicario bien famoso, doña, ni se preocupe porque al rato lo va a ver en las noticias". Ellos dicen las cosas así, como si nada, como si a una no le hubiera costado criar a su chamaco y verlo sin oportunidades en este país que nomás no da una. No soy ingenua, le dije a la otra señora, yo ya sé que mi Pedro está muerto. No lo secuestraron porque se nos nota que no tenemos para

pagar un rescate, y ya es mucho tiempo. Mi Pedro nos quería mucho y estaba muy contento aquí, ya hubiera regresado, o me hubiera llamado, o a alguna de sus hermanas. Yo nada más quiero que me ayuden a encontrar su cuerpo para darle santa sepultura y que pueda descansar en paz.

Luis

¿Y qué carajos se supone que haga uno? ¿Con qué quieren que trabaje? ¿De dónde chingados me invento soluciones? Que me lo diga el señor Gobernador ahora que me cese, porque aquí le hacemos al trabajo con lo poco que tenemos. Ya sé que ya va a salir el escándalo en la prensa, si esos están como buitres nada más para cazarnos, y ya sé que no podíamos esconder un tráiler tanto tiempo. ¿Cómo mierdas esperaban que le hiciera? No, todavía no saben que son tres tráileres, o por lo menos no hasta donde yo sé. Me dan una morgue a la que le caben 200 cuerpos, y esos hay que identificarlos y esperar a que los reclamen. Si no, hay que ver dónde los ponemos, porque difícilmente nos autorizan enviarlos a la fosa común y hay que esperar a que algún municipio nos done lugares para criptas. Antes nos dejaban incinerarlos, pero que ya no porque luego los deudos no encuentran a su parientes y la ley de víctimas y no sé qué. A partir de la prohibición lo seguimos haciendo un par de años más, pero después la medida fue más severa porque la prensa nos estaba pisando los talones. La puta prensa, si nada más ayudara la mitad de lo que estorba. ¿O ellos van a guardar cadáveres sin identificar? A veces publicamos las fotos para que los reclamen, pero otras vienen tan desfigurados que no hay manera de que la gente los reconozca. Y siguen llegando los cuerpos, y llegan más y más y más y aquí no nos damos abasto. ¿Dónde querían que los metiera? El Gobernador se hace pendejo, pero él autorizó la compra de los camiones. ¿A poco le van a decir a la prensa que los compramos nosotros? Si no tenemos ni para guantes de látex, ya parece. ¿Qué querían que hiciera con la cantidad de muertos que tenemos? Los matan aquí y muchos son foráneos, su gente difícilmente vendrá a buscarlos hasta acá, o podrá rastrearlos de lado a lado del país. A lo mejor lo que habría que plantearle al Gobernador no es que no tengamos dónde guardarlos, sino que en su gestión se siga produciendo esta cantidad de cadáveres.

Mario

Todavía no se han llevado el contenedor ese hediondo pero ya se destapó la cloaca: que son cadáveres. Sí, de personas, gente muerta. Hubiera preferido seguir pensando que era pescado, pero ahora ya sé que son muertos pudriéndose ahí adentro. Un hilito de sangre corre por la orillita de la caja y va a dar hasta la coladera, da miedo. Ni me acuerdo cuántos dijo el periódico que eran, pero más de cien, sí. La gente pasa por ahí y medio se asoma como no queriendo la cosa, pero yo no quiero ni imaginarme las cosas que se deben ver ahí. Que se lleven su chingadera a otro lado, tener ahí a no sé cuántos muertos sin descanso no puede traer más que tragedias.

Marina

Fui a asomarme a uno. Me acompañó Susana, a Elenita no quise llevármela porque todavía está muy chiquita para entender estas cosas. Hicimos la fila ahí, rodeados todos de olor a muerte. La gente no tenía ánimo más que para ver el piso y esperar. Hay que ver lo desesperados que estamos por encontrar a los nuestros que hicimos una fila durante horas bajo el rayo de sol. Y uno se va acercando y va apestando más y más, yo no sé cuánto tiempo tengan los cadáveres más viejos. Dicen que son tres camiones, pero nosotras nos fuimos directamente al más grande, que dicen que tiene casi trescientos cuerpos, para ver si ahí encontrábamos algo. Cuando fue nuestro turno, sacaron unas carpetas todas viejas y polvorientas, buscamos entre las hojas roídas y luego nos tomaron unas muestras, que si coincidían con alguno nos llamaban. Eran puras chamaquitas estudiantes haciendo el Servicio Social, no nos atendieron los especialistas. Desde ahí alcanzamos a ver la parte de adentro del tráiler, la verdad prefiero pensar que no está ahí, embolsado, pudriéndose mientras se termina un papeleo que ni saben por dónde empezar, si todos nos dimos cuenta de que no saben lo que están haciendo. Hacen como que hacen. Susana sí lloró cuando vio cómo los tenían arrumbados, unos sobre otros, como paquetes para entregarse. Así los echaba mi Pedro, que fue mensajero, en su caja de repartidor que llevaba en la parte de atrás de la moto. Bien chambeador, era.

Almanaque mundial
(Michoacán)

Los gentilicios de países como Burkina Faso, Burundi, Benin y Botswana. El número exacto de científicos asesinados por la Santa Inquisición en el siglo XVI. El orden de los presidentes de Estados Unidos desde George Washington. Las cronologías precisas de las revoluciones de Mustafa Kemal Atatürk, del ayatola Jomeini y de Gamal Abdel Nasser. Las diferencias de la división política de la Unión Soviética desde su fundación hasta finales del siglo XX. La distancia al sol de todos los planetas del Sistema Solar. El nombre científico de todos los homínidos extintos. El nombre de las casi cuatrocientas lenguas habladas en la India. No todo era atribuible a su prodigiosa memoria, Mauricio conocía todos esos datos –y muchos más– gracias a que creció rodeado de almanaques y enciclopedias que leía y releía hasta que su padre le conseguía la siguiente edición. Cuando empezó a trabajar de velador, encontró que la manera ideal para evitar el sueño era repetir uno tras otro los datos que había leído esa tarde. En la casa, en el camión, en la caseta de vigilancia e incluso en el hospital cuando internaron a don Luis, siempre llevaba algún ejemplar en el bolsillo que le evitara el ocio.

Mauricio colocó su ejemplar del almanaque del 2002 junto con su cartera y sus llaves sobre el mostrador del Hospital General. Esa manía suya de sacar lo de sus bolsillos en las recepciones, las mesas y las barras de los bares lo habían hecho perder numerosos objetos, pero nunca los libros. Si se iba sin sentir su peso en el pantalón, decía, se sentía raro, como ligero, como desnudo.

–Señorita, buenas tardes.

–Buenas. Si viene por algún paciente, tiene que pasar por admisiones primero.

–Sí, ya me dijeron. Ya pasé por allá, pero mi papá tiene mucho dolor y me dicen que no quieren admitirlo porque no está el doctor Suárez.

–No, no está.

–Pero entonces, ¿qué hago con mi papá?

–Dele algo para el dolor. ¿Ya lo revisó el interno? Él le puede dar algo para el dolor.

–Sí, él lo revisó y me mandó a admisiones y que de ahí tenía que venir a programar cirugía. Pero eso del analgésico no lo va a curar, ¿qué hago si se pone peor?

–Pues lo trae otra vez al hospital.

–¿Y por qué no lo admiten de una vez en lugar de que se ponga peor?

–Porque no está el doctor.

–¿Y cómo sé que cuando lo traiga el doctor ya va a estar?

–No sabemos. Va a estar si lo trae el martes.

–Pero eso son cuatro días… No me puedo esperar a ver si se pone peor en cuatro días. ¿No habrá nadie más en esos cuatro días?

–El interno que le puede dar más analgésicos.

–El interno ya lo vio y ya me dijo que necesita cirugía.

–Pues entonces ya sabe qué tiene. Prográmela para el martes. Espéreme, no. Déjeme primero ver si hay lugar el martes, porque si no va a tener que entrar a la lista de espera.

–Pero el interno dice que necesita ya la cirugía.

–El interno es interno, no doctor, no cirujano. Él no puede programar ni realizar cirugías.

–¿Y entonces me espero cuatro días a que me digan si urge?

–Pues es que el doctor no está, no hay manera de preguntarle.

–Señorita, no me está entendiendo. Me urge hablar con el doctor, mi papá se está poniendo peor.

–Él está en Puerto Vallarta, pero no creo que lo vaya a buscar hasta allá. Está de vacaciones porque le dieron el puente y él tomó un día más. Por eso le digo que hasta el martes, pero el que no quiere entender es usted.

–¿Y entonces? ¿Se va el doctor y qué pasa con la gente que se enferma?

–Pues sí tenemos otros doctores, pero el único cirujano es él. No querrá que el ginecólogo le revise la úlcera a su papá, ¿o sí?

–No es una úlcera. El interno dice que puede ser apendicitis.

–Bueno, pues entonces tendrá que esperar cuatro días a su apendicectomía. El doctor Suárez es el único autorizado a realizar procedimientos quirúrgicos gastrointestinales y, como ya le dije, no está. Si le urge, yo le recomiendo que busque una clínica privada.

–¿Sabe cuántos años lleva mi papá cotizando en el Seguro Social?

–No, señor.

–Cuarenta y dos. ¿Sabe cuántas veces ha necesitado atención?

–No, señor.

–Ésta es la primera.

–Pues permítame felicitar a su papá por ser un hombre tan sano, pero el doctor no lo puede atender hasta el martes.

–No tenemos dinero para una clínica privada, señorita.

–Sí son muy caras, la verdad. Se aprovechan de la pobre gente. Pero la cuestión es que su papá se puso mal justo en el puente del cinco de mayo y ahora sí no hay quien lo atienda. Si hubiera venido ayer, seguro que el doctor lo operaba.

–¿Y entonces?

–Pues lléveselo a su casa y regrese el martes. Allá va a estar más cómodo que aquí, y de todas formas ahora sí que nosotros no podemos autorizarle la admisión justamente porque no está el doctor para firmar los papeles y cerciorarse de que la cirugía es necesaria.

–¿El interno no puede? ¿Para qué sirve un interno entonces?

–No, ya le dije que el interno es interno, no doctor.

–¿Y si algo le pasa a mi papá en mi casa? ¿El hospital me va a ayudar?

–Pues entonces solamente puedo sugerirle lo que ya le dije de la clínica privada. O lléveselo hasta Morelia, a ver si allá lo pueden atender pero no creo porque también les dieron el puente.

–Señorita, dese cuenta de lo que me está diciendo. Morelia está a seis horas en camión.

–Pues sí, pero si se le pone mal entre hoy y mañana, seis horas es menos espera que el martes. Yo ya le di todas las opciones pero usted no quiere tomar ninguna. Así no se puede.

–¿Y ya? ¿Es todo lo que me va a decir? ¿Va a seguir de necia con que me lo lleve?

–Es que usted no quiere entender que ya le di soluciones, pero aquí no lo podemos admitir y no lo podemos operar. Y discúlpeme, pero el necio es usted. Yo no puedo hacer nada más y usted está empeñado en no entenderlo.

–¿Sí se da cuenta de que por eso estamos como estamos? Cuarenta y dos años pagándole las vacaciones a los doctores y el día que necesita a uno, no hay manera. Pinche país de mierda, por eso nos estamos cayendo a pedacitos. A ver si el doctor no termina ahogándose en la playa y entonces sí la vamos a armar bonito porque ni el martes van a poder operar a mi papá. Ya ni la chingan, señorita. El doctor, el hospital, el sistema, usted. Todos son unos pinches abusivos, vividores, cabrones. Les vale madre si uno se muere, mientras sea justo antes de entrar al hospital.

La frustración fue un peso suficiente en la espalda de Mauricio, que por primera vez olvidó su libro sobre el mostrador. No lo notó a pesar de que hizo sonar el cascabel del separador que descansaba entre las primeras páginas al dar un violento manotazo para cancelar la conversación con la recepcionista. Acababa de empezar a leerlo, ni siquiera había llegado a la segunda semana de enero. Al subir al taxi que los conduciría de vuelta a su casa, Mauricio no sabía que el siete de enero de 2002 las nuevas monedas de euro causaron alergia en la población, ni que el primero de abril los Países Bajos legalizaron la eutanasia, ni que dos días después de la visita al hospital una tortuosa peritonitis haría que su padre por fin descansara en paz.

El visionario
(Morelos)

–Hay niños que cuando se emocionan, gritan. Hay niños que se mean. Hay otros que se mean mientras gritan.

José Manuel se limita a contemplarlo mientras Temo, de pie frente al espejo, se acaricia el pectoral izquierdo con la mano derecha. Ni siquiera él, su asistente y representante desde hace más de una década, sabe que el pecho de su patrón es separado de la camisa por una réplica de la banda presidencial que porta escondida todos los días.

–¿Y tú cuál de los tres eras, mi Temo?

El Alcalde no siente la menor incomodidad por la familiaridad con la que se dirige a él su subalterno y reflexiona sobre confesarle la verdad. Tras un breve recorrido por algunas de las vivencias más difíciles en las que su fiel vasallo siempre ha estado al pie del cañón, decide sincerarse a medias.

–Ninguna, Josema, qué pasó. Yo tuve los pantalones bien puestos desde chiquito, no me anduve con esas mariconadas. Aquí entre nos, cuando me emocionaba, me pasaban cosas muy raras. Siempre que tuve un sueño y se cumplió, justo en ese instante podía visualizarme cumpliendo el siguiente. No me preguntes cómo ni por qué, pero pasa. A veces creo que soy un elegido para algo, que estoy destinado a cosas más grandes de las que he hecho.

–¿Más?

Las alabanzas fáciles son un ritual al que están tan acostumbrados que surgen como un reflejo. Aunque Temo no las toma en consideración para mostrar gratitud, se siente profundamente disgustado cuan-

do no llegan a tiempo. José Manuel, por su parte, las deja escapar de bote pronto, sin mucha conciencia de lo que dice pero siempre con admirable precisión.

–Nunca es suficiente –dice el envalentonado Alcalde–, siempre hay que aspirar a más, aunque parezca imposible. ¿No has oído que el cielo es el límite para los soñadores, Josema?

Temo continúa observando minuciosamente su reflejo. Orgulloso de la breve cátedra de superación personal que acaba de regalarle a su asistente, pasa su mano izquierda por la frente para acomodarse el escaso cabello que cada día fracasa más en cubrir sus prominentes entradas. Gira la cabeza hasta encontrar el punto exacto de su perfil tres cuartos sin perderse de vista y se recoge sutilmente la papada. Levanta el mentón para disimular su evidente falta de cuello y termina por ajustarse la camisa de manera que cubra hasta el principio del maxilar. Su mano derecha sobre la banda oculta abandona la altura del corazón y explora un poco más abajo, justo ahí donde empieza esa suave y redonda protuberancia que no podría tener un nombre más transparente que el coloquial: la panza.

La vejez que le devuelve su reflejo se convierte en una muda cavilación. La incipiente calvicie, las canas y la transformación de sus músculos en materia blanda, hacen mella en el ánimo con el que hasta hace un momento veía con satisfacción y seguridad su imagen en el espejo. Para recuperar ese temple inicial, se dirige nuevamente a su principal súbdito para relatarle una de sus historias de éxito.

–¿Sabes cuándo supe que iba a ser Presidente Municipal? En mi despedida de la Selección Nacional. El triunfo no estuvo en el partidito contra Israel, sino en escuchar mi nombre coreado por cien mil personas cuando metí el gol. Cien mil. Me sentí como si los ángeles me estuvieran abriendo las puertas del paraíso. El Estadio Azteca, Josema, no una canchita cualquiera, el Estadio Azteca gritaba mi nombre. Lo recuerdo perfectamente: apoyé la pierna derecha en el pasto, extendí el brazo izquierdo y encogí el derecho a la altura de la cara. Cien mil personas festejaron mi señal y yo en ese momento me vi Alcalde. Me vi tomando protesta, dando el grito, gobernando una ciudad importante. No me soñé en sepa la chingada dónde, vi que era un lugar significa-

tivo. Y ya ves, aquí estoy, gobernando nada más y nada menos que la ciudad de Cuernavaca.

José Manuel continúa limpiándose las uñas con un alfiler mientras emite una muy ensayada exclamación de asombro. Absorto en la porquería de sus manos, no percibe la decepción en el rostro de Temo cuando nota que la historia de su don paranormal, metafísico y esotérico no tuvo el efecto esperado.

–Pero no es la única vez que me ha pasado. Si llegué a ese momento con la Selección en el Azteca, fue justamente porque había tenido esa visión. La tuve el día que debuté en el América, cuando tenía 19 años. Entré poco después de que había empezado el segundo tiempo en un partido contra León. No la tuve cuando empecé a jugar, obviamente yo iba muy concentrado porque en el equipo había gente de la talla de Hugo Sánchez. A punto de salir de la cancha, cuando se acercó a mí para felicitarme y nos dirigíamos hacia los vestidores, me dije que un día la afición me iba a adorar tanto como a él y entonces pasó: me vi seleccionado, viviendo la gloria en ese mismo estadio.

Temo rechaza con un violento ademán y un chasquido de labios la oferta de José Manuel de servirle un café. Josema ha visto la misma mentada de madre para tantos árbitros, tantos contrincantes y tantos comentaristas, que sabe que es un gesto suficientemente devaluado como para preocuparse. Al regresar con una taza humeante entre las manos, se sienta a medias en uno de los muebles que rodean al reflejo de la decadente imagen de su insistente patrón.

–Es que tú me estás tirando a loco, cabrón, pero lo que te estoy diciendo es cierto. He visto mi futuro proyectado desde niño, desde que echábamos la reta en la calle y a mí me escogían al mero principio porque siempre metía goles. Un día le metí uno justo en medio de las piernas a un fulano que le decíamos el bola ocho y tapaba toda la portería. Era muy difícil, pero le hice un par de fintas y no supo ni por dónde. Estuvo tan cabrón, que no sólo me aplaudieron los de mi equipo y el suyo, sino que hasta novia saqué ese día. Rosaura, se llamaba. Entre los aplausos y los besos de la chamaquita, me vi bañado en las mieles del éxito: yo iba a debutar en el Club América y de ahí iba a ser todo para arriba. Contratos, lana, viejas, casas, iba a tener lo que yo

quisiera haciendo lo que más me gustaba en el mundo. Yo sabía que iba a jugar futbol hasta que el cuerpo me dejara. *Pa'* que veas cómo si uno quiere, puede.

El fastidio y la frustración de José Manuel no tolerarán una historia más sobre sueños cumplidos. Cual ágil mano de portero al sacar el balón de la línea, rápidamente ataja la próxima anécdota con una pregunta que ayuda a reavivar aun más el ego del ídolo.

–¿Y ahora, Temo? ¿Con qué sueñas? ¿La gubernatura?

–Voy a ser gobernador algún día, pero ya me vi volando más alto, Josema. Tuve una visión bien clarita el día que di el grito en el Ayuntamiento: me vi siendo Presidente de la nación.

Naufragio
(Nayarit)

–Gaviotas. Comíamos gaviotas.

–¿En altamar?

–Sí. O sea, poquitas. No había muchas.

–¿Crudas? ¿Y a qué saben?

–Sí…, pues igualitas al pollo, pero crudo.

La reportera levanta el entrecejo y mira de reojo al Secretario de Gobernación, quien discretamente se mesa los cabellos.

–¿Y qué tomaban?

–Agua. Agua de mar, pus era lo único que teníamos a la mano.

–¿Y no se enfermaron? El agua salada es como una purga.

–Sí, pus a veces nos sentíamos mal y nos tomábamos los orines. Cada quién los suyos, eso sí.

Los tres pescadores asienten, satisfechos con la respuesta. El Secretario interrumpe la conferencia de prensa y pide a los reporteros que dejen descansar a los náufragos porque deben estar exhaustos y han sufrido mucho. La repatriación desde Indonesia ha sido un camino muy largo para ellos y lo único que desean es llegar a su casa tras nueve meses en altamar. Desafortunadamente, dice, no habrá más tiempo para preguntas porque al día siguiente los llevarán a su tierra nayarita para que puedan reunirse con sus seres queridos.

–¿Gaviotas en altamar, pendejo? ¿Qué clase de pescador eres? ¿Por qué no dijiste que comían pescado? ¿Cómo puedes no saber que las gaviotas siempre están pegadas a la orilla?

–Es que nosotros pescamos con red, nunca andamos en mar abierto. Y pus no sé, el pescado no me gusta, no se me ocurrió. La gente del

pueblo se iba a dar cuenta de que era mentira si yo decía que habíamos comido eso, y luego qué le digo a mi mujer.

El asistente del Secretario le coloca la mano en el hombro para calmarlo y lo ayuda a girarse hacia el frente en el asiento de la camioneta. En la fila posterior, los tres pescadores se miran entre sí y, risueños, se encogen de hombros.

El Secretario se acomoda la corbata y se peina con las palmas los costados de la cabeza. Extiende uno a uno varios periódicos que revisa de reojo. Aunque los náufragos ya ocupan el espacio de los titulares, las notitas incómodas siguen apareciendo en la primera plana.

–Necesitamos otra conferencia de prensa. Convócala para mañana en la mañana y entréname bien a estos imbéciles, que no quiero que vayan a decir otra idiotez. A ver qué dice mañana la prensa, pero en todo se fijan. Que ya no hablen de lo que comían, nada más de ellos, de su vida pescando, de sus familias y, si acaso, de cómo las corrientes empezaron a empujar la balsa. Vuelve a explicarles lo del carguero que los encontró y cómo ellos no entendían nada pero la gente de la embajada los asistió y así pudieron pisar tierra allá. El embajador ya sabe qué decir en caso de que lo llamen para corroborar, nada más asegúrate de que estos tres no se pongan muy creativos con sus respuestas. Breves y concisas, que tampoco profundicen mucho. Y quítales los celulares que traen, no quiero que después aparezcan filtradas sus fotos del Crazy Horse en Las Vegas. Si la prensa sigue chingando con esto del alza del dólar y la gasolina, vamos a tener que sacarle un cáncer de riñón a alguno de ellos, que no será tan difícil con esa pendejada de que tomaban agua de mar. No mames, hasta parece que pescaban en alberca. Y cenan en su cuarto en el hotel, no me los dejes salir solos a ninguna parte.

En la habitación, el asistente repasa una y otra vez con ellos las versión oficial: salieron a pescar una mañana, los agarraron las corrientes y los arrastraron hasta mar abierto, ustedes se desorientaron y no pudieron regresar porque dejaron de ver tierra. Se dejaron llevar durante nueve meses, sobreviviendo como podían, extrañando a sus familias y pensando que tal vez no volverían a verlas nunca, hasta que un carguero los vio y se acercó a ustedes; no entendieron nada porque

hablaban un idioma extraño pero les dieron alimento y un lugar para dormir. Cuando llegaron a tierra, los agentes migratorios los llevaron a la embajada y a partir de entonces el gobierno se hizo cargo de todo. Ustedes están muy agradecidos con Dios por haberles permitido sobrevivir y también con el Presidente por haberse hecho cargo de que pudieran regresar a su casa.

Los tres pescadores asienten y con gesto marcial, pronuncian un acentuado "yes, sir".

–Nada de *yes*. Nadie puede saber que estuvieron en Estados Unidos todo este tiempo, acuérdense de que ustedes nunca han ido para allá. Nada de estarle contando a sus amigos que si fueron a tal antro y si hicieron no sé qué. Ustedes durante esos nueve meses no conocieron otra cosa que el mar y su balsita. Si esto sale a la luz, vamos a tener que decirle a sus esposas cómo nos los encontramos cuando se suponía que estaban trabajando, con todo y los detalles del puterito ese de mala muerte y de todo lo que se habían estado metiendo en su fiestecita.

–Ohhh, sin amenazas, mi licenciado. Ya sabe que de aquí no sale nada.

El teléfono celular del asistente suena antes del amanecer. El Secretario le ordena que vaya perfilando el tema del cáncer de riñón, tal vez con un gesto de incomodidad de alguno, un malestar discreto que lo haga abandonar la conferencia de prensa a la mitad, una ligera mueca de dolor. El dólar subió casi diez centavos en un día y otro gasolinazo es inminente, la prensa no quiere quitar el dedo del renglón aunque el tamaño de las notas se redujo ligeramente. El asistente sabe que de esta presentación depende su propio ascenso.

Sentados frente a una mesa cubierta por un largo mantel verde, los pescadores se muestran tranquilos a pesar de las cámaras, la violenta luz de los reflectores y el gesto inquisidor de los reporteros.

–¿Y no perdieron las esperanzas?

–Sí, cómo no. Pus no sabíamos si íbamos a encontrarnos con tierra en algún momento, todo el día veíamos azul por todos lados. Pensamos que ya nos habían dado por muertos.

–¿Qué les provocaba pensar en sus familias?

–Llorábamos mucho por no volver a ver a nuestras mujeres. Aquí mi compadre tiene además una hija chiquita, figúrese lo que sentía uno de no saber si las íbamos a volver a ver.

El asistente contiene las ganas de aplaudir cuando al pescador se le corta la voz en el micrófono y se le empañan los ojos.

–¿Y qué sigue para ustedes? ¿Es cierto que han recibido donaciones?

–Pus la gente se enteró de que nuestra panga ya no sirve y ésa era nuestra herramienta de trabajo. Sí hemos recibido donaciones, la verdad es que se dicen muchas cosas de nosotros los mexicanos, pero siempre somos un pueblo bien solidario frente a la desgracia. Ya que estamos aquí, queremos aprovechar este momento para darle las gracias a esa gente que nos ha ayudado, a los del carguero que nos recogió, al Embajador y al Presidente por habernos tratado tan bien.

Un mensaje de texto de felicitación llega al celular del asistente. El Secretario está muy contento con su labor.

–¿Seguirán en su labor de pescadores? ¿Invertirán en comprar otra panga como la que los soportó estos nueve meses en el Pacífico o pensarían en comprar un mejor bote? ¿No les da miedo regresar al mar?

–Miedo, no. Es lo que sabemos hacer, nosotros somos pescadores de panga y entre los tres la compartimos desde toda la vida. Estamos pensando en conseguir una de motor, pero la verdad quién sabe. Tal vez si ganáramos en dólares, pero aquí está muy dura la cosa. Con eso de que la gasolina está tan cara…

Monumento
(Nuevo León)

Empezarás como toda la gente famosa, Manuel, siendo un poquito diferente. Lo suficiente para llamar la atención, lo justo para parecer normal. Tus tías se maravillarán con los rollitos de tus brazos, de tus piernas y con tu papadita de recién nacido mientras los doctores dirán que pasará con el tiempo. Llorarás mucho, desde tus primeros días, como si el llanto anunciara tu sino desde el origen; tu madre no soportará ver los lagrimones recorriendo tus rozagantes cachetitos y te dará pecho hasta agotarse. Seguirás llorando y no habrá otra manera de tranquilizarte que hacerte más y más biberones con polvo, más tarde con jugo y, pasados esos años, con más y más cucharadas de papillas de bote.

Tu padre se habrá ido de la casa en cuanto hayas entrado a la primaria y tu madre estará sola, trabajará dos turnos en la maquila y no la verás hasta muy entrada la noche. Te dejará dinero sobre el buró para que compres algo de desayunar en la escuela, un lunch a media mañana y algo cuando regreses caminando a la casa. En la noche, ella vendrá con pan dulce, alguna fritanguita o te preparará unos burritos de papa con chorizo para asegurarse de que no te vayas a la cama con hambre. Será el paraíso, Manuel, porque comerás las cosas más ricas durante todo el día: serás amo y señor de tus gustos y tendrás las ventajas que no tiene el resto de tus compañeros. Les presumirás la sodita de naranja que tomas en la mañana mientras a ellos les preparan licuados con huevo, pasarás por un taquito de tripa bien dorada cuando ellos batallen para terminar sus insípidos platos de papaya.

Además, tu talla será mayor que la de todos los demás. Nadie se meterá contigo, ni te amedrentará, ni te amenazará. Habrás llegado a sexto de primaria teniendo el tamaño de los de tercero de secundaria, ninguno querrá problemas contigo. Tendrás tu puesto de portero del equipo de futbol en los recreos y no habrá quien se atreva a sacarte de la cancha. Te acostumbrarás a los apodos a los que te has hecho acreedor pero no te molestará porque te habrá permitido con creces devolver los sobrenombres a los más feos, los más ñangos, los más chiquitos. Tus amigos sentirán afecto porque serás un niño muy simpático, incluso tus maestros hablarán del gran corazón que te caracterizará, de tu capacidad de dar a manos llenas, de tu amabilidad y tu sonrisa permanente. Te premiarán con dulces, te invitarán unas papitas, un refresco, un burrito de machaca, un taquito de adobada o unas carnitas michoacanas de surtida, tus favoritas.

Seguirás creciendo, Manuel. Terminarás la carrera de ingeniería y empezarás a trabajar desde casa, lo cual agradecerás porque desplazarte se habrá vuelto complicado para ti: no cabrás en los asientos del microbús, no comprarás un coche porque maniobrar será muy difícil en vista del tamaño de tus brazos, tu torso y tu imposibilidad de levantar las piernas para cambiar de pedal. Tu mamá estará profundamente agradecida por la casa en la que vivirán juntos, la cual habrás comprado con el crédito obtenido gracias a tu empleo. Ella será una mujer jubilada pero se encargará de todas las faenas del hogar: de limpiar, de ir a pagar las cuentas, de alimentarte, de comprarte ropa.

En la empresa serás exitoso. Te permitirá comprar las cosas del tamaño que siempre habrás deseado: una televisión más grande, una sala más grande, una cama más grande. Verás lo diminuta que es la puerta y llamarás a un albañil para que amplíe la de tu habitación y la de la entrada: serás como Napoleón, adaptarás las columnas a tus anchas. Adquirirás una laptop que te permitirá dejar la sillita del escritorio para instalarte a trabajar en tu nueva camota.

Los pantalones empezarán a apretarte, las playeras se sentirán como camisas de fuerza. Te reirás de las tallas especiales y optarás por no vestirte con otra cosa que una sábana que cubrirá el cómodo que utilizarás a todas horas. No habrá escusado que sostenga tu cor-

pulencia ni valdrá la pena ensanchar esa puerta. Mandarás instalar un sistema de poleas y arneses en el techo de tu cuarto para acomodarte con más facilidad porque sentarte y acostarte se habrán convertido en tareas hercúleas.

Bailarás. Sentado en el colchón, disfrutarás mover la parte superior de tu cuerpo tanto como los inmensos pliegues de grasa y piel te lo permitirán. Tendrás gracia para hacerlo porque la vida seguirá divirtiéndote desde ese islote que habitarás como náufrago feliz. Te gustarán la música, los hits del momento y los estrenos de películas que descargarás en tu computadora. No necesitarás salir para nada, la calle se habrá vuelto muy angosta para ti.

La gente hablará de ti. Serás un secreto a voces y por las ventanas de tu casa se asomarán transeúntes curiosos, ávidos de ver al hombre que pesa más de media tonelada. Sí, Manuel. Pesarás más de media tonelada. El rumor llegará a oídos de las televisoras y vendrán reporteros y doctores de otras latitudes: Estados Unidos, España, Argentina. Algunos querrán proponerte soluciones para bajar de peso con tal de que los dejes publicar los resultados en revistas especializadas, otros querrán hacer documentales de televisión y unos más te propondrán tener tu propio *reality show*. Aparecerá en escena una mujer enamorada de ti, de tu dulzura, de tu buen corazón, de tu fantástico humor, que estará dispuesta a protagonizar ese programa de televisión sobre su amor y a que transmitan su boda en vivo y en directo porque, aunque durante años dudaras que sucedería, te casarás. Esa historia terminará años después cuando, pasada la fama y las regalías del show, ella te acuse de haberle sido infiel con otra mujer. Te reirás a carcajadas en su cara, como el resto de la gente, porque todos sabrán que no tenías manera de escabullirte para conocer ni frecuentar a nadie: tu media tonelada necesitará una grúa para moverte, la ampliación de la puerta ya no bastará.

Aparecerá una dieta milagrosa que te hará perder más de ciento treinta kilos en cinco meses, te pesarán en una báscula industrial. Estarás contento, tras un doloroso divorcio, recuperarás la alegría. Serás inspiración para muchos por tu voluntad y tus buenos resultados: darás pláticas motivacionales, animarás a los obesos del mundo a dejar

de serlo porque tu aspiración será llegar a pesar únicamente cien kilos. Trabajarás por ello, empezarás ejercicios con aparatos especiales, la gente podrá ver un programa que se dedique únicamente a hablar de tu progreso.

Tan repentino como la lluviecita de esa mañana estival, te apagarás. No habrá manera de llevarte al hospital y tu corazón decidirá detenerse después de cuatro décadas de trabajar a marchas forzadas. La ciudad entera llorará la pérdida de tu simpatía, tu madre recibirá un sinnúmero de muestras de cariño para encontrar un panteón que esté dispuesto a recibirte en el espacio de tres lotes porque serás mucho hombre para caber en uno solo. Ante los altos costos y la negativa de varios, ella buscará incinerarte en algún crematorio, pero la mayoría tendrán puertas tan estrechas que dirán que es imposible. Su tenacidad le permitirá encontrar un sitio en la carretera a Saltillo, pero no cabrás en el horno y se negarán a hacerlo en partes porque correrán el riesgo de recibir una multa millonaria de la Secretaría de Salud.

El Gobernador otorgará un permiso especial para que el procedimiento se realice y posará con tu madre para la foto de la primera plana. La acompañará a esparcir tus cenizas en el Cerro de la Silla y juntos vaciarán las múltiples urnas. Ahí, en ese emotivo momento y en cadena estatal, le propondrá construir un monumento en tu honor. Ella aceptará gustosa y se imaginará una figura tuya en bronce en pleno centro de Monterrey. No, le dirá él, y hablará del elevado costo del bronce, así que habrá que conformarse con que los casi 600 kilos de tu efigie se erijan en puro cemento.

Siglo XX
(Oaxaca)

–Ayúdale a estudiar para el examen.

–¿Y yo por qué, amá? Que le ayude alguien más. Ya es mucho con estar viendo cómo se burlan de mí porque aquella quiere terminar la primaria al mismo tiempo que yo, como para además darle clases. ¿Y para qué estudia tanto si todos sabemos que se va a morir antes de llegar a la preparatoria?

No sé bien si la cachetada llegó antes o después de la aclaración de que con el hecho de que lo dijera ella bastaba y sobraba para que yo obedeciera. Arrastré los pies y la mochila hasta la sala donde estaba Manuela. Para mí no era Manuelita, como para el resto del mundo, porque yo no la aguantaba. Mis papás habían accedido a que viviera con nosotros porque ya estaba muy viejita, pero a mí nadie me había preguntado nada. ¿Y si dejaba abierto el gas y no se daba cuenta? ¿Y si se tomaba algo que no debía por confundir las etiquetas? ¿Y si un día se perdía y ya no sabía cómo regresar a la casa? Si pasaba alguna de esas cosas, la vida haría lo que tuviera que hacer. Todos vamos para el mismo lugar, es cuestión de tiempo.

La odiaba: su cuerpecito enclenque, sus transparentes ojos casi ciegos, su piel rasposa y cuarteada; el silbidito cuando respiraba, la flema eterna que se asomaba cada vez que tosía, los dedos enroscados de sus manos chuecas. No soportaba el sonido de su vocecita ahogada pero mandona que siempre quería, necesitaba, exigía algo y que, además, tenía esa carta libre que tienen los viejos: podía ser tan grosera como quisiera y todos estábamos obligados a vivir con sus

humores. Obviamente yo, que como decían todos "tenía mis piernitas jóvenes", estaba obligada a estar ahí para asistirla día y noche. Por si no fuera poco, tenía que estudiar para el examen de historia con alguien que no podía recordar lo que había desayunado esa mañana. Hubiera preferido que me encargaran que barriera la calle de lodo.

Después del cachetadón de mi mamá, me acerqué con el libro en la mano, pero Manuela siguió contemplando el periódico que difícilmente alcanzaba a leer. Me dijo que no necesitaba ayuda porque se acordaba de todo. Y cómo te vas a acordar, le dije yo, si se te olvida hasta el nombre de la mitad de la familia.

–Hazme una prueba.

Acordamos que serían dos preguntas, yo podía hacerlas al azar. Si ella las acertaba, podíamos decirle a mi mamá que habíamos estudiado juntas. Quise hacerle preguntas muy fáciles para terminar pronto, pero algo en mí sentía el impulso de dificultarle la prueba para demostrarle por qué yo era el mejor promedio de mi salón y que su educación especial nunca podría compararse con eso. Decidí hacer preguntas de Historia Universal.

Manuela dejó el periódico en la mesa y me clavó la mirada. Una contra una, sin árbitros que me regañaran por estarla provocando. Ella estaba de acuerdo en que terminábamos con aquello lo más rápido posible porque tampoco tenía muchas ganas de pasar el tiempo con la que llamaba "la rezongoncita".

–Lugar y año de la Gran Depresión.

Mi voz de presentadora de televisión no la intimidó. Observó el techo como si en él estuviera la respuesta y se talló las manos.

–Yo estaba muy enamorada de un muchacho. Era muy diferente a toda la gente que había por aquí: era alto y rubio. Hablaba poco español, pero lo hablaba bonito, como si se le atorara en la lengua. Me daba mucha ternura. Nos gustábamos, pero al poco tiempo él se tuvo que ir porque la empresa minera que lo había contratado se fue a la quiebra. Según me dijo, tenía que ir a ayudarle a sus padres porque las cosas en su país estaban peor que nunca. Le dije que lo esperaría, pero ambos sabíamos que no iba a volver. Yo tenía diecinueve años. Estados Unidos, 1929.

Pensé que si Manuela iba a inventar tantas cosas para cada respuesta, habíamos hecho bien en elegir dos preguntas y no cinco o diez. Tal vez si le pedía respuestas más específicas, reconocería su ignorancia.

–Fecha exacta del lanzamiento de la primera bomba atómica.

–Tuve nueve hijos, pero tres murieron cuando me alivié. La primera vez que pasó fue con el que hubiera sido el sexto. Era varón, se veía sano. Respiró durante unas horas y después se apagó, nunca supe por qué. Cuando nació, me dejó una herida tan grande que el doctor tuvo miedo de que me desangrara y no permitió que me fuera de la clínica. Me tuvieron ahí un día más, así que me acosté a esperar para poder irme y llevarle el cuerpo de mi hijo al Padre para que lo bendijera. Mi compañía fue un radio que daba las noticias: habían tirado una bomba como no había habido otra que había matado a miles. Yo pensé que mi hijo era como uno de esos muertos que se habían ido de este mundo así, sin esperarlo ni nada. Cumpliría años el seis de agosto, y eso fue en 1945.

–¿Cómo se llamaba? – pregunté conmovida.

Mientras trabajosamente se levantaba de la silla, me dijo que se me habían acabado las preguntas y que eso no venía en el examen. Salió de la cocina lentamente, con su pasito firme pero pausado, al tiempo que le gritaba a mi mamá que ya habíamos terminado de estudiar. Aunque quise hacerle más preguntas, el orgullo no me lo permitió. Me pregunté qué hubiera dicho sobre la llegada del hombre a la luna, la invención de la televisión a color, la caída del muro de Berlín.

Cuando Manuela obtuvo su diploma de primaria, vino gente del periódico, de la radio y de la televisión no sólo del estado, sino de todo el país. La noticia salió en el canal 2 y le tomaron fotos y videos sosteniendo el papel entre sus dedos arrugados. Sonreía con los pocos dientes que le quedaban y pasó a la historia por ser la mujer de cien años que había logrado terminar la primaria. Mi mamá me felicitó por haber estudiado con ella y le dijo a la reportera lo orgullosa que estaba de mí, así que se acercaron a entrevistarme y preguntarme qué tan cercanas éramos mi tatarabuela y yo. Manuela y yo nos miramos de reojo como los cómplices que pretenden no conocerse, y ella no se mostró sorprendida cuando me escuchó responder que mucho. Inspirada por

la fama que alcanzaba en ese momento toda la familia, agregué que me gustaría que estudiáramos juntas la secundaria y la preparatoria.

Recibí sonrisas y caricias en el cabello. Las reporteras me dijeron que además de bonita, era una niña lindísima de corazón. Hice reír a carcajadas a mi tatarabuela con mi comentario final para el noticiero:

–Pues es que mi tata Manuelita y yo nos queremos mucho.

Bucéfalo
(Puebla)

El día que lo trajeron al rancho, yo no estaba muy convencido de recibirlo. Me habían dicho por teléfono que era un animal grande, pero no entendí las dimensiones hasta que lo vi. Dos toneladas y media de puro animal, me dijo Rufino mientras le daba indicaciones al camión para que se estacionara junto al estanque que le habíamos construido. Cuando lo bajaron de la plataforma, a Mayra casi le da un infarto; aunque ella siempre lo ha negado, yo vi el impulso de irse de la casa que le invadió los ojos. No se mordió la lengua para decirme que estaba loco; y fulminó con la mirada a Rufino cuando me hizo la broma de que a ver si el animal no terminaba devorándonos a todos.

Mis dudas se aclararon en cuanto lo vi: era una bestia hermosa como pocas. Aquí ya había cebras y dromedarios, pero ninguno tenía tanta personalidad. Mira, le dije a Mayra, mira cómo la inocencia de sus ojos contrasta con su cuerpo enorme y con el descomunal tamaño de sus fauces. Mi mujer nunca ha sido una persona verdaderamente sensible, ni ha entendido mi alma de poeta, ni se ha interesado por leer algo que no sea el TVnotas. Al menos a eso le achaco que me respondiera que me dejara de cursilerías idiotas y me preguntara qué chingados le íbamos a dar de comer a semejante barbaridad.

No me preocupó. Le dije a Rufino que investigara cuánto y qué había que darle para que creciera sano. Le íbamos a dar la vida que en el circo del que lo sacaron nunca había podido tener, así que era necesario traer más forraje del de los puercos y conseguirle unas pacas de paja para que no pasara hambre. Setenta kilos decía la información que Fino encontró en Internet y decidí darle ochenta. Que crezca

bien, le dije yo, que no pase hambre para que tu chiste estúpido no se haga realidad.

Tardé algunas semanas en ponerle nombre. Ni a tus hijos te costó tanto trabajo, decía mi mujer con el desprecio que siempre sintió por el animal. Yo quería algo que fuera único y que hablara de su grandeza, que no pasara desapercibido y se quedara en la memoria de todos como el único hipopótamo que había habido en Chalchicomula de Serna. Generaciones enteras lo recordarían y yo pasaría a la historia como el primer Presidente Municipal que les había llevado una alegría de ese calibre.

Bucéfalo. Rufino soltó la carcajada y buscó apoyo en los peones que arrimaban la paja al cerco: se volvió loco el patrón porque habiendo nombres tan bonitos, fue a encontrar el más feo. Indio alzado, seguro cuando lo puse a limpiar el estercolero se le quitó esa mañana de andar de lucido con sus amigos. Mayra me tildó de ridículo, que de dónde me inventaba esas palabras y que por qué no le ponía un nombre bíblico para ver si así Dios me perdonaba por estar cuidando al engendro ése. Ni modo, a ella sí le tengo que aguantar sus groserías porque es mi vieja, pero eso no me impide contestarle. Cómo serán ignorantes, les dije, si era el caballo del mismísimo Alejandro Magno, ¿no saben quién es? Pues nada más el conquistador más grande de todos los tiempos. Vean la película, babosos. Ya sé que no es un caballo, mi amor, pero es figurado. Esta mascota única, imponente y célebre es reflejo de mi grandeza y la de mi buen gobierno.

Mayra le tenía celos por las horas que yo pasaba sentado junto al cerco contándole historias, lanzándole ramas para que comiera más, acercándole la *pick-up* para que escuchara la música que me gustaba. Bucéfalo se metía al estanque, se echaba a dormir sobre la tierra. Era tan dócil que dudé de la calidad del veterinario que trajeron de Puebla cuando me dijo que eran animales muy agresivos. El animal que más gente mata en África, dijo aquél para asustarme, como si yo no supiera de las víboras que hay allá.

Dos veces se escapó del cerco y dos veces lo fui a buscar. No se puso violento ni nos costó tanto trabajo devolverlo. Era normal que se fuera, visto su tamaño, el rancho le quedaba muy chico. Debía ser algo

en su sangre de conquistador que lo llevaba a explorar más allá de los límites. Mi Bucéfalo, tan travieso y tan valiente.

Tanta era su nobleza, que cuando se fue no se llevó a nadie entre las patas. Aquel día pasé una noche terrible: estuve despertando sobresaltado por una serie de pesadillas que nunca he podido recordar. Mayra se enojó y decidió cambiar de habitación, pero ni siquiera entonces pude dormir. Sabía que algo andaba mal porque así es la intuición, nos alerta sobre las cosas pero no termina de decirnos el problema. Me asomé al balcón con la escopeta en la mano y todo parecía en calma. Le hablé por teléfono a Fino para que le echara una vuelta al rancho y lo instruí para que me avisara de cualquier contratiempo porque yo iba a estar trabajando, no tenía caso seguir dando vueltas en la cama. Él insistió en que tratara de descansar porque me aseguraba que todo estaba en orden, justo iba regresando de hacer su ronda con el velador.

A las seis de la mañana, Rufino se presentó en mi despacho con Hilario, uno de los intendentes del Ayuntamiento. Ninguno de los dos traía puesto el sombrero y no se atrevían a mirarme a los ojos. Patrón, me dijo Fino, aquí el señor Hilario viene a pedir su perdón. El pequeño cuerpecito de trapeador dio unos pasos al frente y empezó a tartamudear: pa-patrón, ve-vengo a pe-pedirle su pe-perdón… Lo interrumpí estrellando mi mano abierta sobre el escritorio. Quiero saber en este momento qué carajos pasó y por qué te disculpas, Hilario, déjate ya de pendejadas y quítate la tartamudera porque me estás poniendo más nervioso. Es el Bucéfalo, patrón, Hilario atropelló al Bucéfalo y lo mató.

La sangre se me fue al piso y me desplomé sobre la silla. Cómo podía estar muerto, si cada que se estrellan contra una vaca se muere el conductor, nunca el animal. Nada tenía sentido. Antes de que estuviera seguro de averiguar los detalles, Hilario tomó la iniciativa de explicármelo todo. N-no lo vi, pa-patrón. Sa-salió de la na-nada en la ca-carretera ha-hacia Atenco, e-era de no-noche y mi RA-RAM no alca-canzó a frenar. Fino salió al quite para defenderlo antes de que yo le tumbara los dientes con los puños. Que si el Bucéfalo había roto la malla ciclónica recién puesta, que si era imposible esquivar un hipopótamo en la carretera.

Le otorgué el perdón a Hilario y le pedí que se fuera. Escuché con poca atención lo que decía Rufino sobre la investigación que iba a iniciar la PROFEPA porque no teníamos los permisos necesarios y que tal vez deberíamos reponerle la RAM a aquel pobre infeliz para que no nos fuera a demandar. Le dije que sí a todo, que pagara las multas, que le comprara una camioneta nueva, que hiciera lo que considerara. Cuando pregunté por el cuerpo, me dijo que estaba íntegro: tanta bondad en mi Bucéfalo, que ni mató al conductor ni se fue de este mundo dejando su cuerpo desfigurado e irreconocible.

Ordené que le cortaran la cabeza al cadáver y que trajeran al mejor taxidermista de México para que la disecara. También mandé traer a los mejores peleteros para que de su cuero me hicieran chamarras, botas y cinturones a la medida. Bucéfalo me iba a acompañar a todos lados, a todas horas.

A Mayra se le ocurrió pedirme que a ella también le hicieran unos zapatos, pero la mandé al carajo.

Vieja convenenciera, ella nunca lo quiso.

Lucrecia
(Querétaro)

Lucrecia me acerca la jarrita de leche y la azucarera. Aunque sabe que ahora lo tomo sin azúcar, no lo recuerda. Sirvo un chorrito de leche en mi taza y sumerjo nuevamente la nariz entre las páginas de mi libro. Ella tiene la mirada perdida en la luz anaranjada de la calle que alcanza a entrar a través de la cortina. No sé en qué está pensando, ya no. Antes bastaba con prestar tantita atención para imaginarlo, pero últimamente me es imposible. Tampoco me lo quiero preguntar y mejor la dejo estar.

–¿Qué lees?

–Unas obras de teatro que venían en un suplemento del periódico.

Su atención regresa a la ventana y la mía a las hojas del pasquín que sostengo entre las manos. Me pregunto cómo he llegado hasta la página treinta y dos si no he puesto atención en un solo renglón de mi lectura. Continúo recorriendo espacios llenos de letras y vacíos de contenido para mí mientras pienso en ella, en mi Lucrecia, tan lejana ahora aunque esté sentada al otro lado de la mesa.

–¿Más café, viejo?

Mi taza debe estar casi a la mitad, pero no quiero rechazarla. Ándale, sírveme un poquito para que se caliente el que tengo. Sostiene la jarra con la mano derecha y esconde la izquierda en el trapo que recubre el asa. A pesar de todo, no ha olvidado la deformidad de tres de los dedos de esa mano ni la forma de ocultarlos. Supongo que tampoco habrá olvidado al perro callejero que casi se los arranca cuando teníamos como veinte años. A veces me gustaría que alguien le preguntara

qué le pasó para ver si ella contaría la verdad o se acordaría del pretexto de la artritis que inventó cuando cumplió cincuenta.

–Tú me avisas cuando quieras cenar, viejo, no te quiero interrumpir.

–No te preocupes, chaparrita. Yo te aviso.

Me arrepiento en seguida de tener el reflejo de ver los platos que acabo de lavar y se están secando junto al fregadero. Sin decirme nada, su mirada triste se estaciona en el platito de cebolla picada que dejamos sobre la mesa. Un suspiro le vacía el pecho y le encorva aún más la espalda. Con la cabeza hundida entre los hombros, se limpia las migajas del regazo y me pide que encienda el radio pero que no ponga las noticias, que encuentre una musiquita alegre. Dejo una estación de jazz que le hace un homenaje a Glenn Miller. El trago amargo de Lucrecia pasa tan pronto se concentra en la melodía.

–¿Qué lees?

–Unas obras de teatro que venían en un suplemento del periódico.

–¿Obras de quién?

–Esta semana son de Shakespeare.

–Léeme un poquito.

–Julieta dice: ¿tan pronto te vas? Aún tarda el día. Es el canto del ruiseñor, no el de la alondra el que resuena. Todas las noches se posa a cantar en aquel granado. Es el ruiseñor, amado mío. Romeo dice: es la alondra que anuncia el alba; no es el ruiseñor. Mira, amada mía, cómo se van tiñendo las nubes del oriente con los colores de la aurora. Ya se apagan las antorchas de la noche. Ya se adelanta el día con rápido paso sobre las húmedas cimas de los montes. Tengo que partir. O si no, aquí me espera la muerte.

–Cómo has cambiado –dice entre risas– no sabía yo que te gustaran esas cosas. Nada más faltó que te sentaras a ver telenovelas.

Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que reímos juntos. El humor de Lucrecia solía ser fino, muy sutil, en aquel entonces cuando se atrevía a hablar de lo que se le ocurría. Cómo disfrutaba escuchar mis carcajadas en ese mismo entonces en el que yo podía producirlas y cómo se esmeraba en arrancármelas. Pareciera que fue en otra vida, porque ahora sólo pienso en el día que se me agotaron, cuando ella se acercó muy seria a pedirme que le hiciera una promesa

en nombre de los más de cincuenta años que habíamos estado juntos. Lo que me pidas, viejita, si yo he vivido todo este tiempo buscando que seas feliz, le dije.

–¿Más café?

–Ahorita no, vieja, gracias. Si no, luego no puedo dormir.

Asiente y regresa la jarra a la mesa. Confundida, observa el platito de cebolla pero decide guardar silencio. Cuando la mete al refrigerador, sé que eventualmente tendré que cenar otra vez. Su angustia es palpable y contagiosa: no sabe cómo llegó ese plato ahí ni recuerda haber picado nada. Recorre la cocina de un lado a otro secando y guardando los trastes del escurridor pero su desesperación aumenta conforme abre las puertas incorrectas de la alacena. Sabe que los platos hondos no van en el estante del arroz y las sopas de pasta, reconoce que los platos extendidos no caben junto a los sartenes y definitivamente ha olvidado cuál es el cajón de los cubiertos porque insiste en abrir una y otra vez el de los recibos del agua y la luz. La cocina que antes eran sus dominios, se ha transformado en un desierto sin pistas.

Me tomo el resto del café de un sorbo e interrumpo su búsqueda. Le pido que me sirva más aún cuando la jarra está al alcance de mi mano y siento cómo vuelve a respirar. Después de llenarme la taza se sienta al otro lado de la mesa y su mirada se pierde nuevamente en las traslúcidas cortinas.

–Vámonos a dormir, viejita. Mañana hay muchas cosas que hacer.

Finge saberlo y asiente con la cabeza. Camino al cuarto, se disculpa apenada por no haberme dado de cenar y se ofrece a hacerme una quesadilla o servirme un panecito. Digo que no tengo hambre y pienso que cómo voy a tenerla, si sé que ha llegado el día. Le ayudo a ponerse el camisón y recostarse. Lleno un vaso de agua de la jarra de su buró y le ofrezco su medicina. A mí llega su lejana petición, suspendida en el tiempo, de que no la deje envejecer así, que la ayude a irse dignamente de este mundo, antes de depender de nadie, antes de que yo la vea reducida a nada, antes de que se convierta, como dice ella, en un bebé de setenta años.

Tan pronto la veo cabecear, le ofrezco nuevamente una pastilla. Y después otra. Y otra más. Cada vez está más cerca de caer dormida.

Pasado medio camino, empiezo a acompañarla y a tomarlas en pares. Su lengua adormecida alcanza a hacerme una última pregunta cuya respuesta solamente escuchará en sueños:

–¿Tú también estás enfermo, viejo?

–No, viejita. Pero si te vas, yo a qué me quedo.

El ave Fénix
(Quintana Roo)

–No era una provocación para nadie. Puse el póster porque me gusta el mar, es muy difícil trabajar en un cubículo sin ventanas que siempre está alumbrado con luz artificial. Quería algo bonito para adornar mi espacio de trabajo.

A los directores de recursos humanos los contratan por esa forma tan especial de observar fijamente al empleado y decirle en silencio que no le cree nada.

–Son políticas de la empresa. Retira tu póster antes de que mande a alguien de intendencia a romperlo. Acuérdate de que no eres precisamente la empleada del mes.

Todos en la oficina saben cómo hacerme callar. Si se me ocurre una idea, si participo en una reunión, si utilizo el microondas cuando alguien más lo necesita. A todas horas es la misma cantaleta: que si soy la empleada del mes, que si me nominaron a señorita bomba aérea, que le van a hablar al Ejército y la Marina porque me encontré un envoltorio de galletas. Se regodean en un estúpido error que cometí y que le pudo haber sucedido a cualquiera. Estuve en mal momento en mal lugar, pero nadie lo va a reconocer. Ahora resulta que todos son expertos en explosivos porque pasan sus tardes viendo programas de policías forenses. No me jodan.

Regreso a mi sitio para quitar el póster y permitir que el horrible murete blanco prefabricado que rodea mi computadora otra vez se vea intacto. Sobre mi escritorio alguien ha dejado, por enésima vez, una lata con el mensaje más estúpido escrito en el costado: ¡PUM!

–Qué creativos, idiotas. El día que yo les traiga una latita no va a ser de chiste.

La voz de algún gracioso me recuerda que debo depositar cinco pesos en el bote de las groserías, otra idea de integración de nuestra querida RH. Las carcajadas no se hacen esperar y nuevamente me veo recorriendo ese pasillito de la vergüenza para depositar el monto de mi multa. Claro, medidas como ésa hacen que esta aerolínea de cuarta esté nominada a ser uno de esos que llaman *"best places to work"* en las revistas de viaje.

Enciendo mi computadora y coloco la diadema telefónica sobre mis oídos. A partir de este momento, no escucharé más a mis compañeros porque todo se reducirá a reservar asientos para los pasajeros que no pudieron completar la transacción en Internet. Y pensar que si aquel loco de mierda no se hubiera cruzado en mi camino yo seguiría acompañando a esos pasajeros en sus travesías. Estaría peinada y maquillada impecablemente y algún piloto me susurraría que con el uniforme puesto parezco una muñequita de porcelana. Mis tacones de doce centímetros irían del fondo al frente del avión ante la discreta mirada de los pasajeros que se asomarían de vez en vez a verme las pantorrillas. Haría las demostraciones de las salidas de emergencia y las medidas de seguridad y estaría ahí parada, al final del vuelo, para desearles una feliz estancia.

Pero no. Gracias al loco de mierda, respondo llamadas impersonales, la mayoría de ellas de gente molesta que considera que por alguna razón yo soy la persona indicada para recibir todas las quejas sobre el servicio. Ni cómo explicarles que la que más detesta este lugar, soy yo.

Mientras vegeto esperando la siguiente llamada, me visita una pesadilla recurrente que es en realidad un recuerdo. Lo veo subir al avión y lo recibo como si fuera un pasajero más, con un buenos días que me adorna la sonrisa. Todo está en su sitio: mesitas plegadas, persianas abiertas, respaldos enderezados. El equipo de vuelo está en su sitio, el piloto anuncia por el micrófono las condiciones climáticas en la ciudad de Cancún. Poco antes del despegue, el asiento 18C llama insistentemente a la sobrecargo. Es él, el pasajero más. Me toma del brazo y me acerca para mostrarme lo que esconde tras el cierre de su

chamarra: es un artefacto cubierto de tela que deja entrever diminutas luces rojas y azules. Sin soltarme, me muestra un cronómetro en su reloj de muñeca. Me dice que no es un contador y que no me haga pendeja, que sé muy bien de qué se trata.

Corro a la cabina del piloto al tiempo que el 18C se levanta de su asiento y le anuncia al resto de los pasajeros quién es. La confusión y la incertidumbre se traducen en un sinnúmero de llamados a las sobrecargos que hacen un gran esfuerzo por pedirle al resto de los pasajeros que conserven la calma y permanezcan sentados. Desde la cabina, mientras nos comunicamos al aeropuerto para pedir apoyo, escucho el discurso: *Mi nombre es Josemar, boliviano de nacimiento y latinoamericano de corazón. No soy un hombre cualquiera, sino un iluminado porque el todopoderoso me hizo pastor cuando yo estaba secuestrado por las oscuras fuerzas del vicio y la perdición. He venido a petición del Señor en este día de la bestia, este nueve de septiembre del 2009, porque tengo una misión. Es indispensable que se presente ante mí el jefe de la nación, su Presidente, y escuche atentamente el mensaje que Dios me dio para él.*

A través de las ventanas alcanzo a ver los camiones de la Marina, el Ejército y la Policía Federal apostados junto al avión. Aunque sé que la liberación duró varias horas, en mi memoria se ha convertido en ese momento atemporal en el que pude contemplar los manglares a la distancia y pensar en lo cerca que estábamos del mar. Quién iba a decir que mi vida cambiaría en cuestión de segundos, lo que le tomó al 19C someter al loco de mierda y arrancarle del cuerpo la peligrosa bomba: dos latas de jugo y una serie navideña de foquitos cubierta en unos calcetines.

Recuerdo cada detalle de lo que aconteció después: la gente se rió de mí. Las sobrecargos, los pasajeros, el personal de tierra, todos. Fui cuestionada por las autoridades estatales y federales por haber reaccionado de una manera "tan impulsiva" y por provocar la movilización de tantos elementos y la cancelación de tantos vuelos. Ni hablar de las pérdidas económicas, que llevaron a la aerolínea a castigarme degradándome hasta el trabajo de oficina más lamentable. El mensaje que a mí me aportó el Dios del pinche loco fue que a partir de entonces yo recibiría un trato de paria.

Me he lamentado durante meses, hasta el día de hoy. Hoy se termina mi caída a los infiernos y renazco de mis cenizas. Hoy les demuestro que no toda bomba tiene cara de serlo y que cualquier hijo de vecina puede construir una navegando un poco en Internet. He decidido utilizar lo que quedó de mi póster para cubrir una botella de refresco de litro y medio que descansa junto a mis pies. En ella hay un litro de ácido muriático, ése con el que se limpian los baños, esperando a ser mezclado con trocitos de aluminio y agitado "vigorosamente", como decían las instrucciones. Mi toque personal son las tachuelas y los clavos: es una mina de fragmentación. Yo no necesito sus programitas estúpidos de forenses.

Saco unas tijeras del cajón de mi escritorio y corto la latita en trozos. Pegar en la bomba el letrero de la lata que me dejaron me parece muy atinado. Conforme introduzco los pedazos de aluminio en el ácido, termino de convencerme de que es un acto de justicia: yo les dije que la mía no iba a ser de chiste.

La dueña
(San Luis Potosí)

Ernesto entra a la casa con el semblante descompuesto. Al quitarse el saco y soltarlo sobre el sillón, el sonido de las llaves del bolsillo provoca que Laura se asome desde la cocina. Él saluda, ella responde con una mueca silenciosa y regresa a lavar los platos. Lo que hasta hace unos minutos fuera el ruidito de la cerámica al chocar unos con otros, se convierte en un estruendo. Ernesto se talla los ojos, se mesa el cabello y se afloja la corbata hasta que el nudo le permite sacarla por encima de la cabeza.

–Ni te imaginas lo que me pasó hoy, Guagua.

No hay otra respuesta más que el incremento del estrépito de la vajilla. Cuando entiende que ella no podrá escucharlo, se dirige a la cocina y recarga el hombro en el marco de la puerta. Laura talla con furia.

–¿Mucho cochambre, chaparrita?

Más choque de platos.

–No vas a creer lo que me pasó hoy, Guagua.

–¿Quieres algo de cenar? Dime antes de que termine de limpiar la cocina.

–No, no tengo apetito después de lo que pasó, vaya día.

–Deberías cenar algo, luego te quejas de que dormiste mal porque te dio hambre a media noche.

–Ahorita veo qué me como sin ensuciar, pero espérate a que te cuente.

Crash. Laura recoge entre bufidos los pedazos del plato que acaba de romper y azota los cubiertos en la tarja.

–Como quieras, nada más después no te quejes de que no te di de cenar.

–Pues en realidad en el despacho no pasó mucho, el día estuvo calmado. Pero cuando salí a comer, pensé que me estaban haciendo una broma de la tele. Se volvió loca, Guagua, loca de remate.

Laura no responde.

–La dueña del edificio está de hospital, de verdad. Hasta se pararon los vecinos a ver qué estaba pasando. Todo empezó cuando salí y le pedí que moviera su coche porque estaba tapando una parte del lugar de discapacitados y otra parte de la cochera de los empleados. Se lo pedí bien, obviamente no me quise poner pesado. Me contestó que ella era la dueña y se podía estacionar donde quisiera, le dije que en ese lugar no porque estorbaba el garaje y a todos nos impedía el acceso. Se transformó. Que si la estaba contradiciendo, que si yo no sabía quién era ella, que cómo se me ocurría estarla jodiendo por esas cosas, que me iba a llevar la chingada porque no sabía cuánto poder tenía y no sé qué. Pensé que iba borracha, pero no olía a alcohol. ¿Tú crees que haya ido drogada?

–Deberías cenar algo, Ernesto, ahí hay sobras de la comida.

–Pues siguió con su locura. Me acusó de estar haciendo brujería, según ella para eso sirven las piedras negras que están en las jardineras de la entrada. Me siguió amenazando con cosas sin sentido, que me atreviera a tocarla porque iba a venir su amante a partirme la madre, que si la virgen me iba a castigar por estar haciendo magia negra, que si a mi hijo se lo iba a llevar el sagrado. Puras de ésas. Hazme el favor, a nuestro hijo inexistente se lo va a llevar quién sabe quién. No, no me sirvas tanta sopa, Guagua, si quieres me echo un platito pero no me lo copetees porque de verdad vengo sin hambre. Total que siguió duro y dale, rompiendo las plantas de las macetas, pegándole a las ventanas, escupiendo en la banqueta de la entrada, hizo de todo. Después agarró unas piedras y se me acercó. Me agarró de la oreja y me las restregó en el pecho diciendo quién sabe qué en quién sabe qué idioma. Le dije que si seguía así, le iba a hablar a la policía, me trató de putito, que le gritara a mi policía, a ver quién me salvaba de ella. No te enojes, no es por majadero, es que así hablaba ella y te lo estoy contando tal cual.

Perdón.

Se sienta en una sillita del diminuto antecomedor y empieza a comer.

–No sorbas la sopa, Ernesto, por favor.

Laura seca los cubiertos antes de lanzarlos uno por uno al cajón.

–¿Y ahora tú por qué los secas con tantas ganas? ¿Los vas a lustrar?

Hunde la cabeza en el plato mientras festeja su propio chiste.

–Pero ahí no termina la cosa, siguió con su teatro de las piedras en mi pecho gritando algo en yo qué sé. Alguna maldición habrá sido eso, porque terminó diciéndome que yo no sabía lo que había hecho pero ya me había cargado la..., bueno, usó una palabra muy fea. A ver si no me sube la renta del despacho y ahí sí me va a meter en camisa de once varas. Buenísima la sopa, Guaguita, ya hasta me siento más tranquilo.

–Lava y guarda tu plato por favor, Ernesto, yo ya me voy a acostar. Buenas noches.

Aprovecha la ausencia de Laura para quitarse los zapatos y subir los pies a la mesa de centro de la sala. Ahora descansa en la comodidad que le ha sido prohibida desde que se casó: la camiseta de la ropa interior y el pantalón desabrochado. En la mano izquierda sostiene un güisquito en las rocas con el que, según le explicó a su mujer, quiere bajarse el susto. Enciende la televisión y navega por los doscientos cincuenta y tres canales de su suscripción. Pasa algunos minutos en el noticiero, otros tantos en el resumen deportivo, alguna película que ya conoce de memoria y la repetición de un programa de concursos. Su dedo pulgar sigue apretando el botón del control remoto aunque él ya no ve nada: ha caído en un sueño profundo. La ruleta televisiva se detiene en la retransmisión de alguna novela añeja y a sus ya lejanos oídos entra algún discursillo amoroso plagado de palabrería barata.

El encuentro con Laura sucede en sueños y omite todas las señales de la recién adquirida amargura de su mujer: el rictus en el gesto, la mirada perdida, los labios clausurados de tanto silencio. Por lo contrario, la que aparece es la Guagua de hace años, la que lo toma de la mano y lo jala con fuerza para que la acompañe a ver al señor que salió a pasear a sus tres san bernardos. Es la Guagua cuyas pantorrillas son examinadas por la mirada lasciva de Ernesto, que se divierte recorriéndole las caderas y la cintura hasta llegar a la cola de caballo que ella se hace de la misma manera cada mañana. Aunque su mano derecha

suelta el control para rascar un piquete cerca del hombro, puede volver a la persecución de los san bernardos. Guagua y sus aretitos de plumas de colores. Segundo piquete cerca del pecho. Guagua y su risita entre dientes cada vez que sabía que había hecho una travesura. Tercer piquete junto al ombligo. Su afán por llenarlo de besos en la punta de la nariz. Cuarto piquete en plena ingle. Ernesto se aferra al recuerdo: su cabello enredado en el cuello al dormir sobre él. Quinto piquete en el muslo. Su piel suave y aceitunada que siempre brilla al sol. Sexto piquete en la rodilla. La imagen es menos nítida y aún así percibe el olor a castañas de su crema de manos. Séptimo piquete en el brazo. Octavo piquete en el cuello.

Al sentir el pantalón mojado, Ernesto abre los ojos para descubrir que se ha vaciado el hielo del vaso porque sus dos manos están concentradas en satisfacer las exigencias del prurito que le invade todo el cuerpo. Se desviste en plena sala mientras ante él se revelan no ocho piquetes, sino la madre de todas las urticarias que haya visto antes. Cada centímetro de piel está irremediablemente enrojecido e hinchado y sus uñas no bastan para calmar la ansiedad.

Desnudo de pies a cabeza, mientras se restriega rabioso contra el tapete y las orillas de los sillones, alcanza a vislumbrar la silueta de Laura al pie de la escalera. Ernesto cree ver en las manos de su mujer un par de piedras negras y percibe el sonido del choque entre ellas. La enajenación le impide fijar la mirada pero tiene la certeza de que ha dejado de soñar porque ésa ya no es su Guagua.

Botas
(Sinaloa)

–Botas, apá. No lo trajeron.

–¿No te trajeron tus botas? Mija, ¿tú quieres que me regrese hasta Querétaro por unas botas?

Victoria llora en silencio mientras Consuelo sigue discutiendo entre gimoteos. Ambas llevan el mismo vestidito azul de holanes, pero una usa moños rojos y la otra anaranjados. Aunque don Joaquín empieza a desesperarse, no puede evitar la ternura que le provoca el llanto infantil de sus gemelas.

–No, Joaquín. Botas es su changuito. El que tú les regalaste cuando cumplieron cinco años.

La voz de doña Emma siempre es tranquila y pausada. Mientras aclara la situación, termina de acomodarse la pedrería de las uñas de su mano izquierda bajo la amarillenta luz de un foco cuyo cable descubierto recorre de lado a lado el triplay del techo.

–¿Y por qué no está el mentado chango aquí?

–No hubo tiempo. Los muchachos lo agarraron pero los rasguñó y se escondió. No lo siguieron buscando porque nos dijeron que había que salir rápido de la casa, fue poquito antes de que tú salieras del túnel y nos viéramos en la pista. Y ustedes dos ya párenle a la lloradera. Su papá va a mandar a alguien por Botas y en unos días va a estar aquí con nosotros.

Victoria y Consuelo obedecen y se sientan en la cama que durante un tiempo tendrán que compartir. Para ellas, la casita de la selva es una aventura: están rodeadas de árboles tupidos, escondidas en medio de la nada, en una casa de apenas tres cuartos construida de bloque

y triplay que, a pesar de las carencias aparentes, cuenta con agua corriente, electricidad e Internet. Atrás ha quedado, cuando menos por un tiempo, la mansión en la que nacieron, con sus siete hectáreas de terreno, su cancha de tennis y su alberca semiolímpica.

La instrucción de doña Emma llega fuerte y claro a oídos de Joaquín: pase lo que pase, hay que recuperar al chango y no está a discusión.

–Mañana lo mando traer.

–¿Hasta mañana, Joaquín?

La cabaña de don Joaquín y su familia se sitúa en lo más alto de la ladera, rodeada de las chozas donde descansan decenas de sus hombres más cercanos y leales. La comunicación entre unas y otras es por radio. A pesar de lo ajetreado que ha sido el día, el Tacuate responde de inmediato al llamado de su patrón y recibe la orden de recuperar a Botas a primera hora de la mañana. El Tacuate se hace acompañar del Zorrillo y juntos toman uno de los vehículos todo terreno para manejar hasta la ciudad de Durango donde tomarán el primer vuelo que se dirija a Querétaro.

Al llegar a la casa que doña Emma y sus hijas ocuparon durante el tiempo que don Joaquín estuvo preso, los vasallos del capo encuentran un caos: el Ejército y la Marina ya pasaron por ahí. Voltearon todos los cajones, desgarraron las vestiduras de los sillones y arrasaron con lo que encontraron, pero Botas sigue ahí. Oculto en la alacena, el pequeño tití se defiende con furia de todo aquél que se le aproxima. Tras una batalla que resulta en varios rasguños en los brazos del Zorrillo, Botas es puesto en una improvisada caja llena de agujeros y sellada con cinta canela.

La aerolínea se niega a permitir el abordaje del simio. No cuenta con cartilla de vacunación y ninguna de las oficinas del aeropuerto está dispuesta a certificar a un chango indocumentado: se desconoce su origen y, de seguir preguntando, corren el riesgo de que las autoridades sanitarias inicien una averiguación y les retiren definitivamente la custodia.

–Don Joaquín –dice el Tacuate por teléfono desde el estacionamiento del aeropuerto–. No podemos subir a Botas al avión. No tenemos los permisos y no queremos arriesgarnos a contrabandearlo para no llamar la atención. Esperamos instrucciones.

El Tacuate y el Zorrillo manejan entonces hasta Maravatío, donde los recogerá el Coronelito, hermano menor de Emma. Él los llevará hasta Durango y ahí podrán recuperar el vehículo para llegar a las cabañas, como ordenó el patrón. La operación no deberá tomarles más de un día.

–Ya saben que recibirán recompensa, muchachos. Sé que han sido días duros y estoy orgulloso del trabajo que realizaron para la salida del penal. Fue impecable.

Han pasado más de cuarenta y ocho horas desde la última vez que durmieron, pero las palabras de aliento de su patrón funcionan como aliciente para seguir manejando, aminoran el cansancio. Eso, y la rayita ocasional que les ayuda a no quedarse dormidos en la carretera.

Los dos sicarios se sienten intranquilos en cuanto el Coronelito los recoge. Acostumbrados a la sombras y la austeridad, no esperaban que el cuñado del patrón condujera por las carreteras del bajío su Mustang rojo convertible. Saben que será inevitable que el *junior* pise el acelerador a fondo, que ruja el motor, que suba el volumen de las bocinas, que los federales se interesen en ellos.

El camino transcurre justo como creyeron. El Coronelito se entretiene escuchando los detalles de la fuga de su cuñado porque no ha podido comunicarse con su hermana. Orgullosos, el Tacuate y el Zorrillo abundan en detalles: la construcción de los túneles debajo del penal, la compra del predio para hacer la salida, la renta de la pista de despegue, el uso de una aeronave señuelo que viajó al mismo tiempo que la que condujo al patrón hasta la pista clandestina de la selva duranguense y la forma de ocultarla entre la maleza. Sin embargo, sus miedos no eran infundados. No han recorrido ni doscientos kilómetros cuando son detenidos por una patrulla. Dos agentes revisan los papeles de cada uno de los tripulantes, el escaso equipaje y, por supuesto, la caja. Las preguntas giran en torno al simio y el Coronelito, con la tranquilidad de quien ignora su propia estupidez, responde con toda naturalidad que lo llevan de una ciudad a otra porque es un regalo para sus sobrinas. Ante la insistencia de acceder a los papeles de Botas, el cuñado ofrece cien dólares que saca de un rebosante fajo de su bolsillo trasero.

Con la experiencia de ser la mano derecha del capo más buscado del mundo, en cuanto arrancan el Tacuate increpa:

–¿Conocido suyo, mi Coronelito?

–No, yo normalmente no ando por estas carreteras. Pero con ese cien, se va a quedar bien tranquilo. Se irá a cenar, o a cenarse a unas morras. Quién sabe. No nos va a alcanzar, no se me pongan nerviosos, raza.

El Tacuate y el Zorrillo guardan silencio pero niegan con la cabeza. Deben llegar con su patrón cuanto antes para moverlo del escondite. Ambos saben que los federales son los halcones más caros de todos y, peor aún, saben que mientras el *junior* les dio cien dólares, la Marina les ofrecerá cuando menos quinientos.

Presentimiento
(Sonora)

Cuando Madame Nina vio las gotas que recorrían la estructura metálica de la carpa, experimentó una sensación hasta entonces desconocida para ella. Su labor en el circo era entretener a los asistentes antes de la función en su diminuta tienda junto a la puerta principal, pasando el puesto de algodones de azúcar, y consistía en resolverle a los curiosos las dudas sobre su propia existencia. El pasado, el futuro, los aspectos ocultos, daba igual. Madame Nina encontraba la forma de extraer las respuestas de la pregunta misma sin hacerlo evidente: la gente escuchaba lo que quería escuchar, encontraba lo que estaba buscando. Por ejemplo, a "¿mi esposa me está engañando?", ella solamente tenía que ver un hombre esbelto y bien parecido para que el solicitante admitiera lo que sabía con anterioridad: "claro, el cabrón de su jefe… ¿Es castaño y medio moreno?". Las respuestas llegaban solas, no era necesario ser una psíquica de verdad cuando se tenía tal habilidad para escuchar.

De ahí su sorpresa al llegar al umbral de la entrada a la carpa principal y saber, sin haberse cuestionado nada, que algo saldría muy mal ese día. Le tomó unos instantes reconocer el efecto de la ligera taquicardia, las manos trémulas y la dificultad para respirar: no era un ataque de pánico sino un nerviosismo fuera de lo normal. Algo en ella sabía, con la certeza de los reumáticos cuando va a llover, que esa función terminaría en tragedia. Era un presagio. Su mirada seguía absorta en las gotas que se sucedían una tras otra hasta desvanecerse en el terregal mientras pensaba en los actos que se presentarían aquel día y en quién podría ser alcanzado por el infortunio.

–Deja de ver el charquito con asco. Ya van a reparar eso, parece ser que con el calor se está condensando el agua de los bebederos de los animales y por eso sudan los tubos.

Madame Nina miró al presentador a los ojos. No sería él.

–A alguien le va a pasar algo horrible en la función de hoy, Paco.

Después de que él estallara a reír, se hizo acreedora a unas palmaditas en la espalda y a escuchar que se veía muy tierna comprándose su papel de psíquica.

–Es más, chaparrita. Siéntate en la primera fila para que puedas percibirlo todo y sepas quién será el desgraciado.

Se sentó justamente en una butaca de la primera fila, a la altura del centro del escenario, a pesar de reconocer la burla. Observó a las familias que entraban a sentarse a su alrededor y se compadeció de ellas pensando en la ilusión que les hacía asistir y en lo que estaban a punto de presenciar. ¿Era tanto así? ¿Tan segura podía estar de que algo pasaría esa noche o nada más estaba siendo paranoica? ¿No sería el café lo que le había afectado? La respuesta seguía llegando desde adentro, una punzada fugaz y definitiva que en cuanto aparecía borraba el espacio de la duda: no. Algo va a suceder. ¿Por qué no advertir a la gente? ¿Por qué no pedir que cancelaran la función? ¿Por qué no prevenir a sus compañeros? A diferencia de la anterior, esa respuesta provino de su parte más racional y consciente: porque todos saben que no eres psíquica, Nina, y van a pensar que quieres sabotear al circo o que ya te volviste loca. Ni modo que le regresen el dinero a todos los asistentes porque a ti se te ocurrió; con todo y tu turbante y tus faramallas de lanzar los caracoles, leer el café y las cartas o hasta la palma de la mano, el personal del circo conoce tus mañas. Si dices algo, te quedas sin trabajo.

En cuanto uno de sus compañeros se presentaba en el escenario, buscaba intercambiar con ellos una mirada que lo dijera todo, un "finge estar enfermo y bájate", un "no hagas nada arriesgado". A cambio, recibía saludos discretos, guiños de ojo, sonrisas o absoluta indiferencia. Los únicos por los que no temió fueron los payasos porque, además de resultarle francamente antipáticos, veía pocas posibilidades de accidente en sus numeritos bobos.

Sonia y Susi se descolgaban del trapecio con la gracia habitual hasta encontrarse con las muñecas o los tobillos de su hermana al tiempo que Madame Nina visualizaba una mano que resbalaba y una de las chicas caía los doce metros que medían los postes; la torre de sillas sostenida por Min y coronada por Li se desplomaba en su mente hasta aplastar a las diminutas chinas. Javier daba un mal paso en el cable de acero y al soltar su barra de equilibrio caía, liviano como pelusita, hasta terminar hecho polvo en el piso. Ibrahim se atravesaba el estómago al tragarse los sables. Alfonso aspiraba sin escupir y en lugar de tragar fuego terminaba con las entrañas rostizadas. En cada acto, Madame Nina se llevaba las manos a la boca y cerraba los ojos con fuerza para no ver el desenlace. Contenía la respiración y lograba soltarla una vez que los artistas se despedían del público.

Le alegró saber que solamente faltaban dos actos, pero el gesto le cambió cuando entendió que no estaba más cerca del final de la función, sino de la catástrofe. En escena apareció Alexander con sus dos tigres para mostrar su dominio sobre ellos: a pesar de que a ojos de los asistentes era un acto muy impresionante, la gente del circo sabía que los dos animales no eran más que un par de cachorros, mansos como gatos domesticados. Les gustaba ser acariciados, jugueteaban entre ellos y la mayor parte del tiempo se dedicaban a dormir.

Ni siquiera eso tranquilizó a Madame Nina. La desgracia acechaba y el paso del tiempo la acercaba más, no sabía si al domador o a Rita, la contorsionista del acto final. Alexander hizo una reverencia ante la audiencia y le indicó a Castor y a Pollux que ocuparan sus pedestales y se sentaran sobre ellos. Los animales obedecieron sin chistar y él les acercó la mano a las narinas para que reconocieran su olor. Después, las mismas gracias de todos los días y todas las funciones: girar sobre sus espaldas, dar la pata, levantarse en las patas traseras, cubrirse los ojos con una pata ante un mal chiste de su domador, abrir sus enormes fauces para que él pudiera meter la cabeza e inspeccionar sus dentaduras, terminar con otro mal chiste al respecto. Madame Nina seguía imaginando que Castor cerraba el hocico mientras el brazo de su amo descansaba sobre sus colmillos pero nada de eso ocurrió, los tigres inclinaron la cabeza para agradecer al público. El unánime aplauso de

la audiencia no se hizo esperar y, tan exitoso fue el acto, que esta vez lo acompañaron de gritos, chiflidos sonoros e innumerables flashes de cámara. Alexander saludaba con la mano mientras paseaba de un lado a otro y enviaba besos a la concurrencia.

El desconcierto de Madame Nina la hizo permanecer sentada. ¿Entonces sería a Rita? ¿Qué podía salir mal para una contorsionista? Ella actuaba sola y era prácticamente imposible que se forzara tanto que se rompiera. ¿Era imposible? ¿No podía ser que se descoyuntara al ponerse los tobillos sobre los hombros? ¿Que una costilla se le rompiera hasta abrirle la tensa piel del abdomen? Pensaba en Rita y la enorme impotencia de no poder prevenirla de algo que solamente para ella era una certeza.

Absorta en decidir si permanecer hasta el final de la función o no ver el desafortunado destino de la contorsionista, observaba el pequeño estanque que se había formado ya en la puerta con el agua condensada cuando eligió abandonar la carpa. Para entonces, la intuición de Madame Nina se había apagado por completo; tanto así, que no notó que uno de los tigres comenzó a erizarse. Confundió con la ovación el grito ahogado del terror y solamente las gotas de sangre que se derramaban por el filo del escenario lograron sustraerla de tal concentración: frente al proscenio, bajo sus pies, se había formado ya un charco viscoso y carmesí. Al buscar la figura de Alexander, su mirada sólo pudo encontrar a Pollux, que plácidamente se relamía los bigotes y se limpiaba la cara con una de las patas delanteras.

Insomnio
(Tabasco)

Te ves mal, Cristóbal. Traes la misma cara que la temporada que te dio por estar pegado al foco todo el día. Esas ojeras no son de unas desveladitas, se ve que tienes semanas sin dormir. Y sin comer, porque estás en los huesos; nada más te di una palmada en la espalda cuando nos saludamos y pensé que te me rompías ahí mismo. Mírate nada más las manos, todas jodidas llenas de llagas, seguramente porque no sueltas la estopa y el thinner… O porque te estás metiendo cuanta chingadera te encuentras. Ya te dije que esas cosas te van a matar un día y vas a acabar tirado en medio de la calle o del cerro para que te devoren los animales, parece que te urge dejar ya este mundo. Cómo nos lo vamos a mercer, pendejo, no digas esas cosas porque luego sí se cumplen.

No me enseñes los bolsillos, no necesitas demostrarme nada. Si dices que no traes, es asunto tuyo. Además, si estás escondiendo un clavo por ahí, ni modo que me ponga a esculcarte. Es tu rollo, mano, ya tú sabrás si te sigues pudriendo por dentro de esa manera. Lo estás tomando como si yo fuera tu papá y no es por ahí. La fiesta es chingona, yo entiendo que nos metamos nuestros churritos, nuestras rayitas, nuestros chupecitos, pero así con esa madre que quién sabe qué es y nada más los pone estúpidos, ya no. Mira nada más el ejemplo del Catracho, que llegó aquí porque según él iba a ser el próximo Carlos Pavón y se iba a hacer famoso cuando lo viera jugar un equipo de Primera División pero la vida se le fue al caño por andar de crico. Hasta acabó embarcándonos a nosotros por ir a trabajar bien arriba, el muy culero. Que para darse valor, me decía cuando le reclamé que llegara

así, rechinando los dientes, con los ojos pelones y con una pinche ansiedad que se contagiaba: que todo lo hiciéramos ya, que en chinga, que al primero que pasara. Nos llevó al baile y ahora por eso tú no puedes ni dormir y yo me la vivo teniendo pesadillas.

¿Por qué fue su culpa? Yo vi el carro venir desde lejos, pero cuando descubrí lo que era pensé que todos estaríamos de acuerdo en no acercarnos. El Catracho estaba como poseído, que le diéramos ya de una vez porque según él había que aprovechar que venían cinco personas, que íbamos a esperar horas a que pasara otro coche con tanta gente. No es cierto, todavía le dije, en cualquier pinche camioneta caben cinco o seis. Se montó en su macho y se puso agresivo, me enseñó la cacha que llevaba en el cinturón y se paró a media carretera. Y ahí vamos tú y yo de sus achichincles a seguirle el paso. Aquí entre nos, me asusté porque estaba convencido de la cosa iba a terminar mal: cuando bajó del carro a las dos muchachas y a una le metió la pistola debajo de la falda, clarito me imaginé que se ponía nervioso y se le escapaba un tiro. Después vi que el chofer y el papá estaban furiosos, se me hace que si no los hubieras tenido encañonados contra el cofre, alguno bien hubiera podido hacerle al héroe.

No te voy a mentir, Cristóbal. No a ti que me conoces de toda la vida. Al Catracho no se lo digo porque ese güey me vale madres, si puedo no volver a verlo nunca, mejor. Que se lo cargue la migra o que se lo coma un cocodrilo en el manglar, me da igual. Pero tú y yo estamos pasando por lo mismo, a lo mejor por eso tú volviste a buscar la malilla y yo ahora quiero encontrar a Dios: a mí también me visita la viejita, Cristóbal. Me lo advirtió la doña, la mamá de las dos muchachas, cuando me estaba entregando las carteras y las joyas de todos. Te juro que sentí escalofríos, y con todo y todo me atreví a acomodarle un revirón para que se callara. Me veía raro, mano. Tenía la mirada llena de verdad, como si en los ojos no le cupiera la duda de lo que nos iba a pasar. Todavía después del golpe tuvo la tranquilidad de decirme que no me estaba amenazando, sino que era un aviso. Quién sabe en qué chingados estaban metidas ella y la viejita, par de brujas, pero su vibra me caló hasta el tuétano. Va a venir mi mamá por ustedes, cabrones,

por irrespetuosos, porque no saben con quién se están metiendo, me decía aquella. Y yo callado, como si no la oyera, muy machín, aunque en el fondo sabía que se nos acababa de joder la vida.

La viejita me juega muy chueco. Me quita las sábanas, arrastra cadenas, recorre mis piernas con sus uñas chuecas y sus dedos artríticos. Siempre pensé que eran tonterías, pero me jala los pies, Cristóbal, y me los jala duro, al grado que he pensado que un día me va a descoyuntar. Todas las noches, sin falta, me despierta pasándome la mano por la cara, reconozco su piel delgada y pellejuda cuando se me sienta en el pecho hasta que no puedo respirar. Me va a dar un infarto, mano, una de estas noches me va a dejar frío y tieso, así como la encontramos a ella.

Se lo advertí al Catracho. Hay códigos en la vida, hay cosas que son sagradas y la muerte es la que más. No se juega con eso, le decía yo desde que decidió asaltarlos a ellos. Cuando terminamos de sacarles las cinco carteras le pedí que los dejáramos ir, pero insistió en que nos lleváramos el carro. No fue mi decisión, mano, tú sabes que yo no nos hubiera metido en esa bronca porque yo no trabajo así. Clarito le expliqué al muy pendejo la diferencia entre un coche y una carroza fúnebre, pero ha de ser que las cosas en Honduras y en Tabasco son muy diferentes, porque dijo que íbamos a vender esa madre en una lanota. Ya después, cuando llegamos a Chiapas y se paró en la carretera para que nos asomáramos al féretro, se cagó de miedo. Y cómo no, si ya había bajado y se le había pasado el efecto de su vicio ése. Es una vieja muerta, nos dijo sorprendido, porque él estaba muy entretenido jugando con las piernas de las chamacas mientras tú contenías a los otros y yo escuchaba todas las maldiciones que la hija lanzaba sobre nosotros.

Tienes razón, Cristóbal. Fue un error abandonar el cuerpo de la vieja ahí a su suerte. Tal vez nos visita porque no la encontraron para darle sepultura, tal vez eso es lo que viene a reclamarnos. Todas las noches le pido perdón, todas las noches me voy a dormir deseando que no se me aparezca más. No llores, mano, me parte el alma ver que a ti lo que te da miedo es irte a dormir y saber que no podemos hacer nada. Saca pues el clavo que seguro traes, no te voy a juzgar. Si te ayuda

a vivir con las visitas de la vieja, quién soy yo para decirte qué no hacer. Échate tu puntita, mi Cristóbal, pero no llores más. Ahí si te sobra me compartes poquito, que yo tampoco tengo ganas de verla y ya se nos está viniendo la noche encima.

Pemoles
(Tamaulipas)

M'hijo, quítese de la ventana, no ande de chismoso.

–Pero amá, ya no se oye nada y yo quiero ver… – ¡que se quite, le digo!

–A ver, Enrique, asómate tú a ver si ya pasó.

–¿Y yo por qué?

–Porque ni modo que le pida a un cliente que se asome, ¿o quieres que dejemos que lo hagan el niño o la señora? Asómate pues, y déjate de joterías.

–¿Cuáles joterías? Si las balas no distinguen si soy muy machito o si se asoma una mujer, Rosenda. Pero está bien, yo lo hago para que luego no andes diciendo que aquí la única que trabaja eres tú.

–Asómate abajito, no te levantes. Niño, ya te dijo tu mamá que no te acerques a la ventana. No se ve nada. Pura polvareda. ¿Siguen ahí las *pick-up*?

–Pues hay una, pero está toda destrozada. Esa madre ya no se mueve ni con grúa. La despedazaron los federales.

–¿Y las otras tres se fueron entonces?

–Ay, Rosenda, yo cómo voy a saber. Pues ya no están, ya no las alcanzo a ver. A lo mejor nada más están más lejos. Y eran otras dos, ¿qué no? Al principio yo conté tres en total.

–Según yo eran cuatro.

–No, amá, eran tres.

–Usté cállese, *m'hijo*, no se esté metiendo en las conversaciones de sus mayores. Y ya le dije que se quede ahí abajo de la mesa. ¿Y la gente?

–Pues se está yendo el polvo. Se alcanzan a ver unos federales ahí atrás de sus camionetones. Siguen apuntando, pero ya no veo hacia dónde o hacia qué, ya es del otro lado de la esquina.

–¿Hay muertos?

–Unos cuantos. De aquí se cuentan uno, dos, tres, cuatro, cinco y no sé si aquello sea el sexto. Y los que supongo que están en la *pick-up* ésta.

–¿Y de los federales?

–No, de ésos no se ve ni uno pero ya sabes que ellos no dejan tirada a su gente. Si le pegaron a alguno, ya debe estar subido en una patrulla. Ni han llegado las ambulancias.

–¿Y tú crees que ya se van?

–Yo cómo chingados voy a saber, Rosenda. Mucha pregunta y mucha curiosidad, pues ven y asómate tú también que ya ni se oyen disparos.

–Ay, Enrique, cómo eres grosero. Tú no vengas, niño, a ti ya te dijeron que te quedes abajo de la mesa. Pues sí, al parecer ya se están calmando las aguas. Ya dejaron de apuntar los federales. Se deben haber ido las *pick-up*.

–¿Abrimos ya la puerta?

–No, hay que esperarnos tantito más a estar seguros de que ya no regresan aquellos. Ya ves que luego van por sus refuerzos a la vuelta de la esquina y la cosa se pone peor.

–¿Y eso?

–¿Qué?

–Están volviendo a apuntar. Algo gritan.

–¿Habrán vuelto?

–No se oyen carros.

–¿Y entonces a qué le gritan?

–¡Al pinche loco que va ahí caminando!

–Va hacia ellos. O está loco o anda bien pasado. Se ve como perdido, medio desorientado.

–Le están apuntando todos… Si le disparan lo van a dejar peor que al cascarón ese de *pick-up*.

–Pérate. Ya se paró. Trae algo en la mano.

–¿Un fierro?

–Ay, Enrique, estás viendo que no traigo mis lentes. Pues no sé si es una pistola, trae algo como un tubo en la mano y ¿qué está haciendo? ¿lo está estirando?

–Está loco. Se lo van a quebrar. Yo he visto antes a ese vato…

–Pero está levantando los brazos… ¿Qué trae en la mano que no alcanzo a ver?

–Un bastón.

–¡Niño, ya te dijo tu mamá que te alejes de la ventana! ¡Agáchate pues!

–¡No chingues, Rosenda! ¡Le dieron! ¡Le dieron!

–¡Agáchate tu también, Enrique! ¡Quítate de la ventana!

–¡Le dieron, Rosenda, lo mataron! ¡Era su bastón!

–¡Que te agaches, te digo!

–¡Lo que traía era su bastón…, y lo mataron así nomás, como perro!

–¿Cuál bastón?

–¡El del ciego!

–¿Cuál ciego? ¿De qué estás hablando?

–¡Era el pinche ciego que traía su bastón! ¡El que siempre viene a ver si le regalamos pemoles!

–¡El ciego! ¿Y lo mataron? ¿Los federales?

–Ya está tirado pero no trae el bastón, quién sabe dónde quedó porque ahora sí tiene una pistola en la mano, pero es la que le acomodó el policía. Ya no se mueve.

–¿Estás seguro?

–¡Cómo le preguntas al niño, Enrique! Señora, haga ya el favor de agarrar a su hijo, está viendo cómo están las cosas.

–¡Lo mataron, Rosenda! ¡Lo mataron y ése no tenía nada que ver!

–Cállate ya, Enrique, que ahorita van a venir a desayunar los federales y tú no puedes estar histérico. Me haces el favor de ir a lavarte la cara y te calmas. Vienen, les sirves y te callas la boca porque no viste nada. Estuvimos agachados todo el rato, así que nada de nada. Tú, lo de siempre. Les sirves cortesía de la casa y hoy, porque sabes que vienen cansados, les regalas unos pemoles.

Inocencia
(Tlaxcala)

El pecho de Arturo Ríos se contrae y se expande rápidamente. Intenta disimularlo acomodándose el chaleco antibalas para que sus compañeros no perciban que éste es su primer allanamiento. La preocupación disminuye en cuanto advierte que ninguno lo observa, todos entran a la estancia principal de la casa y exploran las habitaciones concentrados en buscar a la víctima.

Con la espalda recargada en la pared, sostiene el arma a la altura del pecho. El dedo índice en el gatillo, la otra mano en la cacha. Recuerda entonces cada enseñanza del curso de inducción sobre los puntos ciegos, las posturas y los reflejos, al tiempo que envidia cuán experimentado es el resto del contingente que parece moverse por pura intuición. Aquellos dominan un ritmo que él nunca antes había escuchado: a su memoria viene una imagen de la primera vez que bailó reggaetón.

Sostiene el arma con más fuerza cuando escucha las instrucciones de avance de la pareja de federales que los apoyan. Imagina cómo será la vida cuando llegue a ser uno de ellos, con su patrulla del año recorriendo todas las carreteras del país: seguramente hasta tienen una vieja en cada pueblo, se dice. Sube la escalera de lado, la espalda siempre pegada al muro, y busca encontrar en alguno de sus compañeros municipales un atisbo de miedosa complicidad. Al no hallarlo, piensa que además de la experiencia estos güeyes siempre hacen estas chambas bien arreglados. La pregunta es inevitable: ¿debió haberse metido algo antes de venir? ¿Y si le daba la pálida? ¿Y si le daba la paranoica?

Porque esas cosas nunca han sido lo suyo, él es de cubitas y de tequilitas derechos, pero el perico y el foco siempre le revuelven el estómago.

El único temor que se hace visible es el de un camarógrafo que los acompaña. Arturo, en su carácter de autoridad y fuerza del orden, se deslinda del sentimiento del civil al sonreírle y susurrarle que esté tranquilo porque está bien protegido. Con sus recién adquiridos bríos, se permite incluso llamarlo "jovenazo".

Los secuestradores parecen haber abandonado la casa. La construcción sigue en obra negra y de cada rincón emana un nutrido hedor a orines. Los tabiques, atacados por la humedad y el paso del tiempo, se despostillan a su paso. Algunos grafitis incomprensibles decoran las paredes que todavía conservan la vertical, mientras que los colchones sucios del centro de las habitaciones están llenos de polvo rojo y restos de cemento. Las latas y los envoltorios de comida están ennegrecidos por el moho que también ha empezado a cubrir las revistas pornográficas y los periódicos del piso. La sorpresa del oficial Ríos es evidente en su ceño fruncido: vaya que las casas de seguridad tienen la misma pinta que los picaderos.

La voz del capitán y los federales anuncia que han encontrado a la víctima. Arturo se dirige rápidamente hacia la habitación, los pasos del camarógrafo lo siguen de cerca. Los municipales Acosta y Rodríguez resguardan la entrada mientras él guía a la cámara y llegan hasta el secuestrado. Los federales le han cubierto la cabeza con una cobija y el capitán le ayuda a liberarse de la cinta canela que le ata las manos. Ríos recibe la instrucción de acompañarlo mientras ellos terminan de registrar el cuarto. Lo toma del brazo derecho. Al notar que la cámara los tiene a cuadro, rodea la espalda cubierta por el sarape y delicadamente la soba con un par de palmaditas: ya todo terminó, amigo, usted está a salvo y podrá volver hoy mismo con su familia, todo va a estar bien. Acosta se endereza, acomoda el cinturón y el chaleco sobre su voluminoso vientre y se acerca a tomar al rescatado del brazo izquierdo. El camarógrafo les hace una seña para indicarles que la toma es perfecta.

Al salir, los medios ya los esperan. Flashes, preguntas, micrófonos. La persona bajo el cobertor agacha la cabeza y acelera el paso. Ríos

y Acosta lo conducen hacia la patrulla sin dar respuesta a la prensa porque una voz de mujer ya se encarga de eso:

Gracias a este operativo judicial de inteligencia y en un trabajo conjunto realizado por la Policía Federal y la Policía Municipal, hemos podido realizar con éxito el rescate de una víctima de secuestro que fue tristemente separada de su familia durante dos meses. En mi calidad de Alcadesa, consideré de suma importancia mi presencia aquí el día de hoy para corroborar y ser testigo de las grandes capacidades de nuestros representantes de la ley, así como para apoyar a la víctima y a los suyos. En este momento los oficiales reunirán a la familia que sufriera este golpe fuertísimo por parte del crimen organizado, pero quiero aprovechar la ocasión para enviarle un mensaje a todos aquellos que delinquen y creen estar fuera de la ley en toda impunidad: los estamos vigilando y vamos a ir por todos ustedes porque estamos determinados a limpiar el municipio entero.

La visible satisfacción de Arturo se desvanece cuando una voz ronca y aguardentosa surge debajo de la cobija para desinflarlo violentamente:

–Y tú, Ríos, a ver si te calmas con tus sobaditas. Qué chingados es eso de estarme abrazando tanto y diciéndome amigo. Comandante para ti, cabrón.

Arturo reconoce la voz del Comandante Armenta y no entiende cómo pudo estar secuestrado dos meses si ayer lo vio en la comandancia.

–Eso que no lo vio cuando entramos a la casa, Comandante –interrumpe Acosta–; iba cagado de miedo, el muy puto, como si nos fueran a salir unos matones o unos pinches secuestradores de nuestro propio territorio. El güey sí se la tomó muy en serio, hasta se le iluminó la cara cuando creyó que estaba rescatando a alguien. Y espérate a que se lo cuente a la Alcaldesa, a ella más que risa le vas a dar ternura. Igual y hasta te condecoran por valiente, pinche Ríos, porque todavía no dan medallitas por pendejo.

Prisionero
(Veracruz)

Conforme avanzo en mi recorrido por los pasillos del Consejo Tutelar, siento que la distancia entre los muros disminuye. A este paso, me digo, serán tan angostos que mis hombros no cabrán más y empezaré a atorarme hasta quedar aprisionado por ellos. Tal vez haya sido una artimaña de los arquitectos para que los reclusos nunca olviden que, aunque son niños, están verdaderamente encerrados: esto no es un campamento de verano.

Entro a la sala donde las autoridades me han permitido entrevistarlo. Recorro brevemente en mi memoria cada uno de los pasos burocráticos de la odisea que ha sido llegar hasta este momento y se me escapa una sonrisita. El custodio me mira con una dura mezcla de extrañeza e indignación, como si secretamente buscara decirme a gritos que éste no es ningún lugar para gestos felices. Finjo no verlo. De mi ampliamente revisado portafolios saco una pequeña grabadora, unas hojas y el plumón delgado por el que me cambiaron la pluma en la entrada. Me siento de un lado de la mesa y contemplo la gotera que se forma con el agua condensada del aire acondicionado. Enseguida fijo la vista en el ventilador, cuyas aspas hacen el mismo ruido infernal que los botes enganchados en los rayos de las llantas de las bicicletas. Pienso en los niños de afuera y hago una triste pero inevitable comparación con los de adentro.

Si le estorba el ruido, apáguelo, pero no sirve el aire. Aquí adentro no va a aguantar el calor, dice el guardia. Respondo con la misma inclinación de cabeza y espero pacientemente hasta que finalmente se abre la puerta: es él. Me pongo de pie y le agradezco que haya aceptado res-

ponderme unas preguntas, pero no obtengo respuesta. A sus escasos dieciséis años, carga con un semblante abrumado, fastidiado. No es que no quiera estar en la entrevista, es que parece que no quiere estar en el mundo. La piel marchita de sus manos y sus uñas sucias llaman tanto mi atención, que decide esconderlas bajo la mesa. Antes de que yo me atreva a hablar, mientras enciendo la grabadora, me roba el turno para establecer que las palabras importantes son las suyas.

No soy un asesino, afirma tajantemente. Entiendo que me estén castigando porque murió un señor, entiendo que yo lo maté, pero no soy ningún asesino. Yo no entré a la tienda para quitarle la vida, entré para llevarme la comida que necesitaba y después nos enfrentamos. La pistola ni siquiera era mía. Él la sacó diciendo que estaba harto de los delincuentes y al final si no lo mataba yo, me mataba él. A lo mejor debí haberlo dejado, quién sabe. En ese momento no pensé mucho. La vida de calle no es fácil, ¿sabe? Uno huye pensando que afuera encontrará caridad y alguien que le eche una mano, pero la realidad es muy distinta. Me metí a robar por hambre, porque nadie le daba trabajo a un chamaquito que no llegó ni a la prepa, porque no cargaba con ningún papel que dijera quién soy. Por supuesto que no, si justamente me fui de mi casa por eso, para olvidar quién era.

Le pregunto por qué se escondió cuando emitieron la alerta AMBER para buscarlo. Usted no lo entiende, me dice con aires de superioridad, no puede. ¿Ramón Suárez? ¿Qué problema carga alguien con un nombre como el suyo? Es el nombre de cualquiera, el de un anónimo entre los habitantes del mundo, ni para bien, ni para mal. Piénselo detenidamente, grandes nombres hacen grandes acciones: Emiliano Zapata, Lázaro Cárdenas. ¿Usted cree que Pancho Villa se hubiera hecho respetar con un nombre como Doroteo Arango? Jamás. Lo supo y por eso decidió cambiarlo, porque era un hombre de visión. Desde chiquito me gusta aprenderme los nombres de cualquiera que haya hecho algo interesante en la vida: los personajes de la Historia, los que salen en el periódico, los que se escuchan en el radio, y nadie del que yo haya sabido tiene un nombre como el mío. El mío es el de un fracasado, un chiste de mal gusto. Yo no quería que mis padres me encontraran, ni quería volver a la escuela, ni con la familia, ni con nadie

que me conociera. Cuando me agarró la policía y supieron mi historia, todo el mundo estaba muy sorprendido, que por qué me había ido de la casa si nadie me pegaba ni me maltrataba, si no me faltaba nada, si era un niño muy consentido. A mí me castigaron desde que nací cuando me condenaron a recibir las burlas de todos, a todas horas. Mis tíos, mis primos, mis compañeros de clase, mis maestros, los amigos de mis papás, la gente en la calle, la gente que hace credenciales, uniformes, certificados, cualquier cosa. Jamás pronuncié mi nombre sin recibir a cambio una carcajada o un muy desconfiado "¿de veras te llamas así?".

La compasión me invade cuando empiezo a entender y le pregunto por qué prefirió la calle.

No vi opción. Un día antes de irme, confronté a mi madre y le pedí que fuéramos al Registro Civil a cambiarme el nombre. De ninguna manera, me dijo, porque ése fue el que tu padre y yo elegimos el día que naciste porque queríamos que fueras una persona de bondad y ternura. Me ganó el llanto la segunda vez que se lo pedí, pero ni siquiera eso la conmovió: según ella, yo tenía que aprender a enfrentarme a la gente que se burlara de mí y tener muy presente quién era yo y cuáles eran mis valores.

Ésas son las pendejadas que le dicen los papás a los niños cuando no hay solución, cuando son diferentes a los demás y, peor aún, cuando fueron ellos mismos, sus papás, quienes decidieron inventarse esa diferencia. Extraño muchas cosas, no le voy a mentir. Me gustaba mucho estudiar, me gustaba mucho leer, yo no era mal niño. ¿Pero se imagina lo que eran mis días? Todas mis mañanas empezaban con un profesor pasando lista y recordándome cómo me jodieron mis papás. Yo iba después de Javier Rodríguez, antes de Martina Romo. Cuando los maestros se ponían piadosos, me decían nada más "Romero" pero cuando no, se ensañaban en pronunciar mi nombre. Siempre había un listito en la fila de hasta atrás que gritaba "Cristopher Robin, Christopher Robin" y hacía reír a todo mundo. Mis compañeros me regalaban postales, cuadernos, lapicitos, globos, cualquier cosa que se encontraran en la tienda con la imagen del estúpido oso. Ninguna niña quería andar conmigo porque les daba pena contestar si les preguntaban cómo se llamaba su novio. ¿Usted cree que esto es una prisión?

Qué va. Llevo dos años aquí y a pesar de todo me la he pasado mejor que en aquellos tiempos. Esto es un paraíso porque aquí me conocen por mi apellido o por mi apodo, *el Jarocho*, porque saben que soy de allá pero afortunadamente no saben cómo me llamaba.

Cuando el custodio me hace una seña para avisarme que se terminó el tiempo, le tiendo una mano a mi interlocutor para agradecerle. El sudor de mis manos delata mi nerviosismo por despedirme porque sé que no hay escapatoria, necesitaré pronunciar su nombre.

Gracias, Winnie Pooh, le digo mientras hago un esfuerzo sobrehumano por demostrar mi profesionalismo. Titubeo un poco pero logro sacar solemnemente de mi portafolios el extraño regalo que me hizo traerle para que accediera a concederme la entrevista: un tarrito de miel.

Involución
(Yucatán)

–Quién iba a pensar que de toda la corporación, tú te fueras a portar como animal, Darwin. Ocho años de servicio que tiras al caño por un par de nalgas. ¿Lo has pensado así? ¿Que la cogida más cara de tu vida no duró ni cinco minutos y fue con una vieja que no volverás a ver nunca? ¿Te das cuenta de que nunca estarás con una mujer sin pensar que eso te costó tantos años de trabajo por tu calentura de estarte revolcando como las bestias? A medio manglar, donde cualquiera podía verlos, en tu horario de trabajo. Ya ni chingas. Pero lo peor, lo que no te perdono, es que ni el pinche uniforme te hayas podido quitar.

Darwin Itzá agachó la cabeza para esconder una lágrima. Respiró profundo, concentrado en que pasara lo que pasara en la ceremonia, nadie lo vería llorar. Se colocó en posición de firmes y saludó a su comandante con la mano rígida a la altura de la frente. El comandante no correspondió el gesto. Ni siquiera lo volteó a ver. Con todo el desdén que le confería la jerarquía, extendió la mano para hacerle la seña de que se retirara de una vez.

De los cinco elementos que lo esperaban al otro lado de la puerta, ninguno se apiadó de él. Mientras lo acompañaban, podía escuchar los susurros, las voces a medias, las carcajadas ahogadas. Miró de reojo sus botas, pero se esmeró en conservar la barbilla levantada y la espalda derecha. Endureció la mirada y apretó la mandíbula; la tensión que invadía su cuerpo hacía posible que sintiera el movimiento de cada músculo contracción tras relajación.

Sus ojos padecieron el cambio de la luz artificial del pasillo a la luz natural de la explanada. Todos estaban ahí: sus jefes, sus compañeros,

sus subalternos y todos rehuían su mirada. Darwin no era el primero, ni sería el último, que le cobrara algún favor a una mujer de esa manera, pero sí era el primero en aparecer en un video en Internet, como también era el primero en ser públicamente humillado. Aunque había pedido que el asunto se resolviera en la oficina, el propio Presidente Municipal le había negado esa consideración: lo suyo era un castigo ejemplar, un mensaje para quienes, como él, fueran lo suficientemente estúpidos para dejarse sorprender y ser grabados por un celularucho de prepago.

–Ya sé que no eres sólo tú, Darwin –le había dicho el Alcalde en persona– y me voy a permitir hablarte de hombre a hombre y no como mandatario. Yo sé que nos gusta recibir cariño cuando podemos. Yo no les pido que sean de piedra ni que nieguen su condición de hombres, pero sí les pido que no sean pendejos. Ay, Darwin… Así, en plena luz del día, en la vía pública, con el pinche letrerote de "seguridad pública" en la espalda. Me ataste de manos porque no tengo manera de defenderte. Tu cara está en el video, la de la damita también. No hay manera de disimular que te la estabas cogiendo atrás de un coche. Yo sé que las viejas son mañosas y se pasan de listas con tal de no pagar las multas o no soltar dinero, pero tenemos que ser más hábiles y no ceder al primer impulso de hacerlo en ese instante. A lo mejor si hubiéramos parado todo antes de que saliera en los medios, pero ya es muy tarde. Contra ellos no podemos nada y ya sabes que la opinión pública es cabrona. Necesitamos mostrarle al mundo que el ayuntamiento no puede permitir esas faltas porque somos un gobierno de moral.

Las pupilas de Darwin empezaron a acostumbrarse al brillo del sol en el cemento y el barniz del podio donde el comandante acababa de colocarse. Ahí estaban todos formados: Benítez, al que le ayudó a esconder que se había llevado a una quinceañera a Cancún diciendo que era su hija; Chan, quien en sus épocas de transportista había tenido dos esposas al mismo tiempo; Ucán, que había librado el cargo de regentear prostitutas entre los elementos de la corporación gracias a su declaración. A pesar de la furia que le provocaba tanta ingratitud reunida, conservó la postura. Miró de frente al comandante, dispuesto

a escuchar el discurso completo sin parpadear. Convencido de su propia fortaleza, respiró profundamente e hinchió el pecho.

Nunca vio venir que su deshonra sería aun mayor. La instrucción del Comandante lo sorprendió tanto, que tuvo el reflejo de voltear hacia todos los flancos y perdió desde ese momento su figura policial.

–¡Firmes! ¡Media vuelta! ¡Ya!

Era un hombre rodeado de autoridades, de jueces, de desconocidos que ese día le negaban el derecho elemental a ser mirado a los ojos. Quienes el día de ayer fueran sus colegas, aquellos con quienes estaba dispuesto a compartir el último instante de vida si la circunstancia lo ameritaba, se habían transformado en un monstruo de mil cabezas perfectamente organizado para humillarlo desde todos los frentes. Observó las espaldas de sus compañeros, colocadas minuciosamente una junto a otra, y contempló cómo las nucas idénticas hacían de ellos un elemento unitario e indivisible: el cuerpo policial.

Víctima del vértigo, Darwin alcanzó a escuchar en la lejanía las palabras de cierre del discurso del Comandante, que versaban sobre la baja inmediata según lo dispuesto por el Consejo de Honor y Justicia ante la presencia de los efectivos que constituían la Secretaría de Seguridad Pública. Vio a Chan caminar hacia él y lo esperó lánguido y derrotado, como el condenado que afloja el cuerpo cuando reconoce la mano cálida de su verdugo. Oyó el sonido de su uniforme al desgarrarse mientras le arrancaban las insignias y los parches con su nombre aunque, para su fortuna, alcanzó a detener el impulso de cubrir los recién fabricados huecos. Lo habían desnudado ahí, en presencia de la corporación entera, para convertirlo en un triste civil. Un donnadie.

La lágrima que amenazaba con lanzarse al vacío desde el principio, finalmente cayó. Chan fue el único que alcanzó a percibirla porque el resto, obediente al Comandante más que a su amistad, permanecía dándole la espalda.

Los mismos cinco policías lo rodearon para conducirlo hasta la salida. Darwin Itzá pensó en las espaldas: en la de Jeannette cuando le pedía que no la llevara al Ministerio Público mientras él la penetraba, en la del Comandante al negarle el saludo, en las de sus compañeros

que habían renunciado a él, en las de los elementos que lo escoltaban. Pero, sobre todo, pensaba en aquellas que conocería de ahora en adelante en todas las filas que su condición de autoridad le habían permitido evadir: la del supermercado, la del banco, la del cine, la de cualquier oficina de gobierno.

Fue así como el Oficial Itzá fue reducido a ser un hombre que lloraba sentado en la banqueta afuera de la estación de policía.

Desaire
(Zacatecas)

Las largas piernas de Giselle aparecen en las escaleras de la tarima para la conferencia de prensa. Enfundada en una ceñida falda a la rodilla, porta los colores del partido en la vestimenta y saluda con una sonrisa blanqueada y perfectamente alineada a los periodistas. Su andar transcurre entre las miradas de deseo, de desaprobación y de envidia de reporteros, periodistas afines a las buenas conciencias y reporteras que buscan encontrar los accidentes de la edad que el tiempo ha ido dejando en el cuerpo de la candidata.

–Buenas tardes tengan todos ustedes –dice ella para romper el hielo al sentarse y cruzar la pierna bajo la mesa sin mantel.

–Buenas tardes –responden los periodistas al unísono en un saludo que recuerda a las aulas de primaria.

Giselle sabe que abordar el tema es inminente. Antes de entrar al salón dudaba si debía esperar a que surgiera la pregunta o hacerle frente desde el inicio para evitar las preguntas agresivas y astutas de los chayoteros. Los vio desde que estaban formados para entrar, agrupados como en jauría, a esos poseedores del micrófono que la han tratado con los nombres más innobles que la política y los medios de comunicación podrían atreverse a emplear para una potencial diputada.

–Yo les propongo que agarremos al toro por los cuernos y toquemos el tema por el que sabemos que me van a cuestionar. No tengo nada que esconder y me gusta hablar con la verdad, así que no tengo el menor inconveniente en que tratemos el asunto de frente y sin tapujos.

–¿Se refiere a lo de su pasado como acompañante de lujo?

El murmullo se esparce entre la concurrencia, salvo en el joven reportero que, a pesar de sonrojarse por la reacción provocada, permanece atento en espera de la respuesta.

–Sí. Me refiero a las declaraciones que ha hecho el candidato Solórzano sobre mi persona, acusándome de haber tenido trabajos poco honorables antes de dedicar mi vida a la política y con el franco afán de desprestigiarme en esta guerra sucia que él considera la mejor forma de convertirse en un representante del pueblo. Pero no pienso detenerme particularmente a hablar de él, ni caeré en el juego de dimes y diretes que él y su equipo de colaboradores pretenden que se geste entre nosotros para llevar el debate político a su nivel más bajo.

El joven reportero insiste de manera violenta en un obvio intento de sacar a la candidata de balance.

–¿Entonces? ¿Su respuesta es que no caerá en el juego del licenciado Solórzano?

–No. Mi respuesta vendrá en cuanto deje usted de interrumpirme. Se me acusa injusta e infundadamente de haber tenido un trabajo como acompañante de lujo o "escort", como mejor se conoce a las mujeres que realizan esa actividad. Seamos claros: el candidato me acusa de haber ejercido la prostitución durante mi estancia en Las Vegas. Antes que nada, me permito hacer un paréntesis para manifestar mi franco repudio a la forma del candidato de enfrentarse a una mujer en campaña a través del hostigamiento y la persecución a su vida privada. El señor Solórzano no se está oponiendo a los proyectos que yo he propuesto para el estado, ni ha tenido argumentos para echar abajo lo que mi equipo de trabajo y yo queremos construir: se ha detenido vilmente a rascar en mi pasado para encontrar algo que pueda desvalorizarme, ponerme en duda, reducirme a un objeto y no a una persona.

Tal vez sería interesante que el señor se enterara de la circunstancia completa, y para ello cuento con que ustedes sabrán transmitir mi historia, ésta que les cuento de viva voz, para acallar las dudas y los rumores. Las tristes afirmaciones del candidato surgen de unas fotografías que se han filtrado en los medios (y que no dudo que haya sido obra suya) en las cuales poso en lencería. Sí. Fui modelo de lencería para un

casino de Las Vegas que buscaba atraer clientes a su show nocturno y necesitaba de mujeres jóvenes de aspecto latino que accedieran a ser fotografiadas y a que su imagen circulara en cientos de papelitos de propaganda por las calles. Como bien podrán imaginarse, muchas de ellas no estaban dispuestas porque no tenían papeles, yo ya había obtenido mi *Green Card* gracias a los años de esfuerzo de mi padre cuando se fue de migrante y consiguió que sus hijos tuvieran papeles para residir allá. En el tiempo de las fotos, yo tenía un hijo que cuidar sola porque mi pareja me había abandonado y nos había dejado a nuestra suerte, sin trabajo ni casa, lejos de California, donde estaba mi papá, en medio del terrible desierto de Nevada. Me tomé esas fotografías, sí. No puedo decir que me arrepiento porque eso me permitió regresar a California con mis padres e ingresar a la universidad. Veo y entiendo la sorpresa en sus rostros, amigos periodistas, porque nadie les había comentado que yo me licencié en marketing en una universidad californiana. Del mismo modo, tampoco les han dicho que tengo un posgrado en una prestigiosa universidad privada en Monterrey, mismo que pude pagarme gracias a que me otorgaron una beca y a los ahorros que logré juntar trabajando mientras estudiaba la licenciatura.

No soy una heroína. No soy más que tantísimos mexicanos que día con día luchan contra el destino mismo que los colocó en esta precaria posición y logran salir adelante para ellos mismos proveer de mejores condiciones de vida a sus familias. El candidato Solórzano no se ha detenido a preguntarme por qué quiero ser diputada porque ha elegido reducirme a esa triste y difamatoria condición de acompañante de lujo. Jamás ejercí semejante labor, pero tampoco juzgo, como él y su partido suelen hacerlo, a las mujeres que realizan esas actividades porque no tienen otra opción para trabajar por el futuro de sus familias. Si ellas están en esas condiciones, es porque nosotros como país les hemos fallado, al igual que a los migrantes: no hemos provisto las condiciones necesarias para que tengan una vida digna y sin carencias, para que consigan empleos y puedan vivir cómodamente de ellos. No tendríamos que estar haciendo programas para castigar a esas mujeres, ni para darle la bienvenida a los migrantes. Si fuéramos un Estado funcional, estaríamos haciendo programas para que nuestra gente bonita

de Zacatecas no tuviera que irse en busca de mejores opciones ni salir a la calle a buscarlas en los rincones más sórdidos.

Ése es mi sueño y es por ello que deseo ser quien los represente: porque entiendo el sufrimiento de las familias por no saber si llegarán a buen destino, el sufrimiento de quienes cruzan la frontera sin saber que el camino allá estará lleno de sinsabores, de dolor, de desprecio, de miedo, de persecución. La vida del migrante no es nada fácil, y yo la conozco porque lo viví en carne propia, porque en mi casa nos quitaba el sueño saber si mi padre lograría cruzar y si algún día volveríamos a verlo. También viví en carne propia estar de aquel lado y ser despreciada por mi origen, por mis rasgos, por mi lengua y mi cultura. Zacatecas es un estado riquísimo que bien puede ser fuente de miles de empleos y que debemos aprovechar para dejar de enviar a nuestra población más frágil a un destino incierto.

Al terminar su respuesta, la candidata se arremanga la camisa y espera un aplauso que nunca llega. Una reportera levanta la mano con timidez y sonríe infantilmente para pedir la palabra con una miradita cómplice. Debe ser nueva, se dice Giselle, porque no la reconoce. Le otorga la palabra, convencida de su propio carácter magnánimo por darle una oportunidad a un rostro fresco en el periodismo y espera la pregunta con un gesto de coquetería casi sensual.

–Pero entonces, candidata, ¿sí fue prostituta o no?

LA RUMOROSA MR
AUTORES DE BAJA CALIFORNIA
COLECCIÓN LITERARIA

Winnie Pooh es un niño jarocho, un futbolista profesional aspira a ser presidente, dos tigres devoran a su domador en pleno espectáculo y un experto antisecuestros es secuestrado. Cada cuento de *Mosaico de lo insólito* está inspirado en una noticia fuera de lo común de uno de los 32 estados que conforman la República mexicana para esbozar un breve panorama de la irrealidad nacional.

Ana Fuente Montes de Oca (1984) estudió la licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. Fue beneficiaria del apoyo Jóvenes Creadores del FONCA en la disciplina de cuento. En 2018 publicó su primer libro, *Chicharrón de oso y algunos cuentos del fracaso,* en el Fondo Editorial Tierra Adentro. En 2019 recibió el Premio Dolores Castro de Narrativa por *La ley Campoamor*. Ha publicado cuento y ensayo en revistas y en diversas antologías en México y el extranjero. Se ha dedicado a la edición, la traducción, la corrección de estilo y la docencia. Baja California la adoptó desde hace 10 años.

BAJA CALIFORNIA — GOBIERNO DEL ESTADO —
SC SECRETARÍA DE CULTURA GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA
ICBC INSTITUTO CULTURAL DE BAJA CALIFORNIA GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA
EN CULTURA SIGUE LA TRANSFORMACIÓN Gobierno del Estado de Baja California